ROMINA TAMBURELLO



Los amigos de mis papás

novela


ROMINA TAMBURELLO
Los amigos de mis papás
novela

ROMINA TAMBURELLO



Los amigos de mis papás

A mis papás, con las disculpas del caso.
A Juli, por investigar conmigo los caminos del deseo.
A Luli, Ciro y Emma, por traerme de vuelta cuando
me olvido de lo importante.

Ningún familiar fue lastimado para escribir esta novela.

1

El lugar es un escondite. Un portón de chapa negra encastrado en un muro de ladrillos que deja intuir poco. Dos móviles policiales cruzan la vereda. Yo espero, adentro del auto, más impaciente que agazapada.

Llega un whatsapp: *Vení tranquila. No te asustes cuando lo veas, parece más de lo que es*. Tarde. Ese tendría que haber sido el primero de los mensajes, no el audio confuso a los gritos que me despertó a las tres de la mañana.

Un policía sale apurado, camina con el desdén de quien solo desea jubilarse. Me bajo y lo intercepto.

—Disculpá. ¿Me podés decir qué pasó?

Mi tono imperativo ni lo asusta ni lo fastidia.

—Se labró sumario, ahí sale la jueza.

Sube al móvil, arranca. Las luces azules de las sirenas anuncian su retirada. Una rubia de elegancia lánguida atraviesa la puerta. La reconozco enseguida.

—Nora.

Pasa cerca, en un contoneo de cadera y cintura que bien podría ser un baile, me esquiva. Se apoya contra la pared y saca el teléfono.

—¡Nora!

Comienza a temblar, le cuesta marcar los números, los ojos se le cargan de lágrimas y la boca se vuelve esclava de unos gestitos involuntarios. Es la preparación para el llanto más largo que vi. Le atienden y las comisuras se relajan apenas. Con voz espasmódica pide disculpas por llamar a esta hora, le dice al que está del otro lado de la línea que lo necesita ahí. Sale otro policía, no tiene sentido que le pregunte, seguro me contesta lo mismo que su compañero. No sé qué hacer, así que lo encaro.

—Perdón, ¿hay mucha gente ahí?

—Cuarenta viejos degenerados.

Qué maleducado, si no tuviera uniforme lo empujaría. Vuelvo a Nora, que habla sin parar pero ya no tiembla. Me pongo delante de ella, ya no puede evitarme. Corta y me mira como a través de un vidrio, y con voz neutra dice que están adentro.

—Ya sé, por eso vine.

—No hacía falta, están bien.

—Me mandaron un mensaje para que viniera, imaginate que no era mi plan estar acá a las cuatro de la mañana. ¿Me decís qué pasó?

—Nos clausuraron.

Cuando estoy a punto de repreguntar, los veo salir. Primero Carlos, con la camisa manchada, abierta hasta el pecho, los siete únicos pelos desordenados y la boca torcida en una mueca que no termino de descifrar. Detrás de él, Susanita. Su gesto no deja lugar a dudas, está avergonzada. Elsa y Saravia tomados de la mano, indescifrables. Alcanzo a ver a mi mamá escondida entre los altos de la fila, se envuelve en el saquito, ese gesto inconfundible que comenzó hace dos años. El que no se oculta es mi papá que, con lamparones de transpiración en la camisa y la cara estallada, avanza orgulloso. Un algodón insertado en la fosa nasal derecha frena, apenas, la sangre.

—¿Qué pasó?

Los seis me miran como si fuera el adulto a cargo. El algodón ya rebasa. Por primera vez desde que esto empezó, les veo el paso de los años. La compasión que creía perdida se acerca. La jueza también. Me dirijo a ella dispuesta a firmar lo que me diga con tal de irnos.

—A la denuncia de los vecinos se le sumó la que hizo el señor Galimberti. —Está tranquila, parece haberle agarrado el gustito a la razia.

Con un movimiento de cabeza, mi papá me señala a un petiso tosco con un ojo negro y sonríe fanfarrón. La jueza aclara que no hace falta que yo firme, son mayores de edad, que ya firmaron, ahora hay que ir a declarar a la comisaría. Carlos, Susanita, Elsa, Saravia y mis progenitores se encaminan al auto con paso firme. Enfrentan con estoicismo su ridículo destino.

En la comisaría no estamos más de una hora. Galimberti es el primero en declarar. Vuelvo a mirar su cuerpo de maceta y asumo que mi papá le ganó solo por un tema de altura. Mientras, una sumariante les toma los datos a los testigos.

—Selva Báez.

Escuchar el nombre de mi madre en una seccional a las cuatro de la mañana es surrealista.

Ella se levanta y firma el acta.

—Carlos Lucca, Susana Erauskin, Elsa Pérez y Juan Saravia.

Los amigos de mis padres hacen lo propio. La sumariante se dirige al imputado.

—Pablo Teiller, enseguida lo hacemos pasar.

Mi papá asiente, tiene tallada la cara de agrandado. Los otros cinco se sientan en un banco de madera. Sus ojeras son los relojes de mi noche perdida. Galimberti abre la puerta e infla el pecho, pasa cerca de donde estamos sentados y nos dedica una última mirada de desprecio.

—Puto —dice Carlos por lo bajo.

O Galimberti no lo escuchó o está demasiado agotado para embarcarse en otra trifulca. Saravia

ahoga una carcajada. Mi mamá, Elsa y Susanita se esfuerzan por conservar la compostura. Fracasan, se tientan. Los odio.

Mi papá sale con las yemas de los dedos manchadas de tinta negra. Tiene un algodón nuevo en la nariz. Aprieta el viejo y la sangre de la victoria se le escurre entre los dedos. Camina dispuesto a dejarse celebrar como hombre de antes. Los otros cinco, tomados de las manos, levantan los brazos. Son las guirnaldas de nenitos que recortaba en mi infancia.

Él les sonríe, recién ahí veo su encía hinchada. Se abrazan, creo que mi mamá lagrimea, pero ni loca me detengo a consolarla. Me levanto del banco, más ofuscada que aliviada. Me siguen, siento sus miradas en la nuca.

—Ceci, hija, dale, no te enojes.

—No me hables.

El sol sale detrás de un edificio, la gente normal todavía duerme. Sus risas ahogadas anuncian el final de la aventura que comenzó hace dos años.

PRIMERA PARTE

Cuando la tierra era una superficie amable

2

—No estamos bien.

—Estuvimos peor.

—¿Sí?

—Mucho peor.

—¿Y entonces?

Eramos actores perdidos en un ensayo eterno. Mi novio siempre elegía esa frase para empezar a discutir, yo contestaba lo mismo una y otra vez. El último tiempo ensayábamos cada vez más seguido.

—Cecilia, en algún momento hay que parar y pensar.

—Estoy parando y pensando todos los días, hagamos otra cosa.

Silencio.

—¿Ni siquiera te interesa saber qué pienso, qué siento, en qué me parece que estamos mal? —Facundo podía ser muy pesado.

—Sí, me interesa.

—¿Y por qué no preguntás?

—Pensé que no querías decirme.

—¿Por qué no te querría decir si te dije yo de hablar?

—Bueno, no sé.

—A vos no te gusta hablar, Cecilia.

—Nada que ver, hablemos.

—Bueno, dale, hablemos.

Habíamos empezado la charla de día. El gran ventanal que daba al oeste barría el living de un blanco tregua. Fue atardeciendo y quedamos enterrados en el ocre de las crisis cíclicas. El televisor pausaba un juego de la PlayStation, un guerrero medieval suspendido en el aire intentaba salvar la Tierra Media. Yo seguía con el ambo celeste del trabajo. Facundo en cueros, un short de fútbol y chancletas.

—Mi amor, esto va a pasar, no exageres porfa. —Decirle exagerado no era una buena estrategia.

—Hablar quiero.

—Dejate de joder, yo te amo.

Fue como si no lo hubiera escuchado. Dejó el joystick apoyado en el sillón, me retiró la mirada y se concentró en la pantalla, como pidiéndole al guerrero que le tirara letra.

—¿Qué querés vos, Cecilia?

—Esto.

—¿Qué?

—Dale, Facu, no me boludees. ¿Necesitás que te pase el parte de lo que hacemos?

—A lo mejor enumerar nos sirve.

—Bueno.

—Bueno.

Ahora su mirada era penetrante.

—Nosotros. La casa, las ganas de llegar y contarte los avances, que me cuentes qué tal la oficina nueva. Levantarnos tarde los fines de semana, ir a comer con tus amigos del club y las esposas. Los domingos alternar familias, a la tardecita cine y pizza. Hablar de las cosas graciosas que hace Batman.

El gato escuchó su nombre y se acercó. Se frotó contra los pies de su dueño preferido, Facundo lo acarició como me hubiera gustado que hiciera conmigo.

—¿Me abrazás?

Se levantó con Batman aún pegado a la pierna. A veces siento que le da impresión abrazarme cuando estoy con la ropa del laboratorio, pero esta vez fue cariñoso. Más amable que cariñoso.

—Te amo —le dije.

—Yo también.

Volvió al sillón. Apretó el botón del joystick dándole vida al guerrero y pausándome a mí. Le chiflé al gato para que me siguiera a la cocina, puse las piedritas y la comida. El dueño preferido ni sabía que habíamos cambiado el alimento. Me senté en el piso y le escribí a Victoria.

Estás? / Sí, qué pasó? / *Facu me pidió otra vez de hablar, me da miedo que se quiera separar*. Terminé de escribirlo y se me paralizó el alma. *Tranquila gorda, preguntale qué le pasa / No quiero que me diga qué le pasa, quiero que se quede / Se va a quedar, vivieron tantas cosas.*

Ni tantas. Un nudito se abrió paso entre mis cuerdas vocales.

Él no dijo nada de separarnos, pero escribirlo fue mi manera de bajar a tierra la desconexión que venía ignorando desde hacía meses. Empecé a imaginarme sin Facundo y el nudito ya era un despropósito de mocos. Corrí al baño, encendí la ducha, me desnudé sin mirarme en el espejo y me metí. Que se mezcle todo, pensé.

Cuando salí él ya había pasado al nivel cinco y tenía en la cara esa expresión infantil. Hay mundos donde las cosas pueden ser como quiere mi novio. Quise compensarlo con una cena

elaborada, incluso pensé en ponerme linda, pero Facundo estaba de entrecasa, además se iba a llenar la ropa buena de olor a comida. Nosotros no nos vestimos para salir en la semana, hacerlo era dramatizar. Tampoco es que mi remerita de hilo violeta fuera la gran cosa.

Terminé de cocinar justo cuando el guerrero ya tenía conquistados los últimos dos reinos. Decidí tomar el consejo de Vicky y confiar en el tiempo. Abrí un vino caro, Facundo me dijo que no iba a tomar y que prefería comer sano.

—Hice lasaña.

—Ah.

Resolvimos que mejor empezaba mañana la dieta. Cenamos inmersos en lo cotidiano, ahí no había silencios ni pausas. Ni miradas esquivas ni murallas. Su interés me devolvió una tercera hipótesis: crisis personal. Se fue a dormir sin tomar el cafecito. Dijo que iba a salir a correr al amanecer.

Me quedé en el living. Recopilación de datos observables. Tipeé en el celular las letras claves: ***Perdo***.

WhatsApp. 3 de enero de 2022, 16.30 horas. *Estás bien mi amor? / Sí, por? / No sé, te siento rara, distante / Nada que ver, mucho trabajo.* Cuatro minutos de inseguridades de Facundo. / *No te enrosques porfa / Si me lo decís puedo cambiarlo /* Tres minutos de disculpas de Facundo / *Nada que* ***perdo****nar mi amor, te amo, nos vemos en casa.*

WhatsApp. 2 de noviembre 2022, 16.50 horas. *Lo de anoche no estuvo bueno. Yo te pido* ***perdó****n, pero vos también tenés tu parte y me gustaría que lo puedas ver / No, hay veces que sí, pero esta no, vos empezaste y ahora la seguís / No se te puede decir nada / A vos tampoco / No tiene sentido seguir por acá, estoy muy angustiado / Yo también / Voy para el laboratorio y hablamos? / Dale, pero no quiero pelear / Peleamos ayer hasta las tres de la mañana, yo tampoco quiero /* Dos minutos de intentos de minimizar las cosas míos. / *Igual hay que hablar.*

WhatsApp. 4 de agosto de 2023, 16.13 horas. ***Perdó****n por hoy, no sé qué me pasó ando rayado / Todo bien / No, sé que no está todo bien, charlemos / Es que si te vas a enojar siempre por lo mismo / No es lo mismo, es peor, porque se acumula / Si cada vez que me equivoco lo vas a sumar capaz tenemos que probar vivir separados un tiempo y volver a cero / Yo no quiero vivir separado, quiero que reconozcas / Reconozco, contento? / No / Nada te alcanza /* un minuto de reclamos de Facundo / *Bueno si te hice mal* ***perdo****name / No funciona así / ¿Y cómo funciona? / No sé / Qué raro que no sepas algo / Con vos no se puede.*

Ese mismo día, 21.30. *Estoy yendo a casa, compro algo para comer? / Me vine a jugar a la play con los chicos* ***perdó****n que no te avisé / ah, no sabía / Sí, no te dije* ***perdó****n / Todo bien, nos vemos en casa / No sé, capaz me quedo en lo de Nico, voy a tomar y no quiero volver manejando / ok.*

Ayer, 3 de enero de 2024, 16 horas. ***Perdó****n que te joda, cenás con los chicos? / No, vuelvo directo de la oficina a casa, quiero que hablemos.*

Lectura de indicadores: 1. En siete años peleamos poco, en el último tiempo más seguido. 2. Las ganas de hablar de lo que nos pasa ocurren entre las cuatro y las cinco de la tarde. 3. Facundo no pide mucho, pero sus pedidos se mantienen a lo largo de los años. 4. Mis respuestas son evasivas. 5. Él necesita exponer, yo funciono mejor en el silencio. 6. Esta última charla fue diferente.

Dejé el celular con el registro a medias. En el cuarto, mi novio roncaba. Su respirar de apnea mal tratada me sacó la sonrisa de siempre. ¿Cuál es el problema de dejar las cosas quietas? Me acosté a su lado y le besé el lóbulo de la oreja. Movió la cabeza, me apreté más contra su cuerpo, metí la mano adentro del short.

—¿Qué pasa? —dijo abriendo apenas un ojo.

—Te amo, no peleemos.

—Dale.

Se alejó con la impunidad que da el sueño y reforzó una tercera hipótesis. Ni crisis de pareja, ni personal. Facundo estaba viendo a alguien.

3

Con Marcos llegamos juntos al laboratorio, se nos asignó una sala y desde ese día lo veo de cinco a seis veces por semana. Un metro noventa, completamente pelado. Con fuerte deficiencia de vitamina D, lo que hace que su piel en verano se vea gris y en invierno se transforme en una película transparente que deja al descubierto venas azules. Recorrerlas con la vista es mi pasión: comienzan en el cuello, a la altura de la glotis, se hinchan, se pierden en la barba y reaparecen en los pómulos. Al llegar a las sienes se ramifican, trepan por la pelada y confluyen, finalmente, en la mollera. Son cables que conectan un cuerpo insalubre con un cerebro brillante.

Veterinario recibido con honores en la UBA, doctorado de Bacteriología Clínica y Práctica. Así lo presentó nuestra directora el primer día. Tres años después no sé mucho más de él. Ni idea si está casado, si tiene hijos, no sé a quién votó o si lee. Intuyo que deportes no hace y me atrevería a apostar que es heterosexual e hijo de padre ausente. No tengo pruebas que justifiquen ninguna de mis apreciaciones, pero sus ojos tristes y su media sonrisa ávida de aprobación animan la impertinencia.

Fuimos seleccionados para crear una cepa bacteriana que, sin necesidad de antibióticos, produzca un crecimiento en el sistema inmunológico de las vacas, mejorando así la calidad de la carne. Yo estaba a cargo del proceso de creación y él, de la implantación y control evolutivo. Un proyecto casi utópico, así lo describió Marcos el día que nos convocaron. Tres años intentando encontrar la combinación exacta le daban la razón. Pasar los controles del Senasa era uno de los escollos más difíciles; si lo lográbamos, las exportaciones de ganado se dispararían un veinte por ciento. Me obsesionaba de una manera ridícula la posibilidad de ser una de las artífices de la soberanía alimentaria del país, no era ego, era conciencia patriótica.

—Perdón, no dormí en toda la noche, no sé cuán útil seré hoy.

—No hay problema, tomate un café, te esperamos —propuso mi compañero con la amabilidad de quien se guarda un favor.

Le agradecí y desestimé el gesto. Era el día de abrir el pliego de las últimas pruebas. Me estaban esperando para eso.

Lo hicimos. El pecho se nos inflaba mientras nuestros ojos devoraban los valores. Tres años. Mil noventa y cinco días esperando estos gráficos, tres viajes en pareja escondiéndome para llamar a Marcos en busca de resultados.

—Entiendan que este es un primer paso. Hay que esperar a ver cómo evoluciona la especie —advirtió nuestra jefa.

La especie en cuestión era Britany. La vaca huésped de la bacteria, que debía engordar para luego ser asesinada y diseccionada en sus mejores partes. Marcos le sacó una foto y la pegó en la puerta del freezer donde guardábamos las muestras. No fue difícil encariñarse con esa criatura de pelaje brillante y ojos vulnerables. Le puse el nombre de mi primera muñeca.

—Les tengo que pedir absoluta reserva. Ni una palabra a sus parejas, si es que tienen —miró a Marcos.

Se fue sin felicitarnos. Nos quedamos solos. Dentro del fermentador burbujeaba el caldo de cultivo donde se reproducían las buenas noticias.

—Llamó tu mamá —dijo mi compañero, como si no hubiéramos sido testigos de la gloria hacía unos segundos.

—¿Al fijo?

—Sí, atendí yo.

—Qué raro.

No tenía ninguna llamada perdida. Me asusté, tuve miedo de que fuera algo médico. Pero eso necesitaría la inmediatez del celular. ¿Por qué al trabajo? Devolví el llamado; al primer ring me cortó. Enseguida llegó un mensaje.

No puedo ahora. Estoy en un lugar. ¿Te paso a buscar a la salida del laboratorio, podés? / ¿Pasó algo? / ¿Podés? / Sí, dale / Mejor en el bar de al lado / ok.

Cuando levanté la mirada me encontré con los ojos de mi compañero, sostenía el pliego con las pruebas, un tembleque ínfimo movía las hojas. Me puse a su lado, juntos volvimos a repasar los resultados. No sabía cómo darle explosión a eso que me quemaba en la garganta.

—Después de tanto tiempo, con la combinación más rara. —Él tenía la voz más aguda que de costumbre.

Le sonreí. Diseñados para la asepsia, esa era nuestra manera de festejar.

4

En el bar de la esquina del laboratorio me invadió una tristeza que hacía mucho no me visitaba. No era el coletazo que viene después de la euforia a la que ni Marcos ni yo le hicimos lugar. Era la sensación de haberme estafado a mí misma. *Había que esperar*, dijo mi jefa. Esperar que el alma de Britany abandonara su cuerpo para mutar en lomos, picañas, entrecots que, envasados al vacío, se elevarían por sobre nosotros hacia el Reino Unido. Recién entonces íbamos a saber si estábamos contribuyendo al crecimiento del *ganadero del mundo* o si la vaca se sumaría al número anónimo de las heroínas invisibles que dieron la vida por la patria. De pronto, los números y esa controlada alegría pasaron a ser lo que eran: solo un avance, y la reacción de mi compañero, la más sensata. Había otra cosa que me angustiaba: ni siquiera en el fragor de la noticia, cuando creía que había aportado mi grano de arena a la economía nacional, tuve ganas de llamar a Facundo.

Todo esto pensaba mientras esperaba a la mujer que me engendró que, como siempre, llegaba más de media hora tarde.

Terminaba mi americano doble cuando la vi entrar. Seguía insistiendo con esas remeras anchas que tampoco eran la solución. Notó que mis ojos se posaban sobre su pecho y se envolvió en el saquito. Me saludó, tomó asiento en el borde de la silla, inquieta.

—Vengo de la masajista, ¿te acordás que te conté?

Arqueé las cejas.

—¡Sí, te conté! Bueno, la tía de ella se operó, no te digo que le quedaron iguales, pero sí mucho mejor.

No sabía cómo le habían quedado las de ella después de la última intervención, esquivé con elegancia todos los artilugios que intentó para mostrármelas. Ahora me sentía culpable.

—Tu papá no quiere saber nada, dice que meterme en otro baile solo por estética es una pavada, pero mirá.

Se apretó un poco la remera. Lo que se intuía se puso de manifiesto, de un lado una teta, del otro una ausencia.

—¿Vos qué pensás?

—No sé, mami, no es solamente pasar otra vez por el quirófano, ¿sabés lo que es el síndrome de Asia? —No la dejé responder—. Mirá si por un implante de mierda te terminás agarrando

algo neurológico.

Me miró con bronca.

—Además de que puede pasar que el cuerpo no las tolere.

Mi respuesta no era la que había venido a buscar. Se hundió en un silencio punitivo. Tomó la carta, la estudió como si se tratara de algo más que café y tortas. Levantó la vista y llamó a la moza, pidió un cortado y un lemon pie. Yo, un jugo.

—Son dos egoístas. Vos y tu papá.

—Bueno, ma, vos me preguntás qué me parece, yo te tengo que decir. Y no estoy hablando al pedo, te lo digo porque sé.

—¿Qué sabés? No tenés idea. —Las lágrimas la interrumpieron.

Ahora la culpa superaba a las contraindicaciones médicas. Quise agarrarle la mano, pero me sacó. Se levantó, caminó rápido al baño, la seguí. Entró y dejó la puerta entreabierta, era una invitación.

Se lavó la cara, seguía sin dirigirme la palabra. Intenté abrazarla por la espalda, quedé justo detrás de ella. El espejo puso en evidencia el parecido físico que el paso del tiempo había acrecentado. Las arrugas en la frente eran los renglones donde se escribían los titulares de nuestras neurosis, la nariz de pico que nunca dejaba de crecer. Movió la boca apenas y sus dientes amarillentos me advirtieron sobre las desventajas de seguir fumando. Se quedó unos instantes parada frente al reflejo de las que éramos, buscó mis ojos. Cuando me tuvo presa de su mirada, se levantó la remera arrastrando también el corpiño.

Teta izquierda: atravesada por un queloide en forma de siete, inflamada desde los costados hacia el centro como un globo mal inflado. Teta derecha: casi vacía de contenido, con gran parte de la piel chamuscada y una cicatriz similar a una oruga. Sin pezón. Verlas por separado no fue tan shockeante como el cuadro general. El torso de mi mamá, la historia clínica del derrumbe. Los rayos, la quimio, el RIP de sus zonas erógenas. En la facultad habíamos visto fotos de mamas sin pezón, pero en vivo se volvía algo mucho más impresionante; que fueran las que me habían alimentado en la infancia era desgarrador.

—Tocalas.

No pude cumplir el pedido. Pensé en las mías, dictadoras del goce, ¿cómo será dejar de sentir algo ahí?

Sostuvo la remera a la altura del cuello para que yo pudiera apreciar los detalles del mal menor. Al pudor del principio se lo comió el drama. Supe en ese momento lo mal que la había acompañado. Estando ahí incluso, en cada operación, llevándola al médico para interpretar correctamente las indicaciones, comprando remedios.

De a poco fue bajando la remera, se envolvió con el saquito en un gesto que se repetiría cada vez que la vergüenza la tomara. Yo estaba a flor de piel, percibiendo todo lo que había dejado pasar el último año y medio.

—Perdoname.

—¿Entendés ahora que también es por él?

De pronto mi papá estaba en el baño con nosotras. Le iba a dar una charla feminista sobre lo importante que era hacerlo por ella y no para complacer al marido, pero los años de no escucharla cayeron encima.

Volvimos a la mesa. El café se había enfriado y los hielos del jugo estaban derretidos. Le pedí que contara conmigo. Sacó su teléfono y me mostró dibujos hechos con IA de cómo le quedarían las tetas luego de la mamoplastia. Probó el lemon pie, cerró los ojos y saboreó la crema. O quizás no hizo nada de todo eso y soy yo creyendo que después de esquivar la muerte los pequeños placeres se disfrutan en cámara lenta.

5

Los que siguieron fueron días de esperar. Que Britany fuera una buena anfitriona para la bacteria. Turno para la mamoplastia. La evolución de mi noviazgo.

En el laboratorio no había mucho que hacer, así que mi jefa nos obligó a tomarnos dos semanas. Facundo tenía un remate en Salta. Viajaría con el padre.

—Papá tiene que volver, pensé en quedarme unos días más.

—Genial, puedo. —¡Qué feo Salta!

—¿Y el laboratorio?

—Amalia nos dio días libres.

Mi novio se movió en la silla, sentí sus ganas de salir corriendo.

—Odiás Salta, siempre decís que el país tendría que terminar en Córdoba. Que no entendés la fascinación por ir a comprar tantas cosas tejidas, que el olor a humita te revuelve el estómago.

Por primera vez no aceptaba una tregua, ni siquiera reconocía mi sacrificio. Volvió la sombra de la hipótesis tres. Facundo se mantenía en silencio, buscando las palabras elegantes para el comentario que seguro me iba a doler.

—Creo que me va a venir bien estar un poco solo. —Nervioso—. No estoy diciendo separarnos. —Pero lo decía—. Viajar solo, digo, no lo hice nunca, me dan ganas.

¿Solo o con otra? No era capaz de una relación paralela, la culpa y el don de gente no lo dejarían. A lo mejor le gustaba mucho alguien y el tiempo era para ver cómo me dejaba. Me di cuenta de que no tenía idea de si mi novio conocía muchas chicas, o si con cruzarse una linda en tribunales bastaba. En siete años nunca me había sentido insegura, nuestra relación era tranquila, con reglas claras. Insistí un poco más. Forcé el entusiasmo por los cerros y las milanesas de llama. Me hice la que repensaba, le dije que no todo es tan blanco o negro. Él ni me respondió, me conocía. El reproche era una tentación que esperaba agazapada. No debía entrar ahí. Volanteé al otro extremo y me hice la comprensiva. Lo ayudé a hacer las valijas y a guglear excursiones. Agradecido, prometió volver en diez días.

La noche antes de que partiera su tren lo busqué para tener sexo. No se atrevió a rechazarme, se detuvo en los tres lugares que regenteaban mi goce y trabajó como un empleado raso con ganas de que fuera feriado. Su lengua se movía mecánica entre mis tetas mientras con la mano me tocaba. Me dejó ir arriba. Esperó que acabara, pero él no lo hizo; argumentó nervios previaje.

6

Sin trabajo ni novio a la vista, aproveché para pasar tiempo con mi mamá. La llevé a comprar ropa, fuimos al cine y a cenar. Esos días conocí una faceta nueva, tenía un humor ingenuo, involuntario. Frases ácidas que dichas con su voz de pajarito me ensanchaban la sonrisa. Descubrí que nos gustaban las mismas películas y que podíamos debatir horas. Vengo de una casa donde no se habla de cine, ni de política, ni de libros. Se come mirando programas de preguntas y respuestas, y esa agenda digita nuestros intercambios. También, las novedades inmediatas, las vacaciones, los exámenes de facultad, el trabajo de mi papá. Ella, como obediente ama de casa, se ubica en el papel de entrevistadora y pocas veces cuenta cómo se siente. Decidí estar más atenta y la empecé a incluir en todos mis planes. Mi papá se sumó a alguno, más por compromiso que por deseo; sin embargo, cada vez que yo la buscaba parecía aliviado de que me la llevara. No tuve que preguntarme si a Facundo le pasaría lo mismo.

El tiempo libre y la soledad de casa me acrecentaron la obsesión por el pezón ausente. Pasaba horas frente a la computadora, cenaba solo cuando el hambre apretaba. Fueron varias las noches en vela leyendo *papers* de oncología, viendo videos, visitando foros. Una noche a las cuatro de la mañana, en la telaraña de información que ofrece internet, encontré a Lala.

Por mensaje de Instagram, me explicó las coordenadas para llegar. Me costó convencer a mi mamá. Apenas sacaba el tema, venía un no rotundo. Recién aflojó cuando le prometí que solo íbamos a ver su trabajo. Ni Lala ni yo estábamos esperando que ella se sometiera a nada.

El estudio quedaba dentro de una galería de los ochenta de esas que abundan en Once. No elegimos el mejor día para ir, hacía treinta grados y el horario tampoco ayudaba. Las veredas estaban atestadas de gente y puestitos, para avanzar había que bajar a la calle y recibir como respuesta bocinazos de colectivos y puteadas de ciclistas.

El frente confundía. No era una, sino cuatro galerías con el mismo nombre: Emperatriz. Todas igual de lúgubres, se conectaban por dentro. Entramos a Emperatriz I. Local vacío, en venta, merchandising de Racing, vacío, peluquería de perros, otro en venta. Al fondo, el primer pasillo largo, iluminado apenas por luces fluorescentes titilantes, nos llevaba a Emperatriz II. Mercería, local en venta, reparación de celulares, vacío. Un cartel despintado anunciaba la entrada a Emperatriz III. Local doble vacío, agencia de lotería, casa de cotillón, agencia de detectives. Frenamos, incrédulas.

—Matrimonios. Exsocios. Estafas —leyó en voz alta mi mamá sin terminar de darle crédito—. ¿Entramos?

Me encogí de hombros, sabía que su curiosidad era una forma de hacer tiempo, pero yo también quería saber. Se prendió del timbrecito, nadie salió.

—Todo verso. ¿Estás segura de que es acá? —Ya no ocultaba su mal humor.

Le prometí que si no encontrábamos el lugar en la próxima galería, nos íbamos. Emperatriz IV era un apéndice de las otras, un techo de vidrio filtraba el sol introduciéndonos a un espacio más amable. Solo dos negocios sobrevivían. Un growshop y un pequeño local con luces celestes y violetas. A través de la vidriera vi una camilla y elementos para tatuar. También un pequeño escritorio con muñequitos de cómics y carpetas. Una mujer de cuarenta años estaba sentada en un sillón de pana rosa chicle inmersa en su celular. Sonaba un trap livianito, de esos que escuchan los pibes de ahora.

Mi mamá quedó prendada de su imagen. Lala era una verdadera encantadora de serpientes. Figura espigada, piel marrón y el cuerpo todo dibujado. Cuando la stalkeé en redes, le había hecho zoom a cada uno de sus tatuajes. De cerca eran aún más hipnóticos. Un retrato de la Coca Sarli en un cuádriceps; en el otro, Eva Perón. La precisión de los rostros, los colores, el fino trazo en los detalles los convertían en piezas únicas. En ambos brazos tenía intervenciones que, supuse, serían anécdotas de años buenos.

Nos recibió desplegando sus extremidades de langosta. Se agachó para saludar a mi mamá y se demoró. Yo seguía embelesada por el retrato de la esposa de Armando Bo, y si bien mi mirada no era lasciva, rayaba el acoso por lo insistente. Lala me sonrió, seguro estaba acostumbrada.

Nos sentamos y se embarcaron en una charla en la que, de a poco, empecé a sobrar. Con su voz de locutora de AM de tango, Lala le contó que había empezado a tatuar pezones cuando su mejor amiga se enfermó de cáncer. Tenían dieciocho años, se lo descubrieron tarde.

—A esa edad las células se reproducen mucho más rápido. Le extirparon las dos tetas, enteras. Estaba tan traumada con cómo le habían quedado que me pidió que le tatuara los pezones. Yo recién arrancaba, era la época en que se tatuaba con agujas, ni existían las pistolas. Llegamos a tatuarle uno solamente. Era muy piba, el cáncer se la llevó en cinco meses.

Se acercó al aparador de los muñequitos de cómic y levantó un tubo de ensayo con una etiqueta que decía “Cande”. Adentro había una aguja detenida en gel rosa con la punta manchada de tinta azul, eran las cenizas de su amiga.

Antes de que preguntáramos, aclaró que no cobraba.

—Me va bien, no necesito la plata, esto lo hago por otra cosa.

Le pregunté si podíamos ver algunas fotos. Lala abrió una carpeta y empezó a pasar los folios. Color, forma, textura. Encastraban en los diferentes cuerpos como si siempre hubieran estado ahí. Al final había uno que desentonaba, parecía hecho por alguien con poco pulso.

—Este es el de Cande, el primero que hice. Quedó feíto, ¿no? Éramos chicas, ella también

quiso meter mano. Vos no te preocupes, Selva, que después estudié y me perfeccioné, si no mirá los otros.

—Igual, yo todavía no sé si quiero ¿No le dijiste que vinimos a averiguar?

Ni contesté.

—Antes me voy a hacer la mamoplastia para acomodarlas.

—Te van a quedar re lindas y cuando las recuperes, vas a querer el pezón.

Mi mamá curvó los labios en un gesto que no llegó a ser una sonrisa; sin ninguna introducción me preguntó si podía ir a comprarle un jugo. Entendí la indirecta.

Caminé por ese refugio de oficios en extinción que solo pueden seguir en pie por los escasos alquileres. Atravesé el primer pasillo largo. Conclusiones preliminares: 1. La mayoría de los locales están vacíos, unos pocos sobreviven. 2. Los que están en venta tienen cartel de la misma inmobiliaria, Ivanovich. Pobre Ivanovich, seguro se come más de un disgusto, ¿quién va a querer invertir en un cubículo sin baño adentro en este túnel oscuro? 3. Por primera vez entiendo la diferencia entre lo vintage y el abandono. Vinilos, soldaditos de bronce: vintage. Galería oscura, con sus lugares comunes descuidados: abandono. 4. Mi mamá se está ocupando de añejar para no envejecer.

Cuando pasé frente a la agencia, un señor chiquito con una kipá cerraba la puerta.

—¿Usted es el detective?

—Dueño de la agencia, sí. Detective es otra cosa.

Le señalé el esténcil que atravesaba el frente.

—A la gente le gusta, lo sienten importante. Propaganda.

—¿Y hay trabajo?

—Siempre que haya mentirosos y ocultadores habrá trabajo.

Me di por despedida. Avancé varios metros hasta que el solazo de frente puso fin a la máquina del tiempo. No había bares por la zona, puras sederías. Un chico con un carrito azul exprimía naranjas en unos aparatos de hierro. Mientras preparaba el jugo, me senté a su lado a observar la calle. Después de quince minutos volví a meterme en el laberinto.

Las encontré tensas. Selva se apretaba el saquito, Lala miraba su celular. Apenas me vio se levantó y nos fuimos.

—¿Todo bien? —le pregunté mientras ella tomaba del vasito de plástico

—Sí, ¿por?

—No sé, tenían unas caras.

—Nada que ver.

—¿Te lo vas a hacer?

—Veremos.

—Encontré al detective, un enanito muy gracioso.

—Dejate de joder —dijo, y se hundió en un silencio del que no la pude sacar en todo el día.

7

A las ocho de la noche recibí un audio de tres minutos de Facundo en el que, después de mentir diciendo que había llamado sin parar, me avisaba que un grupo de italianos lo invitaban a seguir hasta Bolivia. Le parecía una picardía no aprovechar ahora que estaba tan cerca. *Además, no es un destino que a vos te interese, y en enero en la escribanía no pasa nada.* Un minuto de reclamos míos. No lo mandé, en cambio escribí: *La estás pasando bien? / Sí, estoy feliz, gracias por entender / Nada que entender, te amo / Yo también.*

Hipótesis: Se quiere separar pero no se anima a decirlo, ¿habrá llamado a la otra? "Nadie va a comprar zapatos descalzo", decía Vicky cada vez que escuchaba que un hombre desestabilizaba la pareja. Facundo era distinto. Quiero que se quede. Mejor no preguntar.

Paseé la vista por nuestro hogar, estaba tan impoluto como cuando volvíamos después de un largo viaje. De alguna manera este vacío era eso.

Empecé a desesperarme por los tiempos a los que todos me sometían. Que los resultados de la vaca, que el norte argentino con sus paisajes tan inabarcables, el médico de mi mamá que no se dignaba a poner fecha. Necesité salir del departamento. Llené los platos de Batman y armé un bolso con un par de mudas. No quería seguir durmiendo sola, aunque tampoco tenía muy decidido a dónde ir. Pensé en Victoria, pero debería haberle avisado, además me iba a preguntar por Facu. Fui al lugar seguro.

—¿Quieren que me quede a dormir hoy?

Mi papá arqueó las cejas; estábamos cenando frente a la televisión intentando adivinar quién era el goleador del Mundial noventa y cuatro antes que el participante.

—¡Qué divertido!

Fue mi mamá la que contestó, propuso ver una película y hacer una chocotorta para cuando volviera su yerno.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó mi papá sin sacar los ojos del televisor.

—No sé, se va a Bolivia.

Los dos se miraron; sobre la segunda arruga de la frente de mi mamá vi escrito "esta nena se separa". Cuando mi papá se fue a acostar, ella me pidió que la acompañara a fumar un cigarrillo al jardín.

—¿Qué pasa con Facundo?

¿Tenía que adelantarle? Si ni yo sabía, no iba a especular. Además, no quería preocuparla antes de la operación.

—A mí me podés contar. —Más curiosa que preocupada.

—Nada, ma, le salió un viaje por trabajo y él hace mucho que quiere ir para aquellos lados, a mí no me gusta.

—Claro, nosotras somos más del mar.

Dio una gran calada y se enfocó en las estrellas.

—Y bueno, habrá que ver.

Era eso, había que ver debajo del abrigo de los años compartidos, del deseo ausente, de la necesidad de completar las fallas de fábrica, de la gratitud de seguir cayéndonos bien después de tantos años. Había que ver también si la hipótesis de que se veía con alguien era cierta. Había que ver.

—Tu papá y yo tampoco estamos bien.

¿Qué?

—No es que nos vayamos a separar, o sí, no sé.

¿Qué?

—Hace unos años que no somos felices. A veces pienso que es conmigo, después me doy cuenta de que no, tu papá está desconectado. ¿Sabés qué hace los domingos cuando se va a dormir la siesta?

—¿Qué?

—Llora, varias veces lo enganché así. Dice que no aguanta ir a trabajar, que ya debería estar jubilado, pero no puede, que esta casa tan grande, que nuestra vida. ¿Qué vida? Si está todo el día con cara de culo. ¿Vos lo viste hoy? ¿Cuántas palabras le escuchaste decir? Yo no digo que sea el de antes, yo tampoco soy la misma, pero que sea más bueno conmigo.

Tomó aire. El llanto apretaba, la voz se le perdía entre las cuerdas vocales.

—El otro día le dije: Me tenés abandonada desde hace años y no me vengas con lo de la operación. Porque sabía que se iba a despachar con eso.

Se mordió el labio inferior, hacía fuerzas para que el enojo no dejara entrar la tristeza

—¿Tengo que agradecerle por no dejarme tirada o sentirme culpable por esta mierda?

Se agarró la teta vacía y la tristeza abrió la puerta de una patada. Yo intentaba aguantar. Miré las estrellas que, en el jardín de mi infancia, se veían distintas cuando los problemas eran de otros. No funcionó. Ahora, los problemas eran nuestros.

—¿Qué te dijo? —De repente, Facundo, mi papá y todos los hombres del mundo me parecían unos pelotudos sin recursos.

—Lloró, ¿y? Si llora siempre. No sé si llora porque quiere separarse, porque no quiere, porque se siente abandonado por mí. Esa noche me dejó una nota en la mesita de luz, después limpiando encontré que tiene un block donde escribe las cosas que piensa; cuando quiere compartirlo

conmigo arranca las hojas. Hace más o menos cuatro meses que nos decimos lo importante por ahí.

Las lágrimas no frenaban el ritmo de sus palabras.

—Ayer le escribí yo, que fuera al psicólogo, que hablara con alguien, o al psiquiatra, que lo medicaran, no es una vergüenza que te den algo para estar más contento. A mí, con los rayos. ¿Te acordás? Nadie creía que te deprimen hasta que encontré a esa doctora tan divina, la Moro. Pero él con ella no quiere ir, dice que le da cosa que sea mujer, que no le gusta hablar. Ojo, yo también tengo lo mío, pero por lo menos algo hago.

Le dio otra larga pitada al cigarrillo, se lo arranqué de las manos y yo también fumé. Entré a la casa y saqué una lata de cerveza de la heladera. Me tomé la mitad de un trago. Cuando volví al jardín, ella ya no lloraba, miraba los árboles altos como si lo que me estaba por contar se escondiera en uno de ellos.

—Hace un año que no se le para.

—¡Ay, mamá!

—¿Qué? —Su mirada era desafiante.

—¡Me da asco!

Me desestimó con los hombros.

—Yo al principio pensé que era por esto. —Se agarró otra vez la teta vacía—. Vos viste lo que es. Pero después me di cuenta de que no, es él. Siente como que la vida lo jubiló para todo, menos para trabajar. Y lo entiendo, cuando me agarraron los calores y se me retiró me pasó lo mismo. Tu papá me bancó. No es la primera vez que pasamos un tiempo sin tener relaciones, pero nunca tanto. No sé si no le gusto más o qué, igual yo de esto me voy a encargar, por mí.

Nunca había escuchado una confesión así de nadie. Y si bien ella era la protagonista, yo era mucho más que una actriz de reparto. El hombre de las notitas al que no se le paraba era mi papá. Veníamos de tres años de luchar contra un monstruo gigante. Yo también lo notaba apagado, sé que a veces puede portarse como un mono sin empatía. Más de una vez sentí que lo estaba educando, otras tantas que mis palabras caían en un aljibe sin fondo, pero estas novedades eran otra cosa: un camión sin luces de frente en el medio de la ruta.

8

Cada vez más cerca de la operación, mi mamá empezó a necesitar quedarse en su casa y yo volver a trabajar. Facundo estaba en el lago Titicaca sin señal, mi jefa no aparecía. Para paliar la ansiedad fui al laboratorio. Encontré a Marcos, nos miramos con el vacío de los abandonados.

—¿Te escribió Amalia? —le pregunté.

—No, yo le escribí. Dijo que hay que esperar.

—Ah. ¿Viniste por algo en especial?

—Para no quedarme en casa.

El fermentador burbujeaba, el humito podría haber sido relajante, pero los nervios que cargábamos solo se bajaban con respuestas. Abrí el freezer, las muestras estaban ahí, esperando el cartel de aprobadas o desechables.

—¿Vamos a ver a Britany?

Le dije que sí, más para hacer algo que por rigurosidad científica.

El viaje era largo y la ruta entreverada. Marcos acortaba el trayecto por caminos de ripio sin ayuda del Maps. El Corsa modelo dos mil tres tenía el aire acondicionado roto. Abrimos las ventanas. El ruido era la excusa perfecta para volver a los silencios del laboratorio. Silencios sin doble sentido, sin reproches. Tan distintos a los de mis imposibilidades o a los que mi novio usaba para castigarme. Me dejé envolver por la velocidad y el sol de frente. Cerré los ojos y viajé a un futuro cercano donde la mamoplastia había sido un éxito, mi papá se reía con ruido y la crisis con Facundo se había resuelto, no por arte de magia, sino porque nos amábamos. Nuestro amor no era la gastritis de “mariposas en la panza”, era el audio pesado preguntando a qué hora venís, la aburrida rutina del ¿qué comemos?, la celebración de los instantes de soledad entre que llego del laboratorio y él de la oficina. En mi fantasía planeábamos vacaciones en el mar. A Britany no la pude imaginar muerta, cada vez que lo hacía caía en una desolación agobiante. Me pasaba todos los días al despertar; quería que la mataran para saber si nuestros esfuerzos habían dado frutos. Transcurrían unos minutos y me atacaba la necesidad de seguir habitando la intriga de ese logro numérico tan chiquito e insignificante, salvo para mí y el hombre que manejaba el Corsa. Pasara lo que pasara, una vez que la vaca entrara al Reino Unido nuestro trabajo estaría

terminado.

—Si esta sale mal, no sé si nos sostienen. —O estos tres años lo entrenaron para leerme la mente o este muchacho era psíquico—. ¿Vos viste lo que es el contrato? Más cláusulas de confidencialidad que derechos laborales. Facturamos cada tres meses. Si esto sale mal Amalia nos va a tener que decir algo, ¿vos creés que nos va a descartar? —Marcos hablaba más rápido de lo que razonaba.

—No, no es con nosotros, si sale mal es que no funciona. Nos metemos los tres añitos en donde no da el sol.

El auto frenó. Mi compañero tocó dos bocinazos e, inmediatamente, el gaucho más gaucho que existe apareció. Con boina, bombachas color caqui, camisa abierta y el mate en la mano; nos abrió la tranquera e hizo señas para que entráramos. Mi compañero manejó hasta el final de la calle de tierra. En un redil, varias vacas esperaban su final.

—¡Ahí no está!

La voz grave del gaucho viajó desde la tranquera hacia nuestros oídos. Nos señaló un terreno alambrado donde tres bobinas enormes pastaban. Britany era la del medio, la reconocí enseguida. Estaba más gorda que en la foto, pero el pelaje marrón de aberdeen angus era inconfundible. Nos acercamos. El gaucho nos alcanzó.

—¿Por qué está ahí? —preguntó Marcos.

—¿No les dijeron? Cayó preñada.

9

En el viaje de vuelta Marcos estaba torpe y parlanchín. Doblaba en cuarta, aceleraba en las curvas, manoteaba el volante. No vio ninguno de los pozos ni los badenes. Me acordé de una frase de mi papá. Tenía quince años y con mi amiga Georgina hacíamos dedo para guardarnos la plata del taxi. Siempre en viajes cortos, del centro a alguno de los boliches de moda; mentíamos y decíamos que nos llevaba su mamá. El día que nos descubrieron mi papá me agarró fuerte la cara y me dijo: “La mayoría de la gente maneja mal, por distraída o agrandada, y vos, por boluda, va a llegar un día que no vuelvas”. Marcos no era ninguna de las dos cosas, sin embargo, nunca me sentí más cerca de tener un accidente de tránsito.

—Yo sabía que algo pasaba, este tipo es un desastre. ¿Cómo cayó preñada? No es una adolescente sin forros.

Ah. De repente era gracioso.

—Además, esto nos lleva puestos, con suerte doscientos ochenta días va a tardar este bicho en parir, ¿qué vamos a hacer mientras tanto?

—Capaz que la matan igual —me costaba decirlo.

—Imposible, si la matan con la cría dentro pierden mucha plata, acá hay algo más.

—¿Qué?

—No sé.

La rueda derecha se enterró en un pozo, el auto saltó y me di la cabeza contra el techo. No pidió disculpas.

— Para mí lo hizo a propósito —sentenció.

—¿El gaucho? ¿Y para qué? Si le están pagando por cuidarla.

—Le estarán pagando poco. O es un pelotudo.

—No tiene sentido, pensemos bien.

—¡Esto es grave, grave de verdad! Hay que hablar con Amalia. Vamos al laboratorio directo, ¿o la llamamos para que vaya? Decirle por teléfono no sé si es lo mejor.

Estaba agitado, tenía los ojos muy abiertos como si estuviera haciendo un esfuerzo por mantener la atención.

—Necesito parar.

Agarró por una calle de tierra y frenó de golpe. Nos fuimos para adelante. Bajó del auto,

caminaba en círculos, rumiaba algo que no terminaba de largar

—Yo la llamo.

Encontró un arbolito, se sentó bajo su sombra débil. Sacó un porro de la riñonera. Lo encendió, le dio una gran calada sin toser, estiró el brazo. Le dije que no. Me alejé con la excusa de encontrar mejor señal, no quería tenerlo pegado dictándome qué decir.

—Hola, Amalia.

De mala manera pidió que hablara rápido, estaba yendo a buscar al nieto a rugby.

—Bueno, si no conversamos en otro momento.

—Decime, si ya llamaste.

Tomé fuerzas.

—La vaca cayó preñada.

Un bocinazo se coló en la línea.

—¿Cómo sabés?

—Hoy fuimos a verla y el gaucho nos dijo.

Otro bocinazo, alguien la puteó. Ella respiró fuerte pero no contestó al insulto.

—¿Y por qué fueron a verla?

La reacción inmediata fue defenderme.

—Mirá, Amalia, estamos sin trabajar, muy ansiosos por ver cuándo volvemos y sobre todo cómo termina todo esto. Imaginate que hace tres años que estamos con las pruebas y es la primera vez que nos acercamos, aunque sea un poco, al resultado ideal.

—Entiendo. Vayan para el laboratorio, busco a mi nieto y voy.

Mi compañero se abrazaba las rodillas y se balanceaba para adelante y para atrás. Tuve miedo de que fuera un brote psicótico. Me acerqué al árbol, levantó la mirada, parecía un adolescente pelado.

—Me fumé el porro entero. ¿Vos manejás? Yo así no puedo.

Estábamos entrando a la Panamericana cuando le agarré la mano a las marchas. El Corsa era durísimo, el primer tramo fuimos a puro cabeceo. Marcos completamente fumado, con los músculos más laxos que de costumbre y el cuello a la deriva, era el perrito de las lunetas de los taxis. Roncaba con la boca abierta. No era la apnea del sueño de Facundo. Ronquidos parejos, prolijos. Unas cuadras antes de llegar al laboratorio lo zamarreé.

—Marcos, ey, estamos llegando.

Él abrió los ojos, pero siguió con la boca abierta; el último ronquido lo emitió despierto. Fue rarísimo.

Llegamos a la oficina a las siete de la tarde. Nuestra jefa ya estaba ahí, el nietito también. Un nene de doce años vestido con las rodillas embarradas, uniforme de rugby y un fastidio de hijo

único. Amalia le encajó su celular, el pibito se puso a mirar unos videos chinos a un volumen desubicadísimo. Le dediqué una mirada lapidaria. La abuela parecía no escucharlo, fue directo al grano. Había hablado con "los de arriba". Le encantaba nombrarlos así, como si fueran una deidad a la que los ciudadanos de a pie no podíamos acceder.

—Hasta que la vaca no tenga el ternero no podemos hacer nada. Después hay que esperar unas semanas y ahí sí.

Otra vez, era increíble, incluso ahora que la muerte se alejaba en el tiempo, solo hablar de eso me angustiaba. ¿Por qué las cosas no podían quedarse como estaban? ¿Era una utopía querer que Britany muriera de vieja?

—Entre una cosa y la otra se nos va el año entero.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —Marcos**,** un secuestrado frente a su captora.

—En principio, reincorporarlos. Salga como salga, el proyecto está en el calendario.

—¿Qué querés decir con salga como salga? —Ahora la del drama era yo.

—Si funciona es una alegría para todos, si sale mal una idea de las tantas que no prosperan. El sueldo lo van a cobrar hasta fin de año, así que no exageren, que acá no se murió nadie.

Los chinos del videíto ahora cantaban. El pequeño rugbier movía la cabeza, contento. No quise mirar a Marcos.

—Van a ser unos meses de papelerío, aburrido y necesario. Podría hacerlo yo, pero estoy tapada de laburo y, mientras están ociosos, me viene bien que avancen. Total, venir tienen que venir.

Quise mantener las formas y tratarla bien, para volver al laboratorio en las mejores condiciones, pero la palabra "ocioso" sumada al "acá no se murió nadie", con su tono de absoluta indiferencia, hizo de catalizador.

—Mirá, Amalia, con todo respeto, y disculpame si te ofende esto que te voy a decir, no es nuestra culpa que la vaca haya quedado preñada.

Mi compañero me interrumpió.

—¡Nosotros hicimos todo bien, en todo caso el problema es la persona que decidieron que la cuidara! ¿Quién lo eligió? ¿Los de arriba? Nosotros le estamos entregando años y cabeza a este proyecto y además vos sabés muy bien que fui uno de los primeros que dijo que esto no iba a funcionar.

Ahora era yo la que me metía, esta vez para salvar nuestro trabajo.

—Lo que Marcos quiere decir es que esto es una mala noticia para todos, y no quiero hablar por los dos.

—¡Sí, hablá por mí también! —me interrumpió.

Hice una pausa para tranquilizar las aguas.

—Amalia, nos sentiríamos mejor si encontráramos en vos algo de humanidad y contención. Los tres sabemos que el trabajo administrativo no nos corresponde.

¿Silencio de despido? Encima, Marcos fumadísimo. De fondo los chinos y su música metálica le agregaban tensión al suspenso.

—Tenés razón, Cecilia.

Asentí, orgullosa por mi aporte a la defensa de los derechos laborales.

—Igual creo conveniente que vengan y se pongan con el papelerío. Están cobrando un sueldo sin hacer nada.

10

Estado de situación: 1. Pasé de bioquímica a oficinista por culpa de un gaucho. 2. Quizás sea hora de empezar a buscar otro trabajo. 3. Marcos puede llegar a tener un problema de adicción a la marihuana. 4. Comienzo a sentirme encerrada en el departamento. 5. Batman me odia. 6. Pasado mañana operan a mi mamá.

Necesitaba hablar con Facundo. Lo extrañaba; además, si me quedaba sin trabajo era un sueldo menos que entraba a la casa, merecía saberlo.

Estás? Eran las cuatro en punto. Había una diferencia de una hora con Bolivia así que, técnicamente, estábamos en el rango usual en el que hablábamos de nuestras cosas. *Te estaba por escribir / Sí? Qué bueno, trasmisión de pensamiento /* emoji de carita con ojos de corazón / *Estás para video llamada?* Dos tildes azules, silencio. *Dale /* Alivio.

Atendió enseguida. Estaba descansado y con la barba crecida, demasiado. Un buzo de aguayo celeste resaltaba sus ojos amarillos.

—¡Un mantel así quiero!

Festejó mi ocurrencia.

—¿Cómo estás?

—Casi desempleada. ¿Vos?

—¡¿Qué?! ¿Cómo desempleada?

—Es largo y no te quiero aburrir, te tiro el titular: la vaca quedó preñada y ahora estamos sometidos a los tiempos de la vida.

—No entiendo, ¿cuánto hay que esperar para matarla?

Otra vez el nudo inexplicable.

—Que tenga el ternero. Es casi un año y lo más probable es que no nos renueven el contrato en el mismo laboratorio. Con mi jefa está todo mal. Este año nos sostienen pero tengo que ir buscando otra cosa.

—¿Están yendo al laboratorio?

—Sí, nos tienen haciendo papeles. Me siento en esas películas donde la policía está a punto de descubrir al asesino y el jefe la manda a dirigir el tránsito.

Lo llamé para que me consolara, para llorarle como cuando llegaba preocupada después de un mal día, pero él no estaba en casa así que decidí minimizar lo mío para que pudiera disfrutar de

lo suyo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a través de las pantallas. Mi novio era muy hermoso. Una olla a presión me chiflaba en el alma. Quería decirle cosas, pero primero tenía que ordenarlas.

—¿Qué hacemos si me quedo sin trabajo?

—Lo vamos a resolver.

Tiempo verbal futuro próximo combinado con el pronombre personal que nos incluye a ambos. Respiré tranquila, si estuviera con otra lo tendría que resolver yo sola.

—Tenés la extensión de la tarjeta de mi papá por cualquier cosa.

No pude reconocer el buen gesto que enseguida me despaché:

—¿Pensás quedarte para siempre?

—No empecemos, Ceci.

—Perdón. Mañana operan a mi vieja.

—¿Ya? Ahora le mando un mensajito.

Su falta de precisión en las fechas traía de nuevo la hipótesis tres.

—¿Allá qué tal? —Me costó preguntar.

—Bien, lindo. Yo sé que a vos te gusta el mar, pero no sabés lo que son estos paisajes, tenemos que venir juntos. Te prometo que ni tanto calor ni tanto sacrificio, con un poco de plata la pasás increíble.

—¿La estás pasando increíble?

La pregunta sonó como lo que era, una miniescena de celos.

—Sí, igual te extraño.

—Yo también —me ablandé.

—¿Querés que vuelva?

Las lágrimas se amontonaban como chicos que quieren salir a jugar. Asentí.

—Ya estoy para volver, mi amor.

La sonrisa le achinaba los ojos, no entendí si era por verme después de tantos días o por lo bien que la estaba pasando sin mí. Tenía un semblante de paz, no me preguntaba, me dejaba hablar, quizás debería haber hecho eso desde un principio.

—¿Me mostrás dónde estás?

Dio vuelta el teléfono y enfocó un living de hostel. Madera, telas de colores, dos grandes ventanales y, detrás, la montaña. Tres hombres jóvenes, que nacionalicé estadounidenses, miraban un partido de fútbol americano por televisión. De una hamaca paraguaya colgaban dos piernas de mujer. Mi morbo pidió ver su cara. Podía no ser nada o la hipótesis cuatro: el viaje se demoraba porque había conocido a alguien allá. Facundo me ahorró la angustia y volvió a enfocarse.

—¿Cuándo volvés?

—Apenas encuentre tren te aviso.

—¿Pero el tren no tarda como dos días?

—Sí, es hermoso el viaje. Te amo.

Cortó, el departamento era un lugar mejor después de esa llamada. El gato seguía inquieto. La hipótesis tres estaba casi descartada, y la hipótesis cuatro era bastante improbable. Facundo no sería tan cínico como para señalarme a su amante de viaje. El eco de la voz distorsionada del hombre que era mi hogar desde hacía siete años sonaba aún con la frase que me tranquilizó. Lágrimas otra vez, saliendo por fin a jugar porque ya no había peligro.

11

Llegó el día de la operación. Mi mamá se despidió de nosotros a bordo de una camilla. Verla sin maquillaje y con ese gorrito que le apretaba la permanente me tiraron encima sus sesenta y cinco años.

—Pueden esperarla en la habitación. —Ofreció la médica.

Mi papá dudó.

—Te quedás conmigo, ¿no? —le dije, más imperativa que expectante.

Me senté en el sillón del acompañante, él se echó en la cama, tomó el control remoto y encendió la tele. Hizo zapping, se detuvo en un canal de deportes que pasaba un torneo de tenis juvenil. Nada podría interesarme menos.

—Pa.

—¿Qué? —dijo sin sacar los ojos de un match point entre un ignoto de quince y otro de dieciséis.

—Hablé con mami.

—¿De?

—Dice que estás triste.

Giró la cabeza y me miró como si no supiera de qué le hablaba.

—Me contó lo del block de notas y que estás abrumado por el trabajo.

Seguía callado.

—Yo también te veo mal, pa, me da mucha lástima.

—Lástima nadie.

¿En serio me contestaba con una frase de Maradona? Hice de cuenta que no había escuchado.

—No está mal si querés ver a un psicólogo o una psiquiatra, la que iba mamá parece piola.

—Tu mamá exagera, no es para tanto. ¿O vos estás contenta todos los días? —Se apuró a hablar antes de que pudiera contestarle—. Normal, entonces.

En el partido, el más púber de los dos había llegado a una pelota imposible, me dejé encantar por su virtuosismo y me resigné a que mi papá no me contara nada de su presente. Al rato me aburrí y fui por la tangente.

—¿Estás preocupado por mami?

—No, pero no entiendo para qué lo hace con todas las que pasamos.

—¿Qué pasaste vos?

—¿Te parece poco?

—Sí, poco me parece, en comparación con ella, la verdad que sí, me parece poco.

—Buoh.

Si no lo quisiera tanto lo odiaría. Lo impenetrable no es tan agresivo como sus respuestas cuando por fin se decide a decir lo que piensa.

Una hora y media después de ese escueto intercambio de palabras dos enfermeros entraron a mi mamá en camilla. Mi papá liberó la cama para que la pasaran.

—¿Podrá salir alguno? Somos muchos y tenemos que acondicionarla —dijo, sin amabilidad, el más joven.

Nos quedamos ahí, disputándonos la importancia familiar. Apenas los enfermeros la alzaron sentí que se podía romper. La bata azul la hacía ver ínfima. Pestañeó apenas, tenía el pelito pegado debajo del gorro, la cara transpirada. Mi papá se acercó y le dio un beso en la frente. El contacto con la piel de su esposa le desinfló el cuerpo, hasta hace un rato, impenetrable. La tensión del miedo, la preocupación disfrazada de indiferencia y el manto de negación que imponía se le derritieron por los dedos al comprobar que el amor de su vida salió airosa una vez más. Ahí entendí. ¿Qué habrá pasado él mientras el cuerpo de ella era un campo minado?

Me retiré de la batalla por la importancia familiar y salí de la habitación. Otra vez las lágrimas empujando, a mí el miedo se me derrite por la cara. Mi papá me alcanzó en el pasillo, me dijo que fuera tranquila, que él se iba a quedar cuidándola.

—Quiero entrar —exigí.

—Ahora los enfermeros la están limpiando, todavía tiene la anestesia. Más tarde, yo te aviso.

—Mirá que yo no tengo nada que hacer, me puedo quedar.

—Me quedo yo, corresponde.

12

La mamoplastia bilateral fue lo más cercano a un éxito que pasó por el cuerpo de mi madre. Relevé a mi papá un par de horas un día para que fuera al banco, el resto del tiempo parecía desesperado por dejar en claro que quien la cuidaba era él.

Cuando por fin le dieron el alta, la esperé con libros y la comida indicada por la médica. Esa noche cenamos los tres, estábamos contentos y cansados. Hacíamos chistes, hablábamos interrumpiéndonos, ni prendimos la tele. Volví a ofrecerles quedarme a dormir, pero ya no me preguntaron por Facundo. A mi mamá le seguía pareciendo un buen plan que yo ocupara la habitación de mi infancia por una noche. Insistió en quedarse despierta cuando mi papá la invitó a subir con él. Me hizo un expreso, ella se tomó un té sin azúcar.

—Antes de la operación, fui a ver a Lala.

La confesión me dejó helada, creí que esa relación había terminado mal por cómo nos fuimos aquel día.

—¿Y?

—Y no sé si me lo quiero hacer, me da miedo que me duela. Además, ¿no es muy artificial? Como una calcomanía, no es que voy a volver a sentir algo ahí.

—¿En el otro sentís?

¿Qué hacía yo preguntándole a mi mamá por sus zonas erógenas?

—Más o menos, ahora el médico dijo que voy a sentir más. Igual me tengo que cuidar mucho para que no se infecte, nuestra familia no cicatriza bien.

—¿Y para qué fuiste?

—No sé, me quedé y la vi tatuar uno. Es impresionante, pero la chica que se lo tatuó dijo que no le dolió nada. Y ahí pensé que si no duele yo me lo haría, para no verme tan rara cuando me levanto la remera, ¿entendés?

Asentí.

—Ella me cae bien.

—¿Lala?

—Sí, me hace acordar a esa amiga tuya de la escuela.

—¿Cuál?

—Georgina.

—¡Nada que ver!

—No digo físicamente, por lo zarpada.

—A Georgina la dejé de ver hace años, mamá, ¿qué sabés si era zarpada?

—Se escapó a España a los veinte, se puso de novia con una chica.

Sacó el atado de cigarrillos.

—Olvidate, no vas a fumar.

—Uno solo.

—Ni en pedo, los médicos dijeron que no.

Le tiré un manotazo para sacarle el atado, ella me devolvió otro. No parecía nada débil, sí desesperada por nicotina. Embestí de nuevo para arrebatárselo, cuidando de no rozar la zona. Hizo un movimiento brusco y frunció la cara. La dejé ganar y se fue con su tesoro de alquitrán al jardín. La seguí.

—Lala tiene como tres novios y una novia.

—¿Eso te contó?

—Sí, con la novia ahí, sabe todo la chica. No se enoja ni nada.

—Mirala a Lala.

—Y pensé —se tentó.

Las sedaciones vienen cada vez más potentes, nadie sale de una internación tan espabilada y charlatana.

—Mami, ¿estás drogada todavía?

Seguía riéndose.

—Parecía un topito la novia, ¡fea como un moco! Nada que ver con ella, toda mujerona, imponente. Así era. —Sacó los dientes afuera emulando un ratoncito—. Y Lala meta franelearla.

Ya no sabía si era un exceso de morfina, el entusiasmo por recuperar una parte de su feminidad o que se equivocaron y le hicieron una lobotomía.

—Mientras me contaba de los otros tres novios, la topito estaba ahí, yo pensé…

Otra risita seguida de un silencio misterioso. La atención se le fue a los árboles, lo que dijo pareció llegar desde ahí.

—He cogido poco.

SEGUNDA PARTE

Fases de un experimento dudoso

13

Lo que sigue es confuso. Ponerlo en palabras parte de mi necesidad de ordenarlo, también de reconfirmarme que sí pasó, que no me lo inventé ni entendí mal.

Casi eyectada salí a buscar a la única persona que tenía algo de información en todo este lío. Entré por Emperatriz IV apurada y enojada. ¿Qué ideas le metió Lala en la cabeza? ¿Quién se cree que es?

Recopilo: mi madre dijo que cogió poco. No, no, así no dijo. Dijo: “He cogido poco”. El pretérito perfecto indica lejanía, distancia. Que hubiera podido expresarlo le daba una vida más al deseo. Después lloró y yo también, pero eso no importa.

—Lala me dijo que hay grupos. —Mi mamá se frenó de golpe.

—Dale, seguí.

—No, porque mirá cómo te ponés, y yo no estoy para sentirme peor.

Se encerró en el saquito de lo impenetrable y se fue a acostar. A la mañana, cuando me desperté, no me abrió la puerta de su cuarto.

Encontré a Lala tatuando caballitos de mar a una adolescente y a su mejor amiga justo en el extremo de los brazos derechos donde se hunde el redondelito de la BCG. No se sorprendió por mi visita, me comunicó que terminaba en una hora así que me fui donde el tipo de los jugos. Le saqué charla, pero él estaba más chúcaro que yo así que me quedé callada viendo cómo un grupo de seis judíos ortodoxos migraban de una sedería a la otra con sus togas, sus sombreros de ala ancha y sus bucles laterales. Antes de que se hiciera la hora volví. Las nenas ya estaban pagando.

Cuando se despidieron con sus bracitos envueltos en papel film me despaché.

—¿Qué le dijiste a mi mamá?

—¿Cómo qué le dije?

—Sí, de qué hablaron.

—Del tatuaje.

—Dice que le contaste que tenés tres novios y una novia, que tu novia estaba ahí.

—¿Eh?

Movió los ojos de un lado al otro en un claro gesto de hacer memoria.

—Le estaba contando a la otra chica, ¡no a ella! Mi novia cayó un toque y se fue. Ni idea. Te digo que ella está en una. Me pidió venir cuando estuviera tatuando y se quedó hora y media. No

molestó ni nada, pero era raro, le tuve que explicar a la piba porque ella no decía nada. Mirá, yo no sé qué onda vos y tu vieja, si hablan o no, no me interesa. Yo re estoy para el tatuaje y si ella quiere volver a venir, todo OK, pero no me metan en quilombos que yo también tengo madre, bastante más jodida que la tuya, y no le ando rompiendo las pelotas a nadie.

Corta, como la salida por Emperatriz IV. Necesité entrar en el túnel del tiempo para entender lo que pasaba. Pasillo. Mi mamá era una manipuladora. Sobre eso no había misterio alguno, lo llamativo era la capacidad que tenía para envolverme. Local vacío, en venta, merchandising de Racing. Me hizo creer que tenía una amiga de mi edad que le instalaba nuevas ideas para que mis celos de hija única me condujeran a la tatuadora. Local en venta, peluquería de perros. ¿Le tiró realmente la boca o Lala interpretó mal? Mi mamá puede ser cariñosa, pero de ahí a lesbiana hay un abismo. Local doble vacío, lotería, casa de cotillón. En la puerta de la agencia de detectives, un cartelito anunciaba “Fui al baño”. Lástima, me hubiera gustado preguntarle al señor petiso por los tres novios y la novia topo. Pasillo. local vacío, reparación de celulares. A mi mamá poco le importaba que descubriera su mentira, jugaba a que completara lo que ella no podía decir. ¿O era una expresión de deseo? ¿Le hubiera gustado tener una cómplice joven y abierta? Yo no podía ser su amiga, Lala no quería. Hice los últimos metros del pasadizo y salí a la calle. El sol de frente no aclaró nada.

14

Facundo rodeado de plantas / Primer plano con un cielo celeste atrás, ojos relajados, barba tupida / En una montaña / Remando en canoa por un río marrón / Sentado en una combi con un hombre muy peludo y dos chicas morochas flaquísimas / Entre lianas, sonriendo precioso, las mismas chicas fuera de foco / En un hostel con desconocidos. Una foto detrás de la otra, o mi novio estaba maníaco o el hostel tenía un pésimo wifi. Le clavé el visto, se terminó la novia piola.

Caminé por el departamento vacío. Las paredes blancas con cuadros genéricos. Ni sé por qué los elegimos. Ninguno tiene gusto para la decoración. Nos escudamos en que somos minimalistas, y tampoco. De las pocas cosas que hay a la vista, la mitad no se usa. ¿Qué nos pareció lindo de tener una réplica de los girasoles de Van Gogh al lado de esa imagen de las bailarinas con fondo verde? La biblioteca de pared a pared. *Manual de derecho administrativo. Bioestadística IV. El gran Gatsby. Tomo I, II y III de derechos reales. Padre rico, padre pobre. Microbiología Química. ¿Quién se ha llevado mi queso? Código Civil. Química inorgánica. Los siete locos. Brock. Biología de los microorganismos. El Maniatis. Código contencioso administrativo de la ciudad de Buenos Aires*. Nunca leímos el *Ulises*, pero la encuadernación de cuero verde era una linda superficie para apoyar la miniatura de la Estatua de la Libertad que nos trajo su papá de Nueva York.

El televisor gigante con la Play a sus pies. Lo único que no extrañaba de mi novio era ese ruido metálico que hace el guerrero cuando conquista reinos. El silencio no me molestaba, tuve miedo de acostumbrarme. Lo que me dolía era que mi casa fuera el showroom de una constructora donde se expone la idea de una pareja que ya reconozco.

Era tarde, tenía sueño y a la mañana me esperaba otro día aburrido en el laboratorio. Apenas abrí la puerta de la habitación Batman salió disparado. En el acolchado blanco, una aureola amarilla lo delataba. Un olor a amoníaco penetrante me hizo lagrimear. Lo más rápido que pude, saqué la colcha, la meada atravesaba las sábanas y llegaba hasta el colchón. Llamé a la veterinaria a los gritos, eran las diez de la noche.

—Batman no tiene un problema de vejiga, eso lo chequeamos cuando le cambiamos el alimento, así que lo de orinar la cama puede ser por dos motivos —dijo—. Le alejaste las piedritas de la comida, ¿no? Asumo que sí porque lo charlamos varias veces

¿Me retaba como una maestra jardinera? Seca, contesté que sí.

No tires de la cuerda doctora Dolittle que ando con pocas pulgas.

—Bueno, entonces probablemente se sienta amenazado por la situación de la casa. ¿Hubo algún cambio?

Corté sin contestarle.

Batman meo la cama, por si te interesa. Un solo tilde. / Audio de tres minutos de odio impulsivo / Foto del acolchado / *Ahora tengo que dormir en el sillón andá a saber por cuanto tiempo* / Manoteé una almohada y tiré desodorante por toda la habitación. / *No sé porqué te dije que sí cuando quisiste tener una mascota / Si al final me encargo de todo yo / Sabías que le cambiamos el alimento por la caca blanda? / Y que no tiene problemas de vejiga, la boluda de la veterinaria dice que se siente amenazado por la situación de la casa* / *Todos forros, ella, el gato y vos.*

Arranqué la mañana laboral con seis mensajes de mi madre que decidí ignorar. La noche en el sillón había sido de las peores desde que se fue mi novio, no tanto por la incómoda superficie como por el bruxismo de reproches acumulados. Intenté concentrarme en el papelerío y no entrar en los pedidos de esa mujer, demasiado tenía con mi casa, el gato, Amalia, la vaca. Al mediodía llamó varias veces al celular, no atendí. Cuando escuché el ring del fijo del laboratorio supe que no iba a parar hasta que la escuchara. Me pidió que fuera a su casa.

La encontré adobando un pollo. Llevaba una musculosa que marcaba sus nuevas tetas.

—¿Viste? Se desinflamaron como reinas.

De monstruos a adquirir un título nobiliario. Se levantó la remera y, con cuidado, corrió la faja.

—Están mucho mejor, ¿o no?

Al emparejarse se notaba más la ausencia del pezón.

—Y lo de Lala no lo decidí todavía, hay que esperar, tampoco las puedo lastimar tanto y, quieras o no, la agujita esa llena de tinta es una intervención más.

—Mami, ¿en qué necesitás que te ayude? —Directo, estaba demasiado mal dormida.

Me miró con los ojos bien abiertos, en su cara se formaba una sonrisa ávida de complicidad.

—Hace poco vi esa película de las parejas, esa de la actriz tan linda y que actúa tan bien, ¿sabés cuál te digo?

No tenía idea.

—Fue uno o dos días después de que Lala me contó lo de los novios.

¿Me mentía a mí o realmente se creía que Lala le había abierto las puertas de su intimidad?

—Después empecé a buscar en el Google y vi que hay grupos de gente que experimenta. Prueban, qué sé yo, y no es que tenés que estar soltera, la mayoría son casados.

No sé qué cara hice, pero su respuesta fue:

—Singers.

—Singer es una máquina de coser, mamá.

—Si ya sabés lo que digo, ¡qué me corregís!

Me mordí el labio de abajo, bufé, tiré los ojos para atrás, por si no quedaba claro mi fastidio.

—Si tanto te molesta, no hablo más.

—No, dale, a ver.

—Quiero averiguar cómo es.

—Querés que averigüe yo.

Volvió a concentrarse en el pollo. Le ató las patas y tiró del hilo. Le echó pimienta y comino despacio. Me miraba de reojo, midiéndome. Lo puso en una bandeja, con solemnidad lo llevó al horno. Mientras maniobraba torpe la gran fuente, deslizó.

—Y también que hables con tu papá, a mí me da vergüenza.

15

Estaba harta, asqueada de los demás, enojada también. Mi jefa que ya ni caía a controlarnos; Marcos hundido en los papeles como si mereciera esa precarización; ahora mi mamá y la situación de inteligencia soviética a la que me exponía. Todos abonaban a mi mal humor, que tenía un depositario final: Facundo. Él seguía mandando fotos, pero no volvía.

Decidí tomarme un respiro. Victoria era mi amiga más antigua, una de las pocas que me quedaban.

La cité en un bar de Puerto Madero. Ver masas de agua me tranquilizaba. Para los que vivimos en la ciudad y trabajamos en el microcentro este río marrón encajonado entre edificios es nuestra porción de naturaleza.

Sabía que me iba a preguntar, también que lo iba a demorar hasta que yo bajara la guardia. Mientras tanto, me contaba de ella. Siempre me pasaba lo mismo con Vicky, su vida era un Tetris de actividades que me despertaban, por un lado, admiración, y por otro reafirmaban la vida que no quería. Madre de cuatro hijos muy seguiditos. El primero fue una bendición, el segundo un accidente. *Cogí indispuesta y quedé, amiga, como si no hubiéramos leído el* Qué me está pasando. Era la época de los mensajes de texto, teníamos veinticinco años y ella ya estaba casada, con un bebito de diez meses y a la espera de otro. Los dos que siguieron fueron un escándalo: *¿qué pasa, boluda? ¿Soy una usina de óvulos? No hay tradición de gemelos en mi familia, ¿cómo vamos a hacer para vivir? ¿Vos sabés lo caro que es tener cuatro pibes?*

—La gente debería tener gemelos, no son dos, es medio hijo. Se cuidan solos, te exigen menos. Recomiendo. —Se despachaba ocho años más tarde.

Teníamos que apurar el café porque estábamos a quince paradas de subte de la escuela y ella nunca llegaba tarde.

—Bueno, ¿qué pasa con Facundo?

—Ay, amiga, no sé ni por dónde empezar.

—Por el principio y rápido, salvo que quieras acompañarme, que por cierto me vendría muy bien la ayuda y a ellos ver a su madrina que bastante abandonados los tiene.

—Te acompaño, no tengo problema.

—Bueno, entonces tenemos cuarenta y cinco minutos. —Levantó la mano y le hizo señas a la moza—. ¡La cuenta!

La atención de mi amiga podía estar en varios focos a la vez sin perder el hilo, superpoder que desarrolló con las maternidades.

—Largá.

—Tuvimos una charla, él quería hablar de que estamos mal.

—Sí, cuando me escribiste.

—¡Esa! No quedó en nada, al principio pensé que estaba rayado por el trabajo, la perorata eterna de que le gusta pero no lo apasiona, que no encuentra nada que lo llene. Después pensé que andaba con alguien.

—Apa. ¿Por qué? ¿Indicios? —Vicky podría haber trabajado en la SIDE.

—No, me parece que flashee. Estamos cogiendo menos, él, superdesganado, no propone planes. Ojo, yo tampoco. Estamos cada uno en la suya. Igual no llegué a enroscarme con la idea con que me vino de que quería ir al norte solo.

—¡Qué denso! ¿Hace cuánto que está con eso? —Le pasó la tarjeta a la moza sin mirar la cuenta—. Dejá la propina vos.

—Dijo diez días pero después empezó con que en enero no pasa nada en la escribanía, que quiere seguir recorriendo porque total conmigo no va a volver. Mandó una catarata de fotos ¡Hicimos una sola videollamada en veinte días! Ahí me dijo que me avisaba cuando sacara el pasaje en tren de vuelta para que yo calculara dos días de viaje, esto fue hace una semana.

—Todos iguales ¿Cuánto piensan robar con eso de que no tienen señal?

Vicky clavaba la aguja en el lugar que sangraba. No para hacerme daño sino para que pudiera ver la cascarita.

—Y ahora ya está, aguanté un mes, no quiero cagarla al final y que sienta que le arruino el viaje.

—Decime que lo puteaste una vez por lo menos.

—El otro día el gato meó la cama y le mandé un audio enloquecida, después me sentí la peor.

En las quince paradas que duró el viaje puse el pie en el acelerador, sabía que apenas buscáramos a los niños estaríamos sometidas a sus tiempos. Le conté lo de los singers. Su primera reacción fue una carcajada.

—¡Me muero! ¡Qué bien, Selvita! Para mí mis viejos no cogen, por eso tienen esas caras de culo.

—¿Qué decís? Está re loca mi vieja.

—No me parece, es una forma de resistir. Le están buscando la vuelta. Obvio que no está bien que te metan, eso lo entiendo, pero son gente mayor, no deben ni saber por dónde arrancar. No sé yo, que tengo treinta años menos. Tampoco es que tienen tantos amigos, les debe dar vergüenza hablar.

El subte se detuvo y subió una horda de gente, nos apretamos. A Vicky la mueca de admiración no se le iba.

—Además, boluda, mejor blanquear que tener una amante.

No entendí el uso del femenino.

—Los tipos te engañan siempre. Ahora, si las minas tenemos una historia por fuera somos unas putas que nos cagamos en la familia. Los swingers no mienten, lo hacen juntos, es un plan de pareja.

Empezaba a entender por dónde venía la cosa.

—Lo que más me flashea es que se le haya ocurrido a ella, con todas las que pasó, con el cáncer. —Lo dijo con un suspiro—. Es una genia ¿Y tu viejo qué dice?

—No hablé con él todavía.

La mueca se le desarmó, me miró confundida.

—Tengo que decirle yo, ella no se anima.

Lanzó otra carcajada, claro, si no son tus viejos es divertido. Era la primera persona a la que se lo contaba; la historia era tan ridícula que rayaba lo inverosímil. Pasaban las paradas y ella estaba cada vez más compenetrada. Habló del tiempo y de cómo se va comiendo al amor. De los hijos y de la plata, de lo mal que te puede caer el hombre de tu vida.

—Ojalá fuéramos tan evolucionadas.

—Ojalá fueran tus viejos.

El más grande esperaba sentado en el porche del colegio, casi adentro del celular que su madre le había comprado porque a los nueve años los chicos ya tienen que tener uno, por cualquier cosa. Los gemelos salieron juntos.

Se acercó la maestra.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? Me gustaría hablar con vos en privado.

—Hablemos acá que se me dispersan los otros tres. ¿Y Noa?

—Bueno, si no tenés problema, igual te voy a pedir que vengan con el papá mañana para una reunión.

—Veo si puede, decime.

—Noa le pegó a un compañerito y el nene se la devolvió.

La cara de mi amiga se desfiguró.

—Tiene el labio cortado, no te preocupes, no le dieron puntos.

—¿Y el otro?

—Es más grandote, no se hizo nada.

—¿Dónde está Noa?

—Adentro, en la dirección.

—Esperame acá —me pidió y entró detrás de la maestra.

Media hora después atravesó el portón de la escuela con el niño a upa. Los gemelos la

siguieron callados, el mayor también. Bajaron en fila la escalera del subte, mamá pata y los patitos. Mi celular vibró un par de veces, por inercia me fijé. Mensajes de mi mamá. No los abrí, si los abría me sentiría en la obligación de contestarle, si le contestaba empezaría una charla en la que ella escribe cada tanto y yo quedo presa de la pantalla.

Después de dos combinaciones llegamos. La casa era un desastre, juguetes tirados por todos lados. Victoria los corrió con el pie, sin levantarlos. Los mellizos y el más grande se encerraron en una de las habitaciones y encendieron la tele. Ella y Noa fueron a su cuarto, cerraron la puerta. Me quedé parada, en el medio del caos, esperando que apareciera el padre de las criaturas. Paseé la vista por el living, faltaban los portarretratos familiares y el cuadro del casamiento no estaba.

Cuando me di cuenta de que la charla con el del medio venía para largo, me puse a lavar la montaña de platos acumulados. Empecé a entender. La conversación en el subte, su cara de admiración, el dejo de tristeza al terminar las frases.

Victoria salió con los ojos hinchados. Caminó por el living recogiendo los juguetes y tirándolos dentro de un gran cesto de colores. Me miró con la cautela de quien tiene por primera vez un secreto. Se sentó en el piso, se tomó la cara y ahogó el llanto.

16

Para comprender este experimento a fondo, tengo que revisar sus componentes y analizarlos por separado. Perderles el miedo a las combinaciones, volver a creer que la hipótesis es siempre una pregunta. Animarme a exponer mi vida a la exhaustiva objetividad del microscopio.

Enciendo el mechero y esterilizo la pinza. Hurgo en la casa familiar. El jardín desde donde parecen venir las respuestas, el cuarto de la adolescente que fui. Mis padres corren el telón de su habitación conyugal. No quiero entrar ahí. Selva está perdida entre las obligaciones de ama de casa y la agenda del marido. La tomo con cuidado para no romperla. Se queda quieta, mira a la hija que la mira a través de los oculares.

Su padre murió cuando ella tenía doce años y dejó un tendal de deudas. Ludópata o estafado por un socio. Y la familia, que era de clase media, conoció la pobreza. Su mamá tuvo que elegir entre los dos hijos, solo uno iba a hacer la secundaria. Eligió al varón. A Selva le consiguió un trabajo de limpieza en un taller de costura. Tenía trece años cuando robó el primer libro, fue a una cortadora del taller. Se lo leyó en dos días y lo devolvió a la cartera de la mujer. Cada tarde, cuando terminaba de trabajar, le sacaba a su hermano los manuales de la mochila y se escondía a estudiar en su habitación. Siguió leyendo en búsqueda de otros universos posibles. Y afuera encontró a un bañero de pelo largo. Era alto y estaba desesperado por llamar su atención. Le enseñó a nadar y la invitó a salir, ella aceptó. Él la hacía reír, se pusieron de novios y se casaron a los veintiuno. Después de un par de intentos, cuando ya lo creían perdido, tuvieron una hija. Todavía siguen juntos.

Aumento las dioptrías. Selva mira con autoridad, no quiere que cuente más. Que la deje en paz, me pide.

Busco a Pablo, que patalea desde que ve venir la pinza. Abre la boca y cree que grita, pero lo que llega es, apenas, un ruidito. El galán de Almagro, de la época en que los barrios contenían mundos. Cabeza de ratón sin ganas de asomarse. Niño mimado que usó chupete hasta los diez años. Profesor de Educación Física devenido en bañero. Conoció a Selva en la pileta de Atlanta, ella no sabía nadar y él le enseñó. Le gustaba hacerla reír, quería darle todo lo que no había tenido. Tuvieron una hija, la quiere, aunque no se lo dice seguido.

Alejo la lupa. Examino la colonia de bacterias que forman. Están cerca, no juntos. La comunicación química se interrumpe. Los retiro del microscopio y, con cuidado, los vuelco a la

placa de Petri.

Cultivo de padres: ¿qué quieren de mí? ¿Cómo los ayudo sin poner en riesgo la familia? Los ojos de mi mamá son desesperados, la quietud de mi papá deja al descubierto el paso de los años. ¿Tiene razón Victoria y lo de ella es una forma de resistir? No quiero saber, pero quiero ayudar. Los cubro con el gel inocuo de la intimidad a la que me invitan. Quédense ahí, el experimento necesita tiempo.

Vuelvo a esterilizar. Turno de estudiar a la bacteria más dañina, el del shorcito. Lo tomo de la tela de velcro. No quiero ni tocar su piel, no se lo merece. Sin oponer resistencia, se deja agarrar. Cuelga, etéreo, como lanzándose de bungee jumping, con esta libertad nueva, pedorra. Lo coloco en el portaobjetos y apoyo mis pupilas en el ocular. Facundo se estira para llamarme la atención. El cuerpo que recorrí tantas veces con mis manos es objeto de estudio, no de deseo. Acerco el electroporador, lo pincho para meterme en los detalles de su mirada amarilla. Quiero respuestas, razones, pistas. Quiero poder definir cuál de todas las hipótesis desencadenó nuestra crisis. Busco en el pasado los motivos de este presente incierto. Se siente agredido y niega todo. Típico. Le pongo el cubreobjetos encima y lo atrapo entre los vidriecitos para que no se vaya, apoyo mi pulgar sobre su ingle y lo aplasto. Los ojos se le agrandan y la nariz de pompón se deforma. Quiero que deje de respirar un rato. Que sepa lo que es sentir que se te paraliza la vida. Aflojo. No lo vuelco en la placa de Petri, la placa es para la familia.

Bacterias de un proyecto en descomposición: Marcos, la vaca y mi jefa. Los deposito en el objetivo. ¡Ustedes saben cómo es, chicos! Los voy a observar y analizar, y lo que no sepa lo voy a inventar. ¿O no estuvimos haciendo eso durante estos tres años? La vaca come pasto, disfruta del sol, dentro de ella crece vida. La muerte la espera a la salida del parto, y a mí, esta angustia que todavía no descifro. Tomo a mi jefa del cuello, la saco del microscopio. Tiene el tamaño de una uña, la acerco a mi cara, sus gritos parecen los de un dibujo animado. Con un poco más de fuerza la estrangulo. Prefiero tirarla al piso y barrerla en unos días, ya seca.

La vaca y Marcos se quedan solitos en la superficie transparente. Él estira un brazo y le acaricia el lomo. ¿Cómo fue que terminaste acá? ¿Te hubiera gustado vender alimento en una veterinaria o salvar perros? Aumento las dioptrías y vuelvo a recorrer sus venas azules. Laten llevando sangre a un corazón del que no tengo idea. Me sonríe. Aparto mis ojos del elemento de trabajo.

Apuntes: 1. Placa de Petri, cultivo de padres. El gel de agar detiene el paso del tiempo, los autoinductores se acumulan en el entorno a medida que aumenta la densidad de población bacteriana. ¿*Singers*? 2. Facundo entre vidrios. Aplastado, pero vivo, inmóvil en su ausencia con la expectativa vibrando en la quietud de esta casa que lo espera. 3. Mi jefa. Vagando errante entre ácaros, pulgones lanudos y cucarachas blancas. Tratando de aprender, antes de ser barrida,

cómo luchamos los invisibles. 4. La vaca y Marcos, todavía en el microscopio.

Dentro del caos aparente, los elementos permanecen ordenados.

17

Mi papá es dueño de una fábrica de muebles. La levantó de cero con su mejor amigo. Ahí trabajaba desde antes de que yo naciera. Ahí estaba el día que fui a hablarle.

Terminaba una reunión con proveedores que arrojó un aumento del cuarenta por ciento. Era viernes, día de entrega y pago de sueldos. Entré por el galpón, me recibieron los sonidos con los que jugué toda mi infancia. Sierra, martillo, prensa, lustradora, los ataques a las naves espaciales en las que volábamos la hija del otro socio y yo.

Le pidió a la secretaria dos cafés y subimos a la oficina. Antes de dejar el celular, pantalla abajo, vi que tenía seis mensajes de mi mamá. Desde la tarde de los singers me venía persiguiendo para que hablara. Fue muy clara, puso reglas. *Fuera de casa y que sea un día de los que va al gimnasio, necesita madurar las cosas porque tiene el no como primer reflejo / ok. algo más? / Tiralo como idea tuya, ni se te ocurra decir que te lo pedí.*

Esto último no lo cumplí.

—¿Necesitás plata? —dijo apenas nos sentamos—. No me mientas que me doy cuenta. Mirá que para mí no es nada y para vos es un montón, no tiene sentido sufrir al pedo.

Así resolvíamos las cosas en mi familia. Entró su secretaria avisándole que lo buscaban abajo.

—Dame cinco minutos, ¿sí? —Se disculpó y bajó.

Espié por la ventana que daba al galpón. Hacía reír a un cliente. La forma de pasar la mano por la cabeza era la reafirmación de que aún se consideraba un hombre de pelo largo. La sonrisa permanente y esa manera de pararse sin apoyar los talones, como si todo el tiempo lo estuvieran llamando, disfrazaban sus ansias de jubilarse. La ropa deportiva le quitaba cinco años. ¿Cómo reaccionará a la propuesta de mi mamá? ¿Le parecerá raro que sea yo la portadora del mensaje? Mi celular vibró dos veces, ni miré.

Pasé la vista por las paredes de la oficina. Recortes de diario de su pasado como deportista enmarcados, una placa de “el mejor jefe” firmada por los empleados. Sobre el fichero de chapa había tres portarretratos con los momentos familiares que no debían ser olvidados. En uno de madera la foto de mi mamá embarazada. La panzota entraba apretada en el enterito de jean, tenía los rulos vaporosos y el colágeno que no trae ninguna crema. Treinta años, una rareza, en esa época no se esperaba tanto para tener familia, y no es que ellos hubieran querido demorarlo, dos abortos espontáneos y un embarazo ectópico habían retrasado mi llegada. Detrás de la

embarazada, una montaña y el cielo limpio. La segunda foto tenía un marco plateado con ribetes. Yo a mis veintiocho con el título de biotecnóloga en la mano. Detrás, la directora de carrera; a mi lado, ellos. Jóvenes viejos, con la vida que hay que tener y el orgullo depositado en el logro de su hija. Él ostentaba una melena sospechosa, ella un conjunto de hilo celeste. Yo, de trajecito, parecía disfrazada. Sostuve el portarretratos en la mano ¿Estaban aburridos o simplemente fingían estarlo?

—Ese fue el mejor viaje.

Me sobresalté, no lo había escuchado subir y ahora lo tenía a mi lado observando el tercer portarretratos de plástico transparente. Con el paso del tiempo, el borde de los recuerdos va perdiendo la elegancia. Una instantánea de él y mi mamá posando abrazados en el puente Carlos V.

—Mentira, el mejor fue el de Disney —contesté ofendida.

Se sentó y tomó un sorbo de café, hizo un gesto demostrando que estaba frío, seguido de otro donde dejaba en claro su grandeza por tomarlo igual. Me apuré, antes de que el viernes siguiera interrumpiéndonos.

—El otro día estuve charlando con mami.

—¿Sigue con lo del tatuaje?

Su tono hastiado me molestó.

—¿Qué? ¿Qué dije? —Se hizo el atacado.

—Vos tampoco la apoyás, veo.

—Me parece una boludez, ¿para qué?

—Para sentirse mejor. ¿O vos no te hiciste el implante pelo por pelo cuando me recibí?

—Justamente, eso era un evento. ¿Ahora qué hay?

De repente el pedido de mi mamá se volvió un obeso mórbido.

—Igual no era por eso, me pidió que viniera a hablar con vos.

Tiñó su gesto de ingenuidad, como si no hubiera nada por mejorar en su matrimonio de cuarenta años.

—Vio una película, de unas parejas que se intercambian, ¿vos la viste?

—Un embole, me quedé dormido.

Me dieron ganas de irme, pero supe que si lo hacía iba a ser imposible volver. Me puse didáctica.

—¿Sabés qué son los swingers?

Levantó la vista del teléfono, hizo una mueca inédita, libidinosa.

—Ella dice que quiere probar. Se ve que vio la película y se entusiasmó. También me contó lo de la otra noche.

Lo de la otra noche: Selva se sacó el corpiño, las tetas estaban aún hinchadas, pero parejas. Se vio linda y por eso se animó a ponerse el *babydoll* que le regalaron las amigas para su

cumpleaños. No lo usaba hacía mucho, temía que no le quedara. Le entró perfecto. Pensó en pintarse los labios y recordó que a él no le gusta que le manche la cara cuando lo besa. Tomó valor y lo sorprendió en el descanso de la escalera, él subía con un sifón de soda. Los lentes apoyados en la nariz se le fueron para adelante, sonrió. Le dijo que estaba hermosa y que la quería. Hacía mucho que no se decían "te amo". Se decían "te quiero" como decían "que descanses". Fueron a la cama tomados de la mano y empezaron como empiezan. Ella tuvo miedo de sacarse el *babydoll*. Cuando él subió las manos por su torso, temblaba. Los dos cerraron los ojos y parecía que iban a poder. Pablo se demoró en la cicatriz, la recorrió y después se detuvo de golpe. Le pidió disculpas, pero no le explicó. Se levantó y se metió en el baño. Cuando salió ella ya no estaba.

Me lo había contado en un audio de tres minutos. La primera vez que lo escuché estaba horrorizada. Volví a oírlo y sentí que podía quedarme triste para siempre. A la impresión del relato detallado la terminaron de rematar los mensajes de texto que vinieron después.

No fue que no pudo, no quiso, entendés? / Para qué me contás esto, mami? / Para que sepas que no lo hago de degenerada / qué cosa? / Lo de los swingers, lo hago porque quizás si tu papá ve que alguien me desea vuelve a quererme.

Al pudor se lo comió el drama.

El celular vibró. Le mostré que era ella y me pidió que se la pasara.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás? ¿Averiguaste del tatuaje?

Del otro lado mi mamá dijo algo que no llegué a escuchar. Él levantó la mirada y me tomó la mano. Sentí, por primera vez desde que había empezado lo de la enfermedad, que tenía un socio.

—¿Me disculpás por lo de la otra noche?

Asintió varias veces, parecía un niño que era reprendido.

—¿Y esto nuevo de los swingers?

Una risa se filtró del otro lado del teléfono.

—¿Te parece que lo hablemos nosotros solos? A Ceci la incomoda.

18

El laboratorio se estaba convirtiendo en una cueva siniestra que nos envejecía. Como ñoños de ciencias que éramos le teníamos aversión al papelerío y procrastinábamos los informes. Empecé a tomarme en serio la tarea de buscar trabajo. No quería seguir en el sector privado; con esta experiencia como empleada de "los de arriba" me bastaba. Volver a dar clases en la facultad era una opción, pero la sola idea de presentarme ante un curso diciendo que había trabajado tres años en algo inútil me deprimía. Cuando me recibí lo único que quería era aplicar a becas en el exterior, ser parte de esas universidades del Primer Mundo. Después vino Facundo, la enfermedad de mi mamá, y la idea de que se había pasado el tiempo para algunos sueños.

Marcos había comenzado a desarrollar una rutina tan nociva para él como desagradable para mí. Desde que llegaba hasta que se iba solo ingería café, cada vez más negro y quemado, miraba videos del Canal Rural mientras se mordisqueaba las uñas.

Esa mañana estaba particularmente nervioso.

—¿Vos te pusiste a pensar alguna vez qué pasaría si la bacteria hiciera el camino inverso?

Lo miré sin entender.

—¿Y si en lugar de aumentar las defensas, la estamos enfermando?

—La única forma de que eso pase es que las bacterias se colonicen demasiado, ahí hacen biofilm y sí, puede enfermarse

—"Cambian las condiciones del experimento, cambian los resultados". —Hizo el gesto de las comillas—. De repente "cayó preñada". ¿Estamos de acuerdo en que la vaca no le importa a nadie?

—No es que no les importa, es que no es el foco.

—¿Por qué nos citó tan rápido Amalia? Ese mismo día nos suspendió. El gaucho preguntó si nos habían dicho. ¿Quién nos tenía que decir? ¿Cuándo nos dio días libres esta mina? Jamás. La vaca se quedó preñada y ella nos suspendió.

Me quedé en silencio. Para experimentar con especies vivas, hay que pasar la línea de las contradicciones. Te lo advierten en primer año de la facultad, la distancia es necesaria, también la cosificación. Cuerpo vivo, especie, no el animalito protagonista de canciones de la granja. Quizás ponerle nombre había sido un error. Pobre Britany, pobre ternerito.

—¿Y si el feto nace con malformaciones? Nosotros todavía no tenemos las contraindicaciones

de lo que le inoculamos.

—Porque era inocularlo y matarla.

—Amalia parece hasta contenta de cerrar el proyecto, ¿te acordás de que decía que era su bebé? ¿Dónde quedó todo eso?

La paranoia de Marcos empezaba a cobrar sentido.

—¿Y si nos hace firmar a nosotros los informes?

El sentido se vino encima.

—¿Vos comés carne?

—Poca, pero sí.

—Bueno, imaginate que cada vez que te metés un bife estás pensando que puede tener una alteración química. Ni hablar si esto llega a conocimiento de algunos de esos grupos antiespecistas. ¡Nos cuelgan en Parque Centenario!

Hurgué en la cartera y encontré un cigarrillo aplastado. Lo encendí, Marcos sacó una tuca y le dio una profunda calada. Dimos por terminada la jornada laboral, necesitábamos aire para pensar mejor. Salimos sin marcar tarjeta, caminamos rápido hablando sin parar. Cuando pasamos por un chino, entré, compré dos latas de cerveza y un paquete enorme de papas fritas. Llegamos a una plaza, nos sentamos en un banco rodeado de rejas. Mientras Marcos armaba un porro, yo abrí las latas. Éramos dos adolescentes rancheando luego de hacerse la chupina.

El atardecer nos encontró con un plan. Primero teníamos que averiguar cómo fue que la vaca quedó preñada, si fue un descuido o si hubo órdenes de arriba. De eso se encargaría Marcos, que conocía más al gaucho. Segundo, pedir una reunión con Amalia y la coordinadora general. Importante: ninguno de los dos tomaría decisiones sin consultar al otro.

Fumé otra gran calada de porro y tosí. Saber que teníamos una rutina para seguir me relajaba. Eso y la marihuana. *Tengo que fumar más seguido. Más faso y menos celu*. Me lo mandé al grupo conmigo misma.

La noche cambiaba el paisaje. Los niños y sus madres abandonaban los areneros. Las señoras con perritos les cedían espacio a los profes de running que llegaban con esa parte de la demografía que necesita conocer gente, bajar los triglicéridos y mejorar su amor propio. Marcos escondió el porro cuando vio que un policía se acercaba al perímetro de rejas de la plaza. Tomó el culito de la cerveza y metió la mano en la bolsa de papas. Mi celular vibró dentro de la cartera. No atendí.

—¿Comemos algo? Hay un peruano acá a la vuelta que en relación dignidad/precio está muy bien —propuse.

Manteles de hule con algunas quemaduras de cigarrillos, luces fluorescentes, televisores colgados que reproducían videos de música andina. Hasta ahí un peruano típico, pero el olor a

olla de la abuela mezclada con un cilantro que, más que invadir, acompañaba, hacía la diferencia.

Nos sentamos en la única mesa libre. El lugar estaba lleno de gente hablando a los gritos. Tres nenitos de la edad de los hijos de mi amiga corrían por el local, cada tanto su madre desviaba la atención de la caja registradora para retarlos. Llegó el mozo y, como por inercia, pedimos lo que hubiéramos pedido antes de nuestra conversación en la plaza.

Cuando llegó caímos en la cuenta. Un plato enorme con el corazón de alguna Britany cruzado por un palito de brochet y rodeado de papas a la huancaína. A mi compañero se le inflaron las venas azules, la mandíbula se le tensó, los cachetes se le llenaron de aire. Pensé que era el gesto que antecede al vómito, pero no, largó una carcajada que llamó la atención de varios comensales. Yo también me reí, no tanto por lo ridículo de la casualidad, sino por sus extrañas formas.

Ninguno tocó el anticucho, comimos las papas y tomamos dos cervezas. Estábamos borrachos y fumados. Era el escenario ideal para bombardearlo con preguntas sobre su vida. No hizo falta.

Lo primero que me contó fue cómo se quedó pelado. Empezó a los dieciséis, descubría mechones en el piso de la ducha, en la almohada y en la ropa. La madre le echaba la culpa a la genética y al que la embarazó, “un calvo que nunca se hizo cargo de nada”. Después de un año, apareció el primer agujero. Un día se miró en un espejo doble y se dio cuenta de que había varias zonas donde el pelo ya no crecía.

—Alopecia temprana, un virus autoinmune, cuando la quisimos atacar estaba irreversible la cosa. ¿Sabés lo que es quedarte pelado antes de tu primera novia? No es que me hacían *bulling* ni nada, ¡me miraban con una lástima! Fue un infierno quinto año, ni a Bariloche fui.

Perdió la mirada en los detalles del lugar, estaba tan fumada que tenía miedo de preguntar de más, de consolar mal. Pedí dos piscos.

—Estuve con algunas chicas y me di cuenta de que no les importaba. ¡A mí me importaba! Después me metí de lleno en la facultad y los animales.

Me pregunté si ya era demasiado vieja para cumplir ese sueño que tenía cuando me recibí.

—Le puse mucho a esto, más que vos, porque nunca creí que fuera a funcionar y me embarqué igual.

Estuve a nada de contestarle que era un desubicado, no sabía cuánto le puse yo al puto experimento y no hay nada peor que la desilusión cuando sí creés en algo. Por lo menos él siempre tendría el “te lo dije” de consuelo.

—Encima me compré una de esas máquinas de gimnasio que tienen pendorchos para ejercitar todos los músculos. Gigante y carísima, voy por la segunda cuota, así que si nos echan estoy hasta las manos —me interrumpió.

Me olvidé del reclamo. Llegaron los piscos y me tomé la mitad del mío de un trago.

—La podés revender.

No quise que sonara como lo que sonó: que su cuerpo no tenía remedio y que para qué gastar. Él lo tomó.

—Sí, puede ser, no sé por qué me la compré. Además, vivo en un monoambiente, no sabés lo feo que es comer y dormir viendo ese aparato.

Pagamos y pusimos fin a nuestra noche. Me acompañó hasta la boca del subte. Bajé por la escalera mecánica un poco mareada. Refregué mis ojos y tres pestañas quedaron pegadas en el dorso del dedo anular. Me pasé la mano por la cabeza arrastrando algunos pelos largos. En la campera de jean noté que había otros más. Antes de pasar el molinete me miré en una superficie metálica, la imagen distorsionaba mi frente alargándola, parecía un *conehead*. ¿Me quedé pelada? Nunca más fumo porro.

19

Me enteré de que Facundo había vuelto por el sonido del lavarropas. El tambor horizontal lleno de agua golpeando contra las paredes de acero, ese ruido inconfundible y molesto por el que nos llamaron la atención los del piso de abajo. Él nunca les hizo caso. ¡Tan ferviente defensor de la intimidad en los consorcios! Se aguantaba hasta los llantos del bebé del séptimo y los jadeos de las parejitas del 5 A y B.

Me pareció tan agresiva la indiferencia con la que mi novio volvió a la vida que compartíamos que tuve que aferrarme al marco de la puerta. No era que quería que me cayera de sorpresa al laboratorio, él sabe que no me gustan las sorpresas y los ánimos en el trabajo no estaban como para visitas. Ahora que lo pienso: esta forma de volver era igual de inesperada que una cena romántica, y él no era una visita.

Me quedé inmóvil, sin poder avanzar ni retroceder. Era como estar colgada de una ventana agarrada de una sola mano con el cuerpo más cerca del piso que de la salvación. Deseé tener dónde ir.

No sé cuánto tardé en entrar, si una hora, media o tres minutos. El corazón me iba a mil, no quería llorar de antemano ni tampoco gritar. No sabía en qué lugar de la casa estaba él y tampoco por qué no vino a recibirme. Pensé que el gato me iba a conducir donde su dueño predilecto, pero desde el episodio del acolchado estábamos enemistados. Había una caja de pizza con dos porciones sobre la mesada de la cocina y un plato lavado. Fui directo a nuestro cuarto. Estaba ahí, durmiendo con Batman a sus pies. Ni roncaba.

Lo odié y me odié. Y a la idea autoimpuesta de que éramos una familia. Y esa manía de convencerme de que se fue porque yo no hablaba. Odié haber sobreanalizado nuestras charlas por WhatsApp y la esperanza absurda de que la distancia podía hacernos bien. Una ira desesperante me tomó, quería despertarlo, hacerle las valijas y prolongar ese viaje del que, claramente, no había aterrizado.

Inauguré un odio nuevo: el sonido de los lavarropas.

Ahora sí que iba a hablar.

Pero las cosas no suceden solo por desearlas, y esa noche ridícula me seguiría sorprendiendo.

Arriba de la mesa había un sobre de papel madera. En el dorso, con la letra cursiva impecable de quien está acostumbrado a enmendar errores, estaba escrito mi nombre. Lo abrí. Nueve hojas con tipografía Time New Roman. Facundo tenía que haber pasado por la oficina para imprimirlas, pero era imposible que hubiera redactado todo esto entre secretarias y escribanos. Lo que estaba por leer era un diario de viaje.

Todavía no se me pasaban la furia ni las ganas de gritar. Pero soy una mujer de ciencias y la curiosidad me puede. Me arrepentí de no haberle aceptado la tuca a Marcos.

Ceci: Empecé a escribir esto en el primer hostel para ordenar lo que siento, después me di cuenta de que iba dirigido a vos. Como lo escribía en la compu, cada mañana me levantaba, lo releía y corregía. Deformación profesional será. Lo primero que tenés que saber es que este viaje no tiene nada que ver con vos ni con nosotros, que lo del remate fue una casualidad, no una excusa. No me escapé. Me gusta la vida que tenemos y me interesa adónde vamos. No soy un hippie que busca la sabiduría en la montaña, quedate tranquila, nunca más vuelvo a viajar de mochilero. Dame carry on y hoteles.

La carta estaba dividida por destino. Iruya era el que más le había gustado hasta que conoció Yavi. Un paraje de montaña perdido, de cuento. *Cuando te dicen que viajar solo es algo que no te podés perder, y bueno, capaz sí te lo podés perder. Había días que sentía que estaba perdiendo el tiempo, que podría estar acá con vos, o trabajando, o ayudando en la oficina nueva. Por momentos me daba culpa gastar plata, aunque todo salía dos mangos. Después encontré amigos que no hubiera elegido y empecé a extrañar a los de acá, prometí que los vería más. Conocí mucha gente, la mayoría viaja por meses y hacen algo horrible: como ellos se quedan quince días en cada lugar no les importa que a vos te parezca fundamental conocer el cerro de los catorce colores. Te tratan de capitalista, de fomentar un turismo de guía yanqui. Un español me dijo que yo era un apropiador cultural. ¡En mi propio país! Pasan los días y la vara se baja, te encontrás teniendo conversaciones que no te interesan pero que te aportan nuevas realidades, y deja de molestarte hablar con un imbécil que se tatuó un latido para recordar que está vivo. Aprendes a ponerte en el lugar del otro, entendés que para ellos es importante que su hogar sea una mochila y sus amistades muten con el mapa. Empecé a preguntarme qué era importante para mí.*

El lavarropas se detuvo.

En Yavi estuve tres días sin hablar con nadie más que los mozos y la dueña del hostel. Pensé en nosotros, en el tiempo que hace que estamos, en la decisión de no ser padres. Y me alivió encontrar a alguien que quisiera lo mismo que yo. Me di cuenta de lo injusto que soy, siempre detrás de la falta. Con el laburo igual, máster tras máster, ¿qué más se puede aprender? Son escrituras, remates, en todo caso un buen escribano es el que media, escucha, soluciona. Te pido que hables de lo desconectados que estamos y para vos no es un mambo, ¡me lo dijiste como cinco veces! No te escucho, es insoportable estar buscándole siempre el pelo al huevo. ¿Qué

quiero, un match total? Si no te gusta el fútbol, ni la Play, ni escuchás grunge. Si toda la naturaleza que te bancás son siete días en la costa, ¿qué? Soy un pesado.

Seguí leyendo, pensando qué hubiera escrito yo en un diario de los días sin él. Pasaron tantas cosas que todavía no termino de digerir, cuando los hechos te atropellan no hay tiempo para la literatura del yo.

Y empecé a subir. La Quiaca es un lugar terrible, sórdido. Pasé una situación feísima con unos chicos que intentaron robarme. Las fronteras son difíciles, pero a esta no quiero pasarle cerca ni en veinte vidas. Me escapé a la Yunga y conocí a unos italianos que me dijeron que no podía perderme la Isla del Sol. Andaba blandito, me acarrearon con ellos, imaginate que yo no pego con todo esto. Les creí y se los agradezco. Es verdad, es increíble el lugar, Copacabana también, y La Paz, con todas las contradicciones. Sé que no voy a volver, no quiero traerte acá. Hoy hablamos por videollamada y te dije que tenemos que venir, pero no, no hace falta ni que comas carne que está afuera de la heladera hace no sé cuánto ni que tomes esas bolsas de juguitos rodeadas de moscas. No te veo mascando coca, mucho menos regateando un precio. Y está bien, no sé por qué pedía que te gustara la aventura. O cómo no entendí en estos siete años que tus aventuras son otras. Pensé que quiero llevarte a un all inclusive donde no tengas que hacer nada, pero sé que tampoco te va a gustar. A vos te gustan las ciudades, podemos viajar a París, que no conocemos, o a Londres, pero ¿ves lo que hago?

Con los italianos hablábamos en inglés, eran un matrimonio gay de cuarenta años que viajaba como si tuvieran diecisiete y tenían unas cuentas bancarias desorbitantes. De esto me enteré el último día, cuando me invitaron a comer a un lugar de lujo. Eran dueños de un hotel en Cinque Terre, el preferido de Madonna. Me invitaron a visitarlos, capaz ese destino sí te gusta. No sé por qué te digo todo esto, debería estar describiendo las puestas del sol sobre el lago inmenso, o los barquitos llenos de gallinas o a los bolivianos que, cuando bajan la guardia, son amables y hospitalarios. A esta altura lo de viajar con la mochila no me molesta tanto. Te lo dije, estoy para volver. También para quedarme y hacer la plancha, llega un momento en que se te anestesia el nervio laboral y se impone el tiempo contemplativo. Perdoname por esa vez que me enojé, cuando te fuiste del jardín botánico para llamar a tu compañero, ¿te acordás? En Río, te enganché preguntándole por las pruebas. Bueno, me fui por las ramas. Me voy a dormir.

Seguí leyendo los divagues de mi novio, viéndolo por momentos como el cliché del pibe de escuela privada que cuando conoce la universidad pública cree que tiene que vivir otras realidades para evolucionar. ¡Hasta Bolivia te vas a ir a empacharte de empatía! También me tranquilizaba que, de todos los cuestionamientos, lo único seguro parecía ser nuestro amor.

Última página.

Bolivia. Ayahuasca. Esto no lo voy a corregir, quiero trasmitirte la experiencia como la viví. Waldo se llamaba el chamán. Me llevaron unas españolas muy flaquitas que estaban en la selva desde hacía un par de meses. Ellas tomaban una vez por semana y me dijeron que no podía

perderme esa experiencia.

Estaba cagado de miedo.

La casa de Waldo era de barro, tenía un televisor enorme y curvo. Cuando llegué estaba viendo un video de YouTube donde un mono amenazaba a soldados africanos con un rifle. Las dos españolas lo besaban en la boca, lo trataban como a un dios.

Tomamos en el jardín. Te daba un vasito y te decía que le pidieras lo que quieras a la planta. Yo no supe qué pedir. Me lo mandé de un saque. Es horrible, amargo, espeso, parece brea. No bajarlo con agua, hay que aguantar. Antes te dan una dieta de una semana y ese día no podés comer. Me acosté en el pasto, al principio lo único que sentía era asco y arrepentimiento. Me pregunté doscientas veces por qué mierda tomé, si yo no tengo ningún problema. Ellas vomitaban agarradas de las manos. El chamán les acariciaba la cara y les cantaba. Tenía una voz finita. En un momento sentí que bajó la brea y me agarró un temblequeo ¡todo se me aflojó! El piso se abrió y apareció una tumba, no sé si me tragaba o si todo lo del costado crecía muy rápido. Los árboles se disparaban como flechas hacia el cielo, los pastos se enredaban. Me toqué la cara y vi que tenía los ojos abiertos. ¡Esto estaba pasando de verdad! Quise salir de la tumba, pero no me andaba el cuerpo. Ahí, clavado, solo, me iba a morir mirando el cielo con los árboles monstruosos y la luna volcada.

Empecé a gritar. Aparecieron los tres, tenían los ojos gigantes y las narices muy chiquitas. Me levantaron. Seguí gritando. Ahora era con ellos la cosa. No sé muy bien qué dije, y al otro día no querían decirme. Se ve que es así, que lo que pasa ahí queda ahí. Volví en una combi sin amortiguadores por un camino de precipicios con el cuerpo flojo que saltaba de un lado a otro, rodeado de personas que no conocía. Sintiéndome solo, desesperado. Quise correr a llamarte, pero una de las recomendaciones de Waldo era que no le demos lugar al impulso. Las españolas se quedaron conmigo la primera noche. Las escuché coger en la cucheta de arriba, pero no me excité, extrañé la comodidad de nuestra cama, el orden de la casa y que no se ponga en dudas que los platos se lavan apenas terminamos de comer. Extrañé tu cara cuando nos lavamos los dientes y a Batman haciéndote desprecio. Pasaron los días y las ganas de volver se me fueron, no entendía nada, cada vez que tomaba la decisión de sacar el pasaje, me agarraba un cansancio y lo único que podía hacer era dormir. Ni ganas de salir a recorrer, solo angustia. No sé bien qué estoy duelando, pero algo se me murió adentro. Y no somos nosotros, creo que es la idea de que todo lo que viví ya no lo voy a vivir más. Las dos chicas seguían ahí, su acompañamiento terapéutico ya era marca personal. Un día me dijeron que teníamos que acampar en la parte más alta de uno de los cerros. Ahí terminaba el ritual. Waldo iba también, me cobraba el doble y en dólares, pero no importaba porque era el final.

Lo que tomamos ese día fue tabaco sagrado, era una asquerosidad peor que la brea. El vómito fue instantáneo. Otra vez empecé a los gritos, esto sí me lo acuerdo. ¡Que basta, que ya estaba! Que quería estar en casa mirando reels en el celular, dormir abrazado, que no entendía

por qué nos hacía esto. ¿Soy malo yo? Les gritaba, ellas me miraban con los ojos gigantes y las narices mínimas. Me abrazaron entre todos, tenían olor a chivo. Vomité de nuevo. Volví al hostel y me saqué un pasaje en avión.

Batman se acercó a mis pies, su dueño preferido me miraba desde la puerta del cuarto. Flaco, barbudo y despeinado. Dentro de las ojeras, una mirada del pasado me aflojó las articulaciones. Agradecí estar sentada.

20

—¿Te vas a dejar la barba?

Tenía puesto el short de velcro y las chancletas. El mismo vestuario de la pelea que sembró las hipótesis y desencadenó el viaje.

—Es una locura que vos creas que algo de todo esto está bien. ¿Qué pensaste? ¿Qué me iba a conmover? —Yo gritaba, eran las dos de la mañana.

—Listo, ya entendí, me equivoqué y pido disculpas. Yo sé que no es fácil, pero tenemos que encontrarle la vuelta.

—No tengo ganas.

—¿Vas a tirar todo por la borda?

—¡Y sí! Te vas una semana, te quedás un mes. Decís que estás para volver, pero no volvés. Que me avisás cuando tomás el tren. ¡Te volvés en avión! Llegás, ni idea a qué hora, tenés la frialdad de pedir una pizza, o sea, agarraste el teléfono para pedirla pero no para llamarme. Dejás nueve hojas A4 con tus confesiones pedorras y te vas a dormir como si fuera un miércoles. ¿Quién te creés que sos?

Facundo me miraba con sobreactuada calma, tuve miedo de que me respondiera con una frase motivacional.

—No pongás esa cara de tranquilito. ¿Qué? ¿En un mes no pasa nada? Te vas a relajarte, casi ni te comunicás. Lo de la señal te lo creo un rato, pero hasta el hostel más pedorro tiene wifi. Mandás una catarata de fotos donde se ven esas dos pendejas anoréxicas, ¿te las cogiste?

—¿Qué decís? ¿Estás loca?

—En este momento no hay nadie más cuerdo que yo. ¡Después de estas nueve hojas tengo un doctorado en forros!

—Mirá, Ceci, te pido perdón, si te hice sentir mal no tuvo que ver con nosotros.

—¡No, vos no me tenés que pedir perdón “por si me hiciste sentir mal”! ¡Es anterior!

Me levanté del sillón, comencé a caminar por la casa.

—Te fuiste a propósito.

—No.

—Sí, porque encima que para vos veníamos mal imaginate con todo lo de la operación de mi vieja y los quilombos que vinieron después, ahí sí que me ibas a tener que aguantar y a vos no te

gusta que las cosas no sean como querés.

—No digas eso.

—Te borraste y no te importó. Me dijiste que estabas para volver y tardaste diez días. ¿Vos registrás lo cruel que es eso? ¿Sos mala gente y nunca lo vi?

—Vos sabés que no.

—No, no sé, la verdad no sé.

Silencio.

—Perdoname.

—No quiero.

—Mi amor, no sé qué me pasó, yo tampoco entiendo bien por qué estuve tanto tiempo ahí. Por eso te lo dejé escrito, porque si hablo me enrosco, me pareció mejor contarte lo que me iba pasando. Hoy nada de todo lo que escribí me parece tan importante.

—¡Entonces releelo, tarado, y no me hagas fumar un viaje al que no me invitaste! No me cuentes, no me hace falta saber cada detalle de la aventurita. ¿O yo te dejé una lista de las cosas que hice? Te enumero si querés: cuidé al gato, que ahora mea la cama; pagué impuestos; esperé en sanatorios, mientras, veía si me echaban del trabajo o no.

—Perdoname, me siento un pelotudo.

—Sos.

—Bueno, me la banco, me caben todas. Yo no quiero perder lo que tenemos, y si perdí algo lo quiero recuperar.

—No se puede.

—¿Cómo no se va a poder? Me fui un mes, no un año.

—Andate.

—Pará, Ceci, hablemos.

—¡No me digas nunca más que hable, la concha de tu madre! Me hiciste creer que era yo la que no estaba enfrentando la crisis cuando vos fuiste el que tuvo que tomar un litro de brea para averiguar quién sos. ¡Y ni siquiera sabés!

Los vecinos de arriba movieron una silla, entendí la indirecta pero no me importó.

—Pedís perdón para pasar a otra cosa.

—No.

—¿A ver? Contame, ¿tenés idea dónde la empezaste a pifiar?

—Sí, en irme.

—Te lo acabo de decir yo.

Facundo ya no estaba tan calmo, sus pies lo delataban.

—¿Y sabés qué es lo peor? Que pensaste que la ibas a sacar barata, porque me lo dejás escrito y, como yo no hablo, ya está. Entendemos los dos lo mismo. ¿Borrón y cuenta nueva? Pedazo de forro.

Me desplomé en el sillón, levanté la mirada. Sus ojos pedían piedad. No pude. El alivió que sentí arrastró la palabra.

—Andate.

—Pará, dejame que te explique.

—Ya te leí: ¡nueve hojas!

—No sé qué más hacer.

—Andate.

—No, no quiero, perdoname.

Y ahí, convertida en un chicle de rencores viejos y nuevos sostenido durante horas en la boca, bailando entre muelas hasta perder el gusto, la frase:

—No te perdono —Era una chiquilinada, un berrinche de la nena que no se sentía amada.

Facundo recorrió con la vista nuestro living deteniéndose en cada objeto, como si hasta la más insignificante lamparita contara una historia. Cuando llegó al sillón respiró fuerte. En otro momento hubiera funcionado, sin embargo me empeciné en evitar sus ojos amarillos, concentrándome en el punto fijo más próximo. Frente a mí, en el estante central de la biblioteca, el lomo de cuero marrón de *Cien años de soledad*. Hice el esfuerzo para enfocar cada detalle del título. Apreté la mandíbula para no desviarme de mi objetivo, de a poco lo fui logrando. Los acentos del doble apellido del autor se me presentaban en 3 D mientras mi visión lateral convertía a mi novio en una silueta errante. “Gabriel García Márquez”, tres A, tres R, dos G. “Edición Grandes Autores Latinoamericanos”, cuatro íes. El suspirito seguía, así que comencé a recitar en mi cabeza la primera oración del libro: *Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo*. Facundo se llevó puesto un banquito. El ruido sordo de la madera en el piso, amplificado por el silencio de la madrugada, captó mi atención. Logró lo que quería. Lo miré. No iba a llorar, y no era orgullo. Tenía los músculos faciales endurecidos, los ojos secos, casi no pestañeaba. ¿Así se cuenta la tensión?

Caminó hacia el lavadero. Lo escuché abrir la tapa del lavarropas y cerrarla con fuerza. Volvió, esta vez no me miró, ni hizo los suspiritos. Puso la montaña de ropa sobre la mesa, empezó a doblarla y, como si no estuviera mojada, la metió de nuevo en la mochila.

21

La discusión de la noche anterior echó por tierra todas las hipótesis y trajo una certeza: ya no quería seguir interpretando las actitudes confusas de un tipo con crisis de identidad. Esa mañana mi mamá llamó diciendo que por fin lo había decidido, se tatuaba el pezón. Las prioridades encontraron el riel por donde avanzar a velocidad constante.

No quería opacar su protagonismo, pero en algún momento tenía que decirle. Aproveché el viaje en taxi.

—Me separé de Facundo.

—Mentira.

—Anoche. Volvió y me dejó una carta de nueve hojas donde me contaba que tuvo que tomar ayahuasca para darse cuenta de que quiere lo que tenemos.

—Qué pelotudo.

Me abrazó, y la mujer sobreadaptada que soy se desarmó apenas. El resto del viaje lo hicimos en silencio. Recién me soltó cuando llegamos.

Entramos directo por Emperatriz IV. Lala nos saludó un poco contenta, un poco harta.

—¿Preferís que espere afuera? —pregunté, deseando que dijera que sí.

—Quedate —pidió mi mamá casi al mismo tiempo que se sacaba la remera.

Un corpiño de encaje sostenía sus nuevas tetas. Lo desabrochó y se tumbó en la camilla. Las arrugas del escote unidas a la altura del esternón se estiraban hacia los laterales dándoles forma a esos dos globitos Bombucha inflados a tope. La mirada se me fue al pezón ausente.

—¿Seguís con tu novia?

—Sigo.

Mi mamá se acostó en la camilla y estiró los brazos hacia arriba. Las tetas no se derretían, estaban rígidas.

—¿Y con los otros dos chicos?

—También.

Lala le contestaba como autómata, mientras tomaba una pequeña regla y medía el pezón sano.

De pronto sentí mucho cansancio y ganas de irme. El día después de ponerle fin a una relación de siete años, la mujer que me crio se iba a dibujar un círculo inerte sobre una prótesis que aún no sabíamos si toleraba. Su cuerpo, otra vez en una camilla, ya no era una ciudad en ruinas. Se

había ocupado de que ese paisaje cambiara. Montañas turgentes y plásticas, estáticas, como todas las mentiras; con cicatrices que se perdían en el cordón sinuoso de sus curvas recientes.

Lala calcó el pezón sano copiando cada uno de sus poros y desniveles. Apoyaba el lápiz sobre el papel manteca mientras mi mamá, quieta y con los ojos fijos en el techo, me privaba de cualquier emoción. Era incómodo, lento, y todavía faltaba lo peor.

Acomodó el rosa, el lila, el violeta. Acercó la pistola despacio, con cuidado. Mi mamá miró el arma tatuadora con pánico, la tenía a centímetros, el momento de arrepentirse era ese. Con la mano libre frenó su avance.

—Si querés, frenamos.

Lala era dulce y paciente. Fue una de las pocas veces en las que pensé que hubiera sido lindo tener una hermana.

—No, no. Dale.

—Respirá hondo.

Apoyó la pistola en el centro de la teta derecha e hizo el primer gatillazo.

Mi mamá me clavó las uñas en la muñeca y cerró los ojos. Debo haber hecho lo mismo porque recuerdo todo como una proyección de imágenes. Lala con los lentes transparentes. El papel de calcar sobre la teta vacía. La pistola va entrando de a poco. Los ojos de mi mamá, entreabiertos, espiando las formas que llenaban la ausencia. El pequeño circulito violeta. El botón de relieve, engañoso, prometiendo un goce que nunca llegaría. Segundo anillo, color lila, esfumándose hacia el tercero rosa pálido. La tatuadora limpiaba la sangre de la zona dibujada. Mi mamá aguantaba.

—Ya casi estamos, un esfuercito más.

Me faltaba el aire. Le solté la mano y salí. Apoyada contra el vidrio, les di la espalda. Necesitaba que sus uñas no me pincharan, que su rostro no intentara ocultar el dolor. Necesitaba no ser la que tuvo la idea. El grow shop de enfrente estaba abierto.

—¿Tenés un porro armado? Te pago.

—No vendemos eso, pero sentate —contestó un gordito del que no recuerdo la cara.

Sonaba Bob Marley. El lugar tenía banderas de Jamaica y repisas con cosas de fumones. Tampoco quería estar ahí.

Volví a la galería, ya no se escuchaba el ruido de la pistola tatuadora. Por el vidrio pude ver que Lala le aplicaba un papel film sobre su dibujo. Entré, hacía mucho calor. Ayudé a mi mamá a pararse, sin soltarme la mano me guio al espejo que había detrás del biombo.

Me paré detrás de ella, como aquel día en el baño del bar. No era como aquel día. Mi mamá se ocupó de que este reflejo fuera diferente, y aunque supuse que todavía no era lo que quería, la vi mirarse con amor.

—Quedó lindo, ¿no? —Se pasó el dedo por el tatuaje y sonrió.

—Igual al otro —dije con admiración.

—Y cuando se desinflame vas a ver que nadie se da cuenta.

Lala se sumó al cuadro. Recién ahí entendí por qué se había aguantado a esa vieja metiche, a la hija que la increpaba, porque no cobraba un solo peso por esa obra de arte. Era un hada que reinventaba lo que otros habían mutilado.

Al pudor, esta vez, se lo comió la emoción.

22

Britany, de cuatro meses. Hacía dos que con Facundo solo nos hablábamos por cosas de Batman. Tuvimos el decoro de no encontrarnos en persona. No intentó volver a explicarme, habrá sentido que todo lo que tenía por decir estaba en esas nueve hojas A4. Que era yo la que no entendía. Lo extrañaba con intermitencias. Me hubiera gustado un poco más de arrojo de su parte, que se humillara un poquito, pero el tiempo había erosionado nuestros impulsos.

Estaba cansada, dormía mucho o no pegaba un ojo en toda la noche. Mientras tanto, mis padres pasaban la mejor época de los últimos años. Al tatuaje le siguió organizar unos días en una posada de Brasil.

Para no caer en la depresión ociosa me impuse una rutina de tres horas diarias buscando becas. Encontré dos que me interesaban. Una en Londres sobre el desarrollo de una bacteria en el sistema digestivo de los pollos, algo similar a lo que estábamos haciendo con Britany, pero con criaturas menos entrañables. Una beca sin riesgos. Y otra en el MIT de Boston, para investigar las diferentes causas que originan el cáncer haciendo hincapié en la contaminación ambiental.

—¿A cuál te presentarías vos? —le pregunté a Marcos.

—A las dos, no somos gente de suerte. Mirá si por hacerte la que elegís te quedás sin el pan y sin la torta.

Tenía razón, y aunque la segunda me incomodaba, empecé a completar ambos formularios. Adjunté currículum, los diplomas apostillados. Una notificación interrumpió mi concienzuda tarea. Mail de Amalia. Fría y formal, nos notificaba que había sido desafectada del proyecto. Aclaraba que debíamos continuar con las tareas asignadas, nos deseaba suerte. Miré a mi compañero, no parecía sorprendido.

—La trasladaron a un laboratorio de La Plata —dijo.

—¿Cómo sabés?

Hizo un silencio, se mordió la cutícula del dedo gordo.

—Por el mail parece que la echaron —volví a leerlo.

—Está a nada de jubilarse, rajarla ahora sale carísimo.

El ruido de sus dientes hincando la uña me daba escalofríos. Le saqué la mano de la boca.

—Tengo data confidencial. —Hizo una pausa larga, el dedo gordo sangraba—. Absorbió la culpa de lo de la vaca. Reconoció que no fue un descuido. ¡El gaucho tenía indicaciones de ella!

Me quedé en silencio, se me acumulaban muchísimas preguntas en la boca; antes de que pudiera largar alguna, Marcos volvió con sus primicias.

—Pará que sigue. Está totalmente obsesionada, quiere probar qué pasa si la cría ya nace con enzimas. Le tiene fe, por eso absorbió toda la responsabilidad, porque si sale bien las cucardas son para ella.

—Y para qué nos deja a nosotros acá.

—Primero, no le interesa llevarnos. Segundo, no tiene tanto poder para negociar. Pero, lo más importante, y aunque ella no lo crea, todavía hay chances de que salga mal y, si es así, van a necesitar culpables.

El pie derecho le temblaba, contagió al mío. Éramos dos pelotitas de nervios.

—Pero si decís que asumió la culpa.

—De lo de la vaca preñada, no de lo anterior.

—Hija de puta.

—Estamos solos.

¿Lo de mi jefa realmente me sorprendía? Sí, por la jugada, pero también tenía mucho sentido. Su fe en nuestro trabajo me daba esperanzas y, aunque el crédito fuera solo para ella, Britany ya no sería una heroína anónima y yo podría poner en mi currículum que no trabajé tres años para nada. Había algo que me intrigaba: ¿de dónde sacaba mi compañero esta información confidencial?

—Me estoy cogiendo a una de arriba.

¡Marcos cochino! Ahora quería saberlo todo.

—¿Quién?

—Mery se llama, no la conocemos.

—¿Vos tampoco?

—Apenas —dijo y se sonrojó.

Mery: mujer rica de cincuenta recién cumplidos, separada con hijos grandes que estudian en el exterior. Si mi jefa le tenía fe al experimento, yo más a mis hipótesis. ¿Durmió ya en el monoambiente de Marcos? ¿Se habrá despertado mirando el aparato de gimnasia?

Marcos y Mery se conocieron por Britany. Su familia ponía la especie viva y el campo, a cambio obtenía el diez por ciento de las acciones. Se vieron por primera vez cuando fue a implantar el virus. El seguimiento duraba una semana, ella vivía ahí. Era inevitable cruzarse. Un día almorzaron, a él lo divirtió su alegría. Hacía mucho que no hablaba tanto tiempo con alguien y se encontró seduciendo como cuando tenía pelo. El último día del monitoreo, ella lo invitó a cenar y después fue muy tarde para irse. Se veían una vez por semana desde hacía tres meses.

—Te gusta un montón —le dije después de escuchar su relato.

—Sí.

—¿Y por qué decís “me estoy cogiendo”?

—Porque eso es lo que hacemos —hablaba con la inseguridad de los inferiores.

Le sonreí. Las venas azules que recorrían su cuerpo bombeaban sangre a un corazón vulnerable.

—Che, ¿no deberíamos hablar con un abogado?

Todo bien con la historia de amor, pero si llegábamos a tener un quilombo legal por esta traición ninguno de los dos tenía cómo pagarlo.

—¿Y si la inseminaron? —Recién ahí se me ocurrió.

—El único que nos puede decir eso es el gaucho.

Fue el viaje de las teorías conspirativas. Analizamos todos los pronósticos posibles, recopilamos la información cruzada. Cuando llegamos a la tranquera, nos recibió Mery y tiró abajo mi hipótesis. Morocha, ni alta ni baja, parecía más joven que yo y seguro no era madre. Conjunto color caqui, botas caña alta.

—Hola, corazón —se impuso.

Marcos la saludó con un beso en la mejilla, más sumiso que avergonzado, se apuró a preguntarle si podíamos hablar con el gaucho. Nos dijo que sí y nos envió al “potrero de maternidad”.

Caminamos por el sendero bordeado de ombúes que conducía hacia el nuevo domicilio de Britany. El gaucho nos saludó de lejos. Me le fui al humo.

—¿La inseminaron?

Sus ojos de huevo tibio detonaron mi ira. Podría haberlo matado con mis propias manos.

—¿La inseminaron? —insistí.

El gaucho metió la mano en el bolsillo. Me sentí en un spaghetti western, el momento de suspenso donde los duelistas están a punto de sacar sus pistolas. Despacio, descubrió su arma: el celular.

—¿A quién vas a llamar? —Marcos se sumó a mi violento apriete.

—No, no, que llame, avisale a esa hija de puta que no somos tan boludos. ¡Dale, marcá!

Obedeció.

—Ponelo en altavoz. —Mis gritos se perdían en el enorme descampado.

No hubo sorpresas, la que atendió a los dos rings fue Amalia. Marcos y yo le gritamos barbaridades, ya ni siquiera era laboral. Le deseé enfermedades, él la cárcel. Al cuarto improperio cortó. El gaucho guardó el teléfono en el bolsillo; durante unos segundos nos quedamos los tres estáticos, midiéndonos. Quería agarrarlo del cuello y sacudirlo hasta que se le cayera la boina. Di unos pasos hacia él, que retrocedió como si no se animara a darnos la espalda por miedo a recibir un palazo. Tan errado no estaba. Yo seguía avanzando, disfrutaba la mirada de terror que me entregaban sus ojos. Marcos me detuvo.

—¡Volá de acá! —le gritó como yo a Batman.

Quedamos agitados, loquísimos. En el “potrero de maternidad”, Britany caminaba junto a otra vaca, estaba más gorda que la última vez, se la veía en calma. Mi compañero se acercó al animal. En cuclillas, le tocó las tetas inflamadas y la panza. Giró la cabeza y me sonrió, todavía estaba nervioso.

—Vení.

Con un gesto negué, prefería quedarme ahí, en el borde. Él no insistió, pasó su mano por el lomo en una caricia larga y lenta que lo tranquilizaba más a él que al animal. Cuando pienso en todo lo que pasó después, me arrepiento de no haberle sacado una foto.

23

Las relaciones no las terminan las palabras. Por más contundente o dolorosa que sea una frase, sale de la boca y se desvanece en el aire. El recuerdo es minimalista, nunca le hace honor a la potencia inicial.

Llegó el día en que Facundo y yo volvimos a vernos. Dos cuestiones requerían nuestra inmediata presencia. Batman y el departamento.

Estas? / 16.15 de la tarde / *Sí, decime / Apareció un posible comprador para el departamento / Quién? / Mi primo Martín.*

Lo sentí una trampa. El primo no solo era parte de su familia, sino también su socio en la inmobiliaria. Mi ex pidió encontrarnos en casa así, de paso, se llevaba algunas cosas. De casualidad, pasé por la depiladora y me hice el cavado.

A las ocho de la noche llegó con un vino y una bolsa de maní con cáscara, su antídoto para los nervios. Se sentó en el sillón que supo ser suyo, esperó que trajera las copas y el destapador, no se movió ni me ofreció ayuda. Era un invitado.

—Odio al gato, quiero que te lo lleves —dije.

Batman se asomó desde la habitación, él tampoco quería vivir conmigo. Cuando su dueño preferido lo llamó no fue, lo entendí.

—Imposible, no tengo casa todavía.

—¿Dónde estás viviendo?

—En lo de mi primo.

—¿El departamento lo comprás vos o él? —Directa, para ahorrar protocolo.

—Él, Cecilia. ¿Qué te pasa?

—No sé, pregunto. Capaz lo compraba él y te lo alquilaba. O lo compran entre los dos. O para la inmobiliaria. O hacen un trueque, él te lo cambia por el que tiene ahora. O se lo venden a alguien que odio. No sé.

—Para, Ceci, nadie te quiere hacer mal. Pensé que lo querías vender, no sé. No hablamos más, no tengo idea de lo que sentís. Mi primo me ofreció comprarlo y dije, bueno, lo dividimos y cada uno sigue con su vida.

Las frases no terminan las relaciones, pero cómo duelen. Quería quedarme ahí, tratar de procesar estas cosas cuando las otras se calmaran. Él tuvo su tiempito de reflexión entre

montañas, yo me quedé acá atajando.

—No se lo quiero vender a tu primo. Esto lo compramos hecho mierda, yo le puse un montón.

—Sí, ya sé. —Peló el primer maní, dejó la cáscara sobre la mesa ratona—. Yo también le puse mucho.

—Plata. Yo elegí los sanitarios, fui al mercado de pulgas a buscar precios, ¿para qué lo quiere Martín?

—Qué sé yo para qué lo quiere. A ver, nos paga el metro cuadrado como si estuviera en un barrio lindo y en mejores condiciones que el otro comprador.

—¿Hay otro comprador?

—Sí, pero lo que ofrece es un chiste, por eso no te dije nada.

Me tomé de un trago el contenido de la copa, me serví de nuevo. El vaso de él permanecía vacío.

—¿Quién es el otro?

—Un amigo de mi viejo, lo quiere para el hijo. Pero ya te dije.

—¿Lo conozco?

—No creo.

—¿Cuánto ofrece?

—¡Basta, Ceci! Ya sé lo que estás haciendo.

—Bueno, ¿tanto apuro tenés? —Recién ahí me di cuenta de lo enojada que estaba.

—Pongamos el cartel. —Lo dijo poco convencido.

—Dale, sí, ¡avisémosles a todos que no funcionó!

Las lágrimas me estallaron en los ojos. Me miró sorprendido, de a poco se acercó a mí. Me abrazó con timidez y el calor me desarmó, apareció la nena de la chiquilinada. Facundo dejó que le llenara de mocos la remera, me acariciaba el pelo. Lloré cuando comenzamos a besarnos. Seguí cuando me desnudó con la ventana abierta. Todavía lloraba cuando hicimos el amor en la cama que habíamos comprado juntos hacía cinco años. Por primera vez desde que lo conocí, no acabé cuando me chupó las tetas.

24

La mañana siguiente arrancó como un refrito de los días felices. No me había dado cuenta de cuánto extrañaba verlo quemar las dos primeras tostadas hasta que entendía que tenía que quedarse al lado de la hornalla, ni lo que me tranquilizaba ver sus zapatillas en la puerta del baño.

Preparamos la mesa con esmero, las tasas de los platitos naranjas, la mermelada de ciruela y el dulce de leche en los pocillos de porcelana que su abuela nos había heredado. Hizo el rulo con la manteca como en los hoteles, sabía que eso me gustaba. Con los dos huevos que tenía en la heladera cociné un omelette, me abrazó por detrás y me dio un beso en el cuello. El tren superior estaba más romántico que sexual, y por más que el inferior pedía otra cosa, Facundo no buscó un mañanero. Quería hablar. Los remates de Salta dejaron buena plata y a todos les pagaron incentivo. La inmobiliaria con el primo iba bien, cada vez tenían más clientes. Era una buena época para vender. Doblé el omelette en un pañuelo perfecto y le rocié pimienta. Nos quedamos en la cocina un rato. Le conté que mi jefa había renunciado. No me detuve en los pormenores de su trampa.

Nos sentamos, serví café. Él permanecía sereno y hasta ocurrente. Tuve miedo de necesitar su compañía y empecé a aclarar compulsivamente.

—Está bueno que sepamos que esto no significa nada. Lógico que íbamos a coger, somos gente que se quiere. Bah, yo te quiero muchísimo, no sé vos. También puede ser que desde que te fuiste no habíamos estado en la casa los dos, esto moviliza, obvio.

Facundo untaba tostadas, verlo tan tranquilo me daba bronca, ¿por qué no decía nada de lo de anoche?

—Y a Batman lo odio, perdón, pero es un bicho horrible. Ni gracia me da. A vos te extraña, igual no lo hago por él. Cuando meó la cama llegué a mi límite. Si viniste a llevarte tus cosas, bueno, él es “tus cosas”.

El gato se acercó, ¡tan tonto! Creía que lo llamábamos.

—¿Qué pasa, Ceci?

—Nada. ¿Por?

Sabía que no tenía sentido hacerme la fría, pero era la única forma de mantener la distancia que traspasamos la noche anterior.

—Si querés, me voy.

—Bueno, si te parece.

—No, yo me quiero quedar.

Extendió el brazo por sobre la mesa y me tomó la mano.

Aguantá, Cecilia. Me supliqué.

Cuando nos separamos, comencé a escuchar un pódcast de psicología. Era más lógico hacer terapia, pero también más caro, y ahora que mi trabajo peligraba, decidí poner mi salud mental dentro de las variables de ajuste. Además, el pódcast era bárbaro, decía muchas verdades y no indagaba en los traumas de mi infancia. Al final de cada episodio, el conductor, un español al que le encantaba presentarse a través de sus diplomas, daba tips. En el capítulo de los "Duelos" propuso que anotáramos en el celular lo que nos molestaba de la persona duelada. "No se juzguen. Sean crudos y antipáticos. Tipéenlo en sus móviles, así lo tienen consigo y pueden mirarlo ante un ataque de ansiedad".

1. Juega a la Play desde que vuelve del trabajo hasta que cenamos, su idea de hogar es la de un niño de doce años. 2. Trabaja con el padre, nunca intentó independizarse. 3. Cuatro generaciones de escribanos, un título heredado. Yo soy la primera universitaria de mi familia, estudié una carrera dificilísima. Él gana el doble. 4. Se fue de viaje sin retorno y me dejó nueve hojas A4. Nada era tan grave ni oscuro como pedía el doctor del pódcast. Profundicé. *5. Muchas veces no acabo.* Escribir esto me hizo sentir lástima por mí. *6. El sexo es siempre en las mismas poses, a él no le gusta trabajar.* Solté el celular, asustada. *7. Tiene tocs raros con el dinero. De gastos ridículos a no entender las verdaderas necesidades de una casa. 8. Quizás esté mejor viviendo sola.* Esto último lo tipearon manos temblorosas, pero cuando terminé estaba más tranquila.

Tenía lejos el teléfono y a él sentado enfrente. Sus ojos amarillos anulaban cada uno de los puntos de la lista.

Aguantá, Cecilia, no se merece que lo perdones.

Volví a endurecer cada tejido. La calavera que antecede a la chiquilinada. Podría volver a decir no te perdono, pero me pareció más urgente lo de Batman.

—Si te lo llevás hoy, me hacés un favor enorme.

—Yo no quería separarme. —Sabía que me estaba diciendo la verdad.

—No te hubieras ido. —No quería creerle.

—Te juro que si sabía que iba a pasar esto no viajaba.

Necesitaba seguir alentándome para no claudicar. Tampoco intentó tanto, esta es la primera vez que nos vemos. Todo lo que me pasa es normal, raro hubiera sido que no me pasara. Aguantá.

—Pero te fuiste, además decías que estábamos mal.

—Para eso sirvió irme, me di cuenta de que soy un pesado. Y de que te amo y me encanta la

vida que tenemos. Desde que estoy viviendo con mi primo, me siento un viejo de mierda. No sé ser soltero, no me hallo.

—Ser soltero es agotador.

Cuidado, Cecilia, contestarle como a un amigo tampoco.

—Pero no es algo que tengas que hablar conmigo. Lo que hiciste, lo hiciste. Además, este encuentro no fue porque me extrañabas, viniste para vender lo único que nos queda. Decís que no querés separarte y mirá.

—Tenés razón, pero no es lo que quiero.

—Entonces hacete otro viaje para ver por qué hacés una cosa si querés otra.

Detrás, la mesa ratona contaba otra historia. Cáscaras de maní y copas con restos de vino. Ninguno de los dos probó un solo bocado más. El silencio tenso de nuestros desencuentros se impuso. Facundo no esperó, en una escena repetida, juntó sus cosas. Esta vez fueron libros de derecho, el Zippo que le trajo la madre de Sudáfrica. Agarró *Padre rico, padre pobre* y me miró. Con señas le indiqué que se lo llevara. Desapareció por la puerta que daba a la habitación, no lo seguí. Levanté la mesa como si no lo estuviera echando por segunda vez y me puse a lavar las copas.

El gato maulló, tímido. ¿Ahora te das cuenta de qué se trata el amor, gato forro? Hizo dos pasitos, se restregó por mi pantorrilla con intenciones de reconciliarse. Entendió tarde que el amor es comida y piedritas.

—Rajá de acá.

Se lo dije al gato, pero fue Facundo quien salió de la habitación con una valija y los dos bolsos que compramos en Brasil. Metió a Batman en una caja, y ambos atravesaron la puerta como si no merecieran el destierro.

25

Mis padres volvieron del viaje exultantes, me invitaron a cenar afuera. *Así mami no trabaja,* propuso el aliado de las amas de casa.

Fuimos a una parrilla y pedimos todo lo que ella quería. Provoleta, chinchulines y un pinot noir carísimo. Mi papá ni miraba los precios en la carta, le tocaba la pierna, sonreía como un nene. Ella, agrandada, le decía "querido" al mozo e iba al baño cadereando.

Relataron el viaje interrumpiéndose.

—La habitación daba al mar —dijo ella con un suspiro sobreactuado.

—Llovió apenitas una tarde y te juro que mejor porque estábamos hasta acá de playa.

—Papi tomaba jugo de coco tres veces al día.

—¡Acá había una que se comía unos platazos de salchichas y huevos revueltos!

—Después nos teníamos que ir a dormir la siesta, porque a nuestra edad el cuerpo te pasa factura.

—¿Qué decís? ¡Estás mejor que hace diez años!

—Dejate de joder.

No eran mis padres, eran actores malos interpretando a adultos mayores enamorados. Hablaron un rato largo de las bondades del hotel. Le endilgaban al otro la gran idea de haberse hecho tiempo para salir de viaje en esa época del año.

—Hay que ocuparse de uno —dijo él.

—De nosotros —corrigió ella.

Me levanté de la mesa antes de que compararan su idilio con mi triste presente, aunque tuve la sospecha de que estaban tan enfocados en sí mismos que ni se les ocurría preguntar cómo estaba llevando la separación. Mi mamá no volvió a mencionar a Facundo desde el día que le conté, mi papá prefirió pasar de largo mi tristeza.

—¿Adónde vas? —preguntaron al unísono.

—A fumar un pucho.

Salí. El viento de junio refrescaba. A través del vidrio los vi tomarse de las manos mirándose a los ojos mientras la moza dejaba la provoleta sobre la mesa. Una vieja se tropezó a pocos metros y ni atinaron a ayudarla. ¿Tan absortos van a estar? Entré, tenía hambre.

No registraron mi incorporación a la mesa hasta que les ofrecí un pedazo de queso caliente.

Ella se apuró a ir al baño. Recién ahí mi papá me contó que había buceado.

Nuestra historia con los tesoros del mar comenzó en México en el año noventa y dos, yo tenía doce años, ellos cuarenta y uno. Cruzamos en lancha a Isla Mujeres. Apenas amarramos, Jorge, un chaparrito de sonrisa gigante, nos gritó desde una piscina natural: "¡Argentino, venga chingón, arrójese!". Mi papá se hizo carne del desafío y se tiró de bomba. Cayó en el agua y levantó la vista, aterrado. Frenético, me hizo señas de que no me metiera, pero yo ya estaba en el aire. Puse un pie en la arena y los vi: tres tiburones gato moviéndose, sigilosos, entre las piernas de los turistas. Me quedé petrificada. Mi padre estiró el brazo para agarrarme. "Están entrenados, no muerden ¡Chido! ¿verdad?"; a la distancia me doy cuenta de que ese mexicanito era un imbécil. Mi mamá, desde el muelle, gritaba que saliéramos inmediatamente. Apenas la escuchamos, Jorge insistía en que no nos preocupáramos. "Están entrenados, buey, mira toda la gente que hay". Alzó un tiburón y le pidió a mi papá que le abriera la boca. "Sáquele una foto, señora", le ordenó a mi madre. Después me subió arriba del animal. El clic de la cámara analógica entre las manos temblorosas de mi mamá inmortalizó el momento. Un cuarentón de pelo largo, con cadenas de oro en el cuello y piel regalada a los rayos UVA le abría la boca al vertebrado cartilaginoso más temido del océano. Debía tener un buen zoom porque lo que más se distinguía eran los dientes gigantes, desparejos y desordenados en varias filas. Sobre el depredador en cuestión, la niña, muerta de miedo. No nos fuimos enseguida, Jorge tenía más actividades para nosotros. "Pablo, está bien chingón el bautismo de buceo, deberían venir con la niña". Mi mamá, resignada y enojada, dejó mi seguridad en manos de su marido y se retiró a las sombrillas a leer sus libros de suspenso. Esa semana, en Isla Mujeres, nadamos todos los días entre especímenes y corales. La nena miedosa con un snorkel y su padre, en traje de neoprene y con tubo de oxígeno.

Años más tarde, en mi viaje de quince, fuimos a las Bahamas. El Jorge de ahí se llamaba Stuart. Mi papá se hizo entender como pudo y mintió que ya habíamos hecho los dos el bautismo de buceo. Stuart nos dio trajes, patas de rana y tubos de oxígeno. Pesaban un montón. Supuso que yo sabía respirar en apnea. No sabía. También que tenía aprendido el manual de señas. Nos llevó en una lancha precaria bastante lejos de la costa, nos sentamos en el borde y nos empujó. Caí de espaldas; en las profundidades la velocidad se acelera. Empecé a hundirme, quería patalear pero no podía, respirar costaba cada vez más. El corazón bombeaba a mil por hora. Sentí vértigo y se me paralizó el cuerpo. Cerré los ojos. Me iba a morir. Unas manos me agarraron, me aferré, todavía con los ojos cerrados. De pronto el cielo limpio me avisó que estaba a salvo. Los abrí. El que me sostenía era mi papá.

Pero en Brasil, a los sesenta y seis, los miedos son otros.

—Tuve que hacerme un chequeo antes, por el tema de las palpitaciones.

Mi mamá volvió del baño justo cuando él me mostraba una foto del grupo de buceo. Llegaron los chinchulines, ella pinchó uno y el aceite caliente saltó y manchó el mantel. Se rieron, estaban insoportables. Y yo que a todo le veía el doble sentido. Intenté pensar que era algo mío, que no estaban sospechosamente libidinosos, aunque lo que vino me confirmó que tengo intuición predictiva.

—Queríamos hablar con vos —dijo él.

Rogué que fuera un hijo no reconocido de mi papá, una estafa piramidal, hasta una denuncia penal prefería antes de escuchar lo que escuché.

—Estamos decididos. Lo de los swingers —dijo ella.

Él se rio. Quería agarrarlos con la pinza, meterlos de prepo en la placa de Petri, taparlos con gel y que se quedaran ahí, quietitos, envejeciendo como gente normal con proyectos simples como vivir en el mar, tejer chalecos y jubilarse con la máxima.

—Queremos ir.

Me miraron como si fuera la única persona que podía ayudarlos. Lo era. También era la hija, pero eso no les importó ni entonces ni ahora. No son malos, y cuando digo que no les importa no es que estoy enojada. Tienen un libro contable, donde anotan el debe y el haber de nuestro amor familiar. Haber: mi papá me salvó cuando creí que el mar me devoraba. Los dos me pagaron la educación. Cuando fui a la facultad, mi mamá me hizo termos y termos de café para que resistiera las horas de fórmulas y números. Él me regaló los dólares del departamento que me compré con mi ex. “Adelanto de herencia”, dijo. Ella me cuidó, nos cocinó. Ellos me dieron un hogar.

Ahora me tocaba a mí.

TERCERA PARTE

Singers

26

Fantasy es un espacio exclusivo para parejas, solas y solos de mente liberal con inquietudes audaces. Fondo rojo con una trama de lenguas entrelazadas. *El Club cuenta con confortables y modernas instalaciones, donde reinan el erotismo, el morbo, el entretenimiento y, sobre todo, el respeto y la interacción.* Foto de una mujer haciendo pole dance. *ÚNICAMENTE MEDIOS DE PAGO VIRTUALES. NO HAY DEVOLUCIÓN DEL DINERO EN CASO DE NO PODER CONCURRIR. ¡Vení a vivir momentos únicos!* La página te daba a elegir entre tres tipos de tickets: solas, solos y pareja. Curiosamente, el más barato era el tercero.

Investigué el formulario. Luego de completar los típicos datos pedían una *selfie* que, aclaraban, era por cuestiones de seguridad. Había dos opciones. La primera era pasarles el link y dejar que ellos sacaran las entradas desde sus celulares. Ninguno se lleva muy bien con la tecnología así que me iban a necesitar al lado. Una vez que les llegara el mail de confirmación me desligaba y que vivieran la experiencia. Después de todo, Fantasy parecía seguro y lo de la *selfie* le daba un marco de seriedad. En Google lo calificaban con cuatro estrellas, las reseñas eran positivas, la gente hacía mucho hincapié en el respeto y la intimidad. Me parecía imposible asociar estas dos características a un lugar donde las parejas son moneda de cambio. Me convencí de que la segunda opción era la más conveniente. Entré a la página, completé el formulario, me tomé la *selfie* reglamentaria y saqué una entrada de “sola”.

Ese jueves llegué quince minutos antes. Fantasy era un camaleón. Durante el día, cualquier transeúnte distraído podía confundirlo con un depósito o una fábrica de ropa. De noche las persianas se levantaban y dejaban al descubierto una gigantografía iluminada donde labios carnosos color carmesí mordían la manzana del deseo.

La gente que encabezaba la fila rondaba los cincuenta años y estaba vestida con ropa fácil de sacar. A varios señores se les fueron los ojos cuando pasé, más por joven que por linda. Al entrar me pidieron que entregara el celular.

—Por una cuestión de discreción, acá vienen muchos famosos.

—Ah, es por los famosos.

—Principalmente, también por los otros.

Obedecí. Resigné tomar apuntes en el grupo conmigo misma, era un desafío para mi memoria que desde hacía algunos años tenía disminuida su capacidad analógica. Avancé por un pasillo

donde se exponían elementos de sex shop. Dildos, satisfiers, arneses y látigos de plástico berreta me seguían el paso.

El pasillo desembocaba en un gran galpón devenido en discoteca del conurbano, ni asomo de las confortables y modernas instalaciones que prometía el anuncio. Cuadrados de luces que cambiaban de color cuando los pisabas, una bola de espejos. En la barra, varios chicos y chicas de mi edad expendían tragos. Con el papelito en la mano, pedí mi consumición. La *barwoman* fue expeditiva y nada simpática. Tanto el fernet como la coca eran de segundas marcas, me sirvió el trago en un vaso de plástico.

Giré sobre mis talones para observar el lugar. Quería armarme un mapa para que fuera sencillo explicarles. En el extremo derecho del gran salón había un escenario con caño de pool dance. Para llegar a él tenía que atravesar el sector de las mesas altas, donde los francotiradores del levante calibraban la mira. Caminé con la cabeza gacha, comprendí lo que siente un bambi en un coto de caza. Me paré debajo de la cabina del DJ, una especie de balcón en diagonal al escenario donde un chico mezclaba temas de los últimos diez veranos. Sobre ella un cartel cutre y mal iluminado decía: SI NO TE GUSTA LA MÚSICA QUE PONGO, ANDÁ A HACERTE COGER AL FONDO. El fondo, tres puertas. PAREJAS. TRÍOS. HARD.

Me terminé el fernet justo cuando comenzaba el show. Una veinteañera embutida en un arnés de cuero negro subía al escenario. Tenía el culo más firme que vi en mi vida. Se agarró del caño en un gesto insinuante. La música subió el volumen para darle entrada a un afroamericano con una zunga diminuta.

—¿Quién quiere sexo? —gritó al micrófono.

La veinteañera se desprendió la parte de arriba del arnés y dejó al descubierto dos tetas con piercings pezoneros.

La platea se encendió y con énfasis coreó.

—¡Yooooo!

El DJ puso “Pour sugar on me”, la chica se subió al caño con destreza y se elevó dándonos una vista panorámica de sus cachetes turgentes mientras el afroamericano se tocaba el bulto por debajo de la tanga haciéndolo crecer de tamaño. Cuando la tuvo parada se acercó y metió la cabeza entre las nalgas de la joven que comenzó a jadear. La chirleó. Ella se deslizó hasta quedar arrodillada en el piso, arqueó la cintura sosteniéndose del caño. Él la tomó del pelo, la obligó a ponerse en cuatro patas y se arrancó la zunga dejando ver un pito gigante. Le corrió la tanga y la penetró con fuerza. ¿Tenía puesto condón?

Los asistentes comenzaron a alborotarse. Algunos gritaban, otros se cambiaban de mesa e interactuaban. Los más osados encaraban para “el fondo”. Yo no podía sacar los ojos de la escena de sexo explícito. Una mano de mujer me acarició el pelo. Reaccioné como si me hubiesen tirado agua hirviendo.

—Hola, linda.

Tenía la edad de mi jefa.

—Soy Nancy, él es mi marido, Rober.

Me chantó un beso en el umbral de la boca, después se apartó para que su esposo hiciera lo propio. Rober era un pendeviejo con zapatos de punta y pantalón chupín. Los dos ostentaban un tostado de cama solar y tenían el cabello detenido por el gel. Dejaron clara la dinámica, ella era la que encaraba. Mirada poderosa, cuerpo exuberante y la impunidad para seguir usando el perfume dulce y amaderado de las profesoras de Contabilidad.

—¿Hace mucho que vienen?

Para mí era recolección de datos, ellos lo tomaron como un coqueteo.

—Años, al principio estábamos como vos, así que no te preocupes.

—¿Cómo?

—Negados. Yo más que él, ¿o no, gordi?

—Sí, pero enseguida te das cuenta de que esto es pura amorosidad.

A Rober se le acumulaba baba seca a los costados de la boca, propia del mal aliento. Nancy me tomó de la cintura, tensé la espalda. En un claro gesto de rechazo me liberé de su mano y corrí al baño. No me siguieron.

Para entrar tuve que abrirme paso, estaba atestado de mujeres. Llegué a la bacha y quedé al lado de una chica de cuarenti que se arreglaba frente al espejo. Su mirada displicente me indicó que yo no era su tipo; eso me tranquilizó y me animó a seguir con mi diseño experimental.

—Disculpá, ¿me dirías cómo es lo de las puertitas?

—¿En qué sentido?

—Cómo funciona.

—Entrás, sola o con alguien.

—Pensé que era siempre con alguien.

—No, podés entrar sola y mirar, mientras no molestes.

—¿Y vos entrás?

—Claro.

—¿Y a cuál entrás? Perdón, pero es mi primera vez.

La mirada neutra del principio dio lugar a una sugestiva. Me sonrió con gesto de tutora.

—Te acompaño, no hace falta que hagas nada, podemos sentarnos a mirar. —Su mano rozó mi dedo meñique.

Intuía sus intenciones. No iba a poder cumplirle la *fantasy de teacher*, pero atravesar sola esas puertitas me aterraba.

—¿A cuál querés ir? Para el hard hay que tener pulserita, si querés consigo —ofreció.

—No, no, gracias, al de parejas.

Me tomó de la mano, no solo me dejé, me aferré. Necesitaba fuerzas para entrar al purgatorio. Atravesamos otra vez la pista, los que estaban en las mesas nos ojearon como a un perchero de

moda circular.

—¿Cómo te llamás? —me preguntó.

—Cecilia, ¿vos?

—Pau.

Entramos.

Un aire tan espeso que mojaba nos dio la bienvenida a la sala de paredes negras y luces rojas. En el centro, la cama más grande que existe. Sobre ella un gordo con islas de pelos en la espalda fruncía el culo y lo relajaba, fruncía y relajaba. Dos piernas de mujer le envolvían la cintura. A su lado, de rodillas, una señora con la espalda llena de tatuajes encimados por la flacidez hundía la cabeza en la ingle de un hombre alto y delgadísimo que estaba parado con el pene erecto. Cada tanto se lo sacaba de la boca y se lo entregaba a la mujer que estaba debajo del gordo. Ella estiraba la cabeza y lo chupaba. Su lengua se chocaba con la de la señora de los tatuajes, no se besaban entre ellas, parecían perras lamiendo un hueso sin carne. Un pelado con los pantalones en las rodillas se tocaba mientras disfrutaba del show, su pene tenía forma de churro. Hice unos pasos, me adentré en el fondo. Ahí las luces bajaban su potencia, apenas podía intuir una coreografía enredada de cuerpos. El olor a genitales superaba al de transpiración. Paula me empujó con suavidad y quedé demasiado cerca. Desenredé la coreografía: una mujer le practicaba sexo oral a otra mientras un hombre la penetraba por atrás. Había una cuarta persona, que entraba y salía de la oscuridad, acercándole el pito de manera insistente a la única que parecía disfrutar. Creí escuchar que la mujer decía que no. Si lo escuchaba yo, ¿por qué el señor seguía empecinado en meterle la verga en la boca a la que estaba recibiendo su placentero cunnilingus? “No”, esta vez no había dudas, lo dijo. Di unos pasos para sacarlo, Paula me apretó la muñeca derecha y me obligó a replegarme. Sentía olor a látex pero no veía ningún preservativo en el piso. El afroamericano de la tarima tampoco lo tenía puesto. El aire se contaminó de Cándida, Gardnerella, Trichomona. Si la sífilis y el HPV fueran sensibles al olfato, serían parte del caldo.

El gordo de las islas de pelo rugió y atrajo mi atención a la enorme cama. Su culo peludo se desplomó, después rodó hasta quedar boca arriba. Tenía la cara enrojecida, la boca hinchada. El que estaba arrodillado le entregó el miembro a la dama del gordo, que se incorporó y lo tomó con las dos manos. Por un segundo cruzamos miradas, me pareció que estaba agotada.

Paula se acercó a mí y me habló al oído. Se detuvo en mi oreja unos segundos, sus labios abiertos recorrieron el cartílago. Le solté la mano y corrí. Cuando atravesé la puerta volví a sentir el oxígeno. Seguí corriendo. El sector de las mesas ahora era pista, la gente bailaba una canción brasilera de principios del dos mil. Me crucé con Nancy y Rober, entraban con un señor pequeño a la puerta de TRÍOS. A toda velocidad tomé el pasillo de arneses, consoladores y geles. Llegué al guardarropas hiperventilada.

—¿Tenés el numerito?

Busqué el papel en el bolsillo de mi pantalón y se lo entregué. El tiempo que tardó en darme el celular fue incierto. Apenas puse un pie en la vereda exhalé fuerte. Fue escupir mugre.

27

—Ustedes no van ahí, ni que me maten.

Me prendí del timbre a las siete de la mañana. Si yo no había dormido, ellos tampoco iban a tener descanso. Me senté, no, me desplomé en la silla. Los vi preparar el desayuno a una velocidad ridícula por lo lenta. Se refregaban los ojos y exageraban el bostezo con intenciones claras de hacerme sentir no invitada.

La noche anterior, en el taxi, creí alejarme para siempre de Fantasy. Pero los zombis me perseguían. No hizo falta cerrar los ojos, se colaron en el paisaje urbano. El gordo con las islas de pelos salía de un cajero automático por Constitución. Desnudo, levantaba una pierna y saltaba a un vagabundo que dormía en la vereda, los testículos le colgaban como paltas chilenas. Nancy se asomó por una ventana baja, empañaba el vidrio con sus jadeos. Las cabezas de Rober y el hombre chiquito subieron por su cuerpo. El señor flaco de pene con forma de hueso corría rapidísimo detrás del taxi. Un colectivo frenó al lado nuestro, la conductora era Paula, sacó la lengua y, con una seña impúdica, me alentó a darle sexo oral.

Bajé la ventanilla para que el aire me limpiara. Sentía olor en la ropa y en las manos. Ese lugar era el fondo de un tacho de basura. Al pudor no se lo comió el asco. Lo infló, le dio venas, voz, lo dotó de sentidos. Creó un bicho gigante y me lo sentó al lado.

No sé cuánto costó el taxi, si pagué en efectivo. No tengo una imagen mía buscando las llaves. El viaje de seis pisos en ascensor tampoco lo registro. Mis recuerdos empiezan cuando me saqué la ropa, la metí en el tambor horizontal y giré la perilla hasta encontrar el lavado intenso. El sonido de las placas de metal llenándose de agua no alivió. El aroma a suavizante tampoco. Ni la ducha, la esponja frenética, el despropósito de perfume posterior. La mujer que me había peinado de chica iba a acariciar las islas de pelo del gordo. El hombre que me enseñó a andar en bicicleta se iba a montar sobre Paula, Nancy o Rober.

—¡No es un lugar para ustedes y punto!

Sabía que era un error, el pódcast de psicología siempre recalcaba que prohibir solo despierta el deseo. No me salió otra cosa.

—Pero ¿qué? ¿Qué hay? —Mi mamá ya no bostezaba—. No puede ser tan horrible si hay tanta gente que lo hace.

Estaban enloquecidos, pedían detalles.

—Es una asquerosidad, se van a agarrar sida.

—¿Por qué nos decís eso? Nosotros queremos ir, lo charlamos un montón. —Me miraba como si la estuviera traicionando.

—No, no van a ir, es asqueroso. El olor del cuerpo no se me va todavía.

—Ah, entraste. —Mi papá me sonrió, irónico.

—Y sí.

—¿Y qué tiene de horrible? —Se inclinó sobre la mesa, hacía años que no lo veía tan interesado.

—Todo, la música, la gente, las luces, nadie usa preservativo.

Si ya me incomodaba gestionar la vida erótica de mis padres, esta charla de ESI invertida directamente me drenaba.

—Mirá, hija, si no nos querés ayudar, por lo menos no nos llenes de miedos.

¡Ah, bueno! Ahora se hacía el resuelto.

—¡Tal cual! Es horrible lo que hacés, además nadie te pidió que fueras. —Lo dijo ella, justo ella lo tuvo que decir.

Los odiaba, no por igual. A mi mamá el doble porque tenía razón, no me lo habían pedido. Solita fui.

—¿Y qué querían que hiciera? ¿Que los mandara así, sin saber, a ese antro?

—Somos adultos.

Me aguanté contestarles lo que para mí eran en ese momento. Respiré hondo, tenía que entender que estaba tratando con dos personas que hacía años que no desbordaban ese nivel de entusiasmo. Apelé a todos mis recursos pedagógicos.

—Déjenme investigar un poco más. Tiene que haber otros lugares, donde la gente sea más linda, más limpia, no sé. Otros.

Me pusieron un plazo, dentro de dos semanas era su aniversario número cuarenta y uno y querían celebrarlo haciendo la experiencia. Acepté el desafío, era improbable que en dos semanas se les pasara el capricho y volvieran a ser personas normales, pero por lo menos ganaba tiempo.

28

Salí eyectada a los brazos de mi ex que, desde que había vuelto de Bolivia, se mantenía la barba tupida hacia abajo y prolija a los costados. Todavía no podía definir si me gustaba. Era verdad que lo hacía ver más joven, también un extraño. Un hípster de vinilos y café de especialidad.

La casa del primo era un reflejo de lo que Facundo decía que no sabía ser y estaba siendo. Lámparas de pie en el living sectorizaban con su luz cálida el sillón de dos cuerpos donde seguro entraban más. Un tocadisco enchufado a una consola, dos retornos, el puf rosa chicle y la alfombra de peluche, un paraíso para los tomadores de MD que iban a las legendarias fiestitas de Martín.

—¿Se droga mucho Tincho? —pregunté.

Estábamos desnudos, descansando y haciendo la vista gorda a una performance sexual forzada y poco efectiva.

—Arma joditas.

—¿Y vos vas a las joditas?

—¿Estás celosa?

Más asqueada que celosa. Me había costado muchísimo concentrarme para hacer el amor con él en esa habitación. Y no era culpa del primo ni de sus repentinos cambios físicos. No era la pelea con mis padres, ni Fantasy. Era la sensación de estar parada en una superficie que temblaba. ¿En qué momento las cosas cambiaron tanto?

Aunque no supiera todavía quién era este hípster, necesitaba hablar de mi familia con alguien de la familia. Para estas cosas sirven las hermanas. Mi ex precisaba otra cosa. Se movió dejando que las sábanas negras acariciaran su cuerpo, creí ver un abdominal marcado. Me tomó la mano y la llevó a su erección. El colchón superking ofrecía confort para el despliegue sexual y distancia para el amor, sentí olor a hombre solo. Se subió encima y reptó por mi cuerpo, lamiendo lo que encontraba a su paso. Llegó a la entrepierna y se demoró ahí, intentando seguir siendo quien no era. Cerré los ojos dispuesta a dejarme agasajar, la barba larga me hacía cosquillas en los aductores, pero su lengua había mejorado el sentido de la orientación. Por unos segundos estuve a salvo, la oscuridad dentro de mis párpados era apacible. Sumó los dedos y me gustó. Un jadeo vergonzoso, pero sentido, de Facundo abrió el portón para que las imágenes entraran con toda su brutalidad. El pene gigante del afroamericano embistiendo a la veinteañera,

la platea gritando “¿Quién quiere sexo?”. Abrí los ojos, mi ex me miraba comedido. Quería saber si había acabado. Me pregunté si estaba practicando con otras, los celos no llegaron a pincharme que ya se metieron Nancy y Rober, en una mesita alta, coqueteando con mi papá y mi mamá. Era la primera vez que mis padres aparecían entre los zombis de Fantasy. La certeza de que, pronto, estarían haciendo fila para entrar los trajo y ahora eran parte de las pesadillas. Agarré de los pelos a Facundo, desenterré su cabeza. Él, más aliviado que ofendido, subió por mi panza y llegó a mis tetas. Decidida a defender mi goce, no cerré los ojos, pero la interferencia era más fuerte. La boca del gordo lamía el pezón de mentira de mi mamá, intentaba succionarlo. Su rostro se superpuso al de mi ex, como un holograma, y empezó a gritarle a mi mamá: ¡Estafadora! Estaba enojadísimo con que no sintiera nada en esa zona. Yo tampoco sentía nada.

—¡Pará! —grité.

—¿Qué pasa?

—Nada, que no me puedo concentrar. No estoy para coger —confesé.

Facundo se acomodó en la cama con la vergüenza del que no se siente deseado. Le tomé la mano, le di un pico tierno y empecé a contarle la aventura en la que me había metido mi mamá. Tuve que retrotraerme hasta su viaje y los reproches se filtraron. “Cuando vos no estabas”. “Justo ahí te quedaste sin señal”. “Te necesité pero no volvías”. Él escuchaba, asentía cada tanto, no es que naturalizaba, pero tampoco le parecía un escándalo. Sospeché de las enfiestadas del primo y tuve ganas de preguntarle si en una de esas noches locas habían probado sexo grupal. No lo hice.

—El lugar se llama Fantasy. Un asco.

—¿Cómo era?

Le relaté el mapa, describí con detalle a cada uno, cuando llegué al momento con Paula, él cambió la expresión.

—Si te calentaste te mato —amenacé.

—No, no, no es eso.

—¿Y esa cara rarísima?

—Es que me acordé de algo que me contó tu viejo hace varios años.

Mi papá siempre quiso un hijo. Lo decía de todas las maneras posibles. “Teníamos cinco nombres de varones y no pudimos usarlos”, era una de las más sutiles. A mí, la obligación de ocupar ese rol me duró lo que la experiencia de buceo. No me gustaba el fútbol, ni el whisky, nunca pude levantarme con él un domingo a ver la Fórmula Uno. Cuando le presenté a Facundo sentí que le daba la oportunidad de habitar lo de no perder una hija y ganar un yerno. Así de tradicionales éramos, antes.

Mi novio los encantó a ambos, era el principito que hubiera querido vestir de celeste mi mamá

y el soldado compañero y segundeador que necesitaba mi papá.

Un día su nuevo yerno lo invitó a ver un rally a Córdoba. Él, encantado, dijo que sí. En ese viaje mi padre se sintió en confianza y le contó una historia.

Él y mi mamá tenían veinticuatro años. Estaban casados hacía tres, pero todavía eran chicos. Un verano se fueron de vacaciones con toda la familia, mis abuelos paternos, mi otra abuela y el hermano de mi mamá. Seis personas en una combi. El destino elegido era Córdoba, no por las sierras ni los paisajes, sino porque ahí estaba la otra gran parte de la familia de mi mamá. Luisa, Raúl y sus tres hijos.

Hicieron una vaquita y alquilaron un casco de estancia venido a menos. Eran épocas de hiperinflación y mi papá todavía era bañero. Había camas para cinco, ellos eran once. Les dejaron las habitaciones a mis abuelos y el resto se instaló en el living, entre colchones y bolsas de dormir. Resignaban intimidad y comodidad con tal de estar juntos, total era una vez al año.

Mis papás estaban buscando quedar embarazados y la impaciencia empujaba. Ella quería tener relaciones todo el tiempo, a él le encantaba pensar que era porque lo veía irresistible. Le confesó a Facundo que se manoseaban todo el día.

La noche era el problema. Con los tres chicos chiquitos de la pareja de Córdoba, el hermano de ella y el otro matrimonio en el living era imposible coger. La primera noche se la aguantaron, tapados entre las sábanas, mi papá la agarró. Ella lo paró en seco y le recordó por lo bajo que había criaturas.

Al otro día no se hablaban, Raúl lo percibió y le preguntó a su amigo qué pasaba. Cuando mi papá le contó lo sucedido, su primo político le confesó que él y Luisa estaban en la misma. Los hombres se apartaron y tramaron un plan: cuando todos durmieran se escaparían de la casa para tener sexo campo traviesa. *Hay que sacarse la calentura para disfrutar de la familia*, dijo uno de ellos, mi papá no se acuerda si fue él o el primo.

Cenaron milanesas con puré. El hijo menor del matrimonio cordobés se atiborró de mayonesa y vomitó así que la cruzada se demoró hasta las dos de la mañana. Cuando la casa estuvo detenida en el sueño colectivo, salieron eyectados por la adrenalina de lo prohibido. Los hombres llevaban reposeras, las mujeres un par de toallas. Atravesaron la tranquera cuidando que sus pasos no invadieran el ecosistema nocturno.

Caminaban con la linterna como única luz por una calle de tierra rodeada de alambrados. Mi papá era el encargado de encontrar el claro en el que armarían el *cogedero*. Así lo llamó Raúl entre risas.

Después de andar un buen rato lo encontraron. Tres ombúes en hilera, detrás un par de arbustos sin forma y mucha maleza. Ninguno de los cuatro tuvo miedo de los habitantes secretos de las plantas, ni de la noche; ellos eran los intrusos.

Con las toallas Luisa armó una medianera, los varones se saludaron haciendo bromas, estaban nerviosos.

El sexo en el campo fue un juego distinto para cada uno.

Los cordobeses entraron a su parcelita y acordaron un silencio pudoroso. Mi mamá, del otro lado de las toallas, se desvistió despacio, bailando con un ritmo y una sensualidad desconocida para su marido. No fingía que no había nadie, lo incorporaba. Del otro lado de la medianera sus primos iban perdiendo de a poco la vergüenza. Jadeos acallados y risitas atravesaban la pared de tela y distraían a mi papá. El cuerpo de esa mujer que amaba desde el primer encuentro lo traía de vuelta, pero la hipnosis se rompía con cada murmullo. Ella, en cambio, parecía recargarse. La luna, los grillos, el viento en el culo, los jadeos con tonada. Ardía. Él envidió que su esposa pudiera ser puro presente y le dio celos no poder entrar en ese mundo de sentidos que la cautivaba. Pidió tiempo reglamentario. Ella le dijo que no se apurara, que se arreglaba sola.

Luisa y Raúl terminaron. Mi papá dio unos pasos y salió del cuarto imaginario. Respiró hondo, si hubiera tenido un cigarrillo se lo fumaba en un minuto. No quería volver y hacer un papelón, claramente a sus amigos les había ido mejor. Dejó a su mujer adentro, sin valor para reconocer que no había podido.

—¿Qué? ¿Eso solo? Entiendo a dónde vas. Pero fue hace mil años.

Se quedó callado. Si hay alguien que no sabe generar suspenso es mi exnovio. Revoleó los ojos, moví la cabeza hasta atraparle la mirada. Recién ahí dijo:

—Tu viejo me dijo que nunca, pero nunca, la volvió a ver tan caliente.

—¡Cómo decís caliente! —grité.

Me miró ajeno, estaba segura de que sus padres no tenían sexo desde que él nació. Escucharlo hablar de mis papás con ese tonito imparcial y superado, justo a él, la única persona con la que tenía sexo desde hacía siete años, me enrostraba lo lejos que estábamos.

Análisis elemental de la colonia bacteriana que se autopreservó para ser estudiada más tarde. El gel de agar detuvo el tiempo y me transportó a una época en la que yo no existía. Mis padres jóvenes, intentando concebirme. Pablo avergonzado y enamorado, orgulloso también de que esa mujer ardiente solo quisiera estar con él. Ella con el esplendor de un cuerpo sin heridas, la actitud temeraria de quien todavía no perdió una parte. Sus oídos ávidos del placer de los otros. Desde la placa de Petri Selva me sonríe, cómplice. Cree que por fin entendí. Yo también lo creo, era al revés, ¿no, mami? El deseo no era una zanahoria a la que corrías sin pensar, era un vagón que te empujaba, despacio pero insistente, desde hacía años.

A veces afinar la vista no es aumentar las dioptrías. Hay que distanciarse en el tiempo o sacar a las bacterias de adentro del microscopio, dejarlas reposar y volvers a estudiarlas. Cada historia tiene un germen; cada deseo, una intención primigenia.

29

Encontrar propuestas swingers para mis padres no era tan fácil como pensaba. En internet había poco. Lo inaccesible y secreto seguro era parte del morbo. La competencia de Fantasy ni siquiera tenía página web, una cuenta de Instagram mostraba un local de comidas. La descripción decía "XXX. Detrás de la carne, el humo. Más profundo aún, el placer. Te esperamos. Pedí la dirección por MD". Siete me gusta. Mandé un mensaje pidiendo ubicación y me apersoné.

Un chico de treinta y pocos expendía hamburguesas en una cocina a la vista. El humo de la plancha en contacto con las luces generaba una neblina nada sexi. Pedí un pancho con papas, una gaseosa y le pregunté cómo era lo de los swingers. Me contestó que a veces no se armaba.

—¿Y cuándo se arma? —Era viernes.

—Se pone lindo. —Le tiró a la salchicha una lluvia de papitas—. El tema es que no podemos correr mucho la bola, estamos habilitados como carrito nomás.

Y yo que creía que no existía un lugar más horrendo que Fantasy. Terminé el pancho mientras observaba a las primeras parejas pasar al fondo del local, gente de cuarenta, vestida como si fuera un martes. Pagué, me acerqué a la puerta y asomé la cabeza. Los cuatro en el centro de la pista movían, tímidos, sus cuerpos. Sobre un bafle, un celular reproducía una playlist en inglés, dos luces de led cambiaban de verde a rojo. En el extremo izquierdo había dos puertas, supuse que eran las habitaciones, pero ni loca me acercaba a comprobarlo.

Volví a mi casa derrotada, había perdido otra noche. Quizás la primera opción era la menos peor. A lo mejor estaba juzgando de más, ¿qué sabía yo de la estética swinger? Además, pensar que el sexo es limpio es un oxímoron. Hay inabarcable cantidad de bacterias y virus que se pasan por alto con tal de darle lugar al placer. ¿Cuánto hacía que no acababa? Tarareé la canción de Charly a ver si me convencía, pero no. Fantasy no era el lugar. Tenía que haber otro. Facundo me contó que su primo armaba las "joditas" por Telegram, la usaba para hablar con sus dealers o, cuando estaba de cara, bajarse libros pirata. La aplicación favorita de políticos y prostitutas, con cifrado de punta a punta. El medio de difusión perfecto para jugar a las escondidas.

Una mañana en el laboratorio, mientras oscilaba entre terminar el papelerío de las becas y dar con el canal de Telegram adecuado, le pregunté a Marcos:

—¿Irías a un swinger?

Levantó los ojos de su notebook, no puso pausa al micro de Canal Rural.

—Ni loco.

—¿Por?

—Porque no quiero que me cojan a la novia.

Finalmente él y Mery formalizaron. Era la primera relación seria después de quedarse pelado. Marcos dividía su vida en antes y después de la alopecia. Me daba tristeza la banalidad del mundo, pero ni una vez pude dejar de mirar la ramificación venosa que confluía en su mollera como un circuito eléctrico perfecto.

—Tengo una amiga que averiguó porque los padres quieren ir.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué alguien haría eso?

—No sé, gente grande que quiere abrir la pareja.

—Lo de tu amiga, digo. ¡Mirá si vas a ayudar a tus papás a que cojan con otros!

—Creo que ellos se lo pidieron —balbuceé, soy mala mentirosa.

—¿Es muy amiga tuya?

Asentí.

—Decile que salga de ahí ya.

—No puede, ya está embarcada. Intentó convencerlos de todas las maneras, pero están decididos. Son grandes, ahora es ella la que los tiene que cuidar.

—Me parece una locura.

—Sí, a mí también, pero no le queda otra.

—Que salga de ahí, yo te digo porque sé.

Se rascó el cuello y empezó a hablar con pausas dramáticas de su mamá. Se llamaba Edith, lo tuvo de grande, cuando él tenía diez ella ya iba por los cincuenta. A los ochenta le diagnosticaron Alzheimer, estaba bastante avanzado. Fue un golpe para esa mujer que siempre se las había arreglado sola.

Marcos miró hacia arriba como integrándola al recuerdo. Mientras intentaba traerla de aquel lugar que ya no compartían, la mirada se le fue velando.

—Pero esta mierda de enfermedad te come. No fue de golpe pero tampoco tan lento. Al principio la encontraba sentada en el inodoro, mirando la bañera llena por la mitad, repleta de vasitos de yogur vacíos. Me escuchaba abrir la puerta, encendía la ducha y me invitaba a verlos flotar con ella. “Llueve, mira cómo luchan los barquitos”, me decía. —Su rostro singular se volvió indefenso—. Después se fue desangelando. Lo de la memoria no es lo más grave, se puso mala, sucia. La chica que la cuidaba de día renunció después de que la corrió con un cuchillo. Le gritó puta, mi mamá que jamás decía palabrotas. Le creí a la chica, me lo contó asustada, angustiadísima. Yo sabía que se podían poner violentos, pero ¿un cuchillo? No quise meterla en un geriátrico.

No entendía en qué podía ayudar su relato a mi amiga la de los padres swingers.

—Me inmolé, pedí licencia en el laburo. La cuidé día y noche, vigilando que el diablo no se le metiera otra vez, les puse llave a los cajones de la alacena y todo. La surfeamos un tiempo, pero el alemán este no se puede parar, ni con alegría, ni con todo el amor del mundo. Se las va comiendo, y un día se empezó a cagar encima. Ahí entendí, la primera vez que le limpié el culo entendí.

Nunca había visto a Marcos llorar, mi naturaleza prejuiciosa y sus últimos comportamientos auguraban una cara de dibujo animado, gritos inconexos, mocos largos como estalactitas. Nada de eso. El tipo estaba entero con ojos de peceras. Era inquietante.

—¿Sos hija única vos?

—¿Qué?

—Perdón, tu amiga.

—Sí.

—Limpiarle el culo a una madre es mucho más que limpiarle el culo. Imaginar a tus papás cogiendo es peor que verlos.

30

La frase de Marcos había calado hondo, sin embargo no me servía. Se acercaba el *deadline* y no estaba encontrando ese otro lugar mejor. En Telegram había de todo pero los swingers sabían ocultarse. @sexogrupal "hasta cuarenta años", descartado. @serswingerhoy aclaraba "solo hombres". @parejasswingers, Mirta y Oscar, @intercambioswinger, Lía y Pedro. Matrimonios que querían mezclarse en citas convencionales, no era eso lo que buscaban mis papás. @amorlibre, canal de divulgación de textos filosóficos. Una profesora de Química Orgánica decía que cuando los resultados se hacen esquivos hay que ir por las combinaciones más ridículas. Tipeé @swingerslimpios, tampoco tan ridícula. @swingertop, apareció. Escribí pidiendo información, contestó al instante. *Se paga la experiencia completa, desde la cena hasta el post. Intimidad y fantasías. Una noche de lujos y placeres. Somos hedonistas y dionisíacos. Cariños Bautista.* ¿Era un bot?

Le propuse videollamarnos. No me contestó en todo el día, lo veía en línea y me sentía tentada a volver a escribir. No sabía cómo se manejaban los telegrameros, mucho menos los swingers. La paciencia me duró cinco horas, a la tardecita volví a insistir. Después de varios mensajes donde lo acusaba de bot, me videollamó. Su humanidad se materializó en la pantallita vertical. Bautista debía rondar los cuarenta años, tenía rastas rubias y ojos claros que no pude descifrar si eran libidinosos o materialistas. Sonrió, sus dientes eran enormes, blancos. Le pedí disculpas por la insistencia, hizo como si no hubiera sucedido, parecía apurado.

—Los encuentros son todos diferentes, depende mucho de quiénes vengan. Viste cómo es, al final las personas son las que le ponen el picante a la cosa. —Hablaba rápido estirando las eses —. Lo único que te puedo garantizar es que acá viene siempre gente bien, de este u otro country o conocidos de alguno. No abrimos la cosa, para no tener disgustos.

Charlamos un rato en el que intenté fingir que teníamos el mismo estatus social. O lo convencí o estaba muy desesperado. Lectura de indicadores: 1. Niño rico en decadencia, lo de los encuentros pareciera tener un tinte más económico que ideológico. 2. Gestos y ademanes de gay, pero viste como hétero ¿bisexual? 3. Es sexi y lo sabe, probablemente funcione como carnada para los asistentes. 4. Por todos los recaudos que tomó, la casa del country no es suya.

—No aceptamos gente sola. Siempre parejas. ¿Tenés, no?

Balbuceé un sí sabiendo que a la última persona que iba a invitar sería a Facundo.

—Necesito que me acompañes a un swinger.

Marcos se quedó callado, fue lo suficientemente generoso como para ahorrarme las disculpas por haberle mentido con lo de mi amiga.

—Si tuviera otra persona te juro que no te hago pasar este momento. Es para ver el lugar, no vamos a hacer nada.

Siguió callado, su notebook reproducía el torneo de cincha de Jesús María. Se quedó un rato tomado por la ceremonia sin sonido.

—No, no, no quiero quilombos.

—¿Por Mery decís? Puedo hablar con ella. —Si hacía falta estaba dispuesta a pagarle.

—¡No! ¡¿Sos Loca?! No le diría, pero mirá si alguien le cuenta.

—La gente que va ahí no habla. Es la única vez, porfa. Te lo prometo, pensalo como un procedimiento de recolección de datos, estudiamos la bacteria y nos vamos.

No tuve que llegar al momento indigno de llorar u ofrecer dinero por su compañía. Le aseguré discreción y consentimiento, parecía el anuncio de Fantasy. Cuando aceptó a regañadientes, me di cuenta de todo lo que me quería.

El sábado a las ocho de la noche estaba en la puerta de mi departamento. Vestido con una chomba que seguro le regaló la novia y el pantalón de siempre, a punto de rajarse en las rodillas. Yo tuve que comprarme ropa, un vestido escotado negro que nunca más volví a usar. El vidrio del auto me devolvió nuestro retrato de pareja, al vernos juntos me di cuenta de lo poco saludables que lucimos los científicos. Empecé a pensar que quizás yo también tenía deficiencia de vitamina D.

Viajamos al country de Pilar, sede del encuentro. Cuando llegamos a la primera garita con el Corsa mugriento y cagado por las palomas, el guardia nos pidió documentos e hizo las preguntas de rigor. Repetí de memoria el pitch que me había pasado Bautista.

—Vamos a casa de los Condarco, somos amigos del hijo más chico.

El guardia nos marcó las coordenadas para llegar a una de las parcelas ubicadas frente al lago. Bautista nos esperaba en el frente de una casa señorial. Era más alto de lo que imaginé, lo gay de la videollamada se desvaneció cuando lo vi caminar con el porte de exrugbier. Se subió al auto. El perfume seco era una nube de virilidad. Hacía mucho que no me gustaba alguien a primera vista. Marcos me miró de reojo, le tomé la mano y le dije gordi. Nos indicó un camino alternativo y pronto llegamos a otra casa, mucho menos lujosa que la de Condarco. Bautista hablaba como el típico “Pura Vida” que se tomó dos años sabáticos para conocer el mundo. Un Facundo mejorado. La casa parecía diseñada para el sexo. Living minimalista de grandes proporciones con un par de sofás y dos alfombras grandes y peludas que invitaban a la posición horizontal. En los rincones, mesas ratonas con bandejas de frutas. Una chica joven y bonita

armaba tragos detrás de la barra. Hacía frío, así que todos los invitados estaban adentro. Seis parejas. Marcos y yo éramos los más jóvenes, pero no los más deseados. O se nos notaba mucho la incomodidad o eso de que los ricos huelen a los intrusos era cierto.

Bautista nos presentó uno por uno. Mi falso novio marcaba la distancia con un formal apretón de manos. Un chico supergay de veintitantos, vestido con una pashmina azul francia y traje animal print, se acercó, maniobraba una bandeja plateada con MDMA, éxtasis y la pastillita azul. Una mujer de pelo rojo fuego, con un delineado grueso, inauguró la toma. Se chupó el índice y untó su yema en metilendioximetanfetamina. Bautista nos trajo dos copas de gin tonic, las tomamos despacio.

—Si querés tener una perspectiva de todo este circo no te empedes, y ni se te ocurra hacer como la señora del dedazo. —Lo de Marcos era una orden.

Nos invitaron a depositar los celulares en un cajón.

—Pónganse cómodos. Carteras y sacos en el perchero de la entrada. —El perfume de Bautista pedía beso en el cuello.

La noche siguió su curso. El chico de las drogas que ahora era DJ arrancó un set de música sexi noventera. Todos tenían entre cincuenta y sesenta, pero no más. A las mujeres no se les notaba ni el paso del tiempo ni del bisturí. Los varones eran lo suficientemente disfrutones como para haber construido una jornada laboral de cuatro horas, el resto del día, tenis, pesas, sol. Mis papás no tenían nada que ver con esa gente, eran y parecían bastante más viejos, además estaba lo de la droga. Uno de ellos me miró con ganas, me pregunté qué diría cuando pasara la mano por la cicatriz del pecho de mi mamá.

En la bandejita quedaba poco MD. Una de las mujeres partió en dos una pastilla de éxtasis con la cara de Mickey Mouse y se comió las orejitas. La otra mitad se la dio en la boca al esposo seguida de un beso.

La música pasó a ser electrónica, íbamos por el tercer gin tonic. Nadie nos hablaba, veíamos de afuera cómo ellos empezaban a relacionarse. Bautista entró con una canasta. Pidió a los varones que pusieran sus relojes ahí. Marcos me miró con pánico. Tomé su muñeca, forcejeamos, aflojó cuando se dio cuenta del espectáculo que estábamos dando.

—Te voy a matar —me dijo por lo bajo.

—Dame el reloj, no vamos a hacer nada. —Tironeé un poco más y logré sacárselo.

El anfitrión explicó el procedimiento de cero, lo que me hizo sospechar. El country y su discurso endogámico me habían llevado a pensar en reuniones periódicas donde siempre asistían los mismos. Por el detalle con el que explicaba comprendí que era la primera vez que estos humanos se veían. Detuvo su mirada en mí, sentí una electricidad adolescente.

—¡Toca toca, la suerte es loca! —gritó la chica bonita de los tragos.

Marcos estaba al borde del infarto. Traté de tranquilizarlo, pero ni me miraba.

Con todos los relojes masculinos en la canasta, comenzó el sorteo. La mujer del dedazo era la

más histriónica, así que Bautista comenzó por ella. Halagada por el reconocimiento, sonrió con una mueca que desordenaba sus rasgos. Revolvió bastante.

—¡Misterio! —gritó.

Sacó un Rolex. Preguntó a los gritos de quién era. Un hombre de tez naranja y ojos celestes la tomó de la mano. Ella le estampó un beso, los demás se rieron nerviosos. Kylie Minogue era la banda sonora del intercambio de parejas. Una morocha de pisada fuerte miró fijo a Marcos, tenía su Cassio en la mano y las pupilas dilatadas. Caminó hacia él despacio mientras mi falso novio retrocedía.

—Hola, lindo —le pasó la palma de la mano por la pelada.

—Perdón, dame un segundo.

Marcos corrió al baño. Quedaba un solo reloj en la canasta, el dueño me sonrió. Lectura veloz de indicadores: 1. Se hizo el tratamiento pelo por pelo de mi papá, con mejores resultados. 2. Tomó MD pero también Viagra. 3. La esposa es la del dedazo. 4. Les va a contar a los amigos que en el sorteo le tocó la pendeja de treinta.

Tenía que actuar rápido, por Marcos pero también por mí. Me acerqué a la morocha, la tomé cariñosamente del brazo y la llevé a un costado.

—Mi novio está medio panicoso, nunca hicimos esto. No te sientas mal si él no puede, no es con vos. ¿Te gusta el que me tocó a mí?

—Me da igual. —Su sinceridad me alivió.

—Bueno, vamos a hacer una cosa, andá con él, yo te lo dejo. La verdad una lástima, se nota que es amoroso. —Aparecieron dotes escondidas de actriz—. Decile que lo elegiste, que te pareció mejor que el pelado, o lo que quieras, así no lo hacemos sentir mal.

—¿Y vos qué vas a hacer? —Era una invitación.

—Tengo que acompañar a mi novio, es entre los dos. Y viste cómo es, si no quiere no quiere.

La morocha me acarició el brazo jugándose la última ficha del trío.

—Voy a ver cómo está. Una picardía, che.

Avancé rápido por un pasillo de paredes sospechosamente descuidadas, no había cuadros ni fotos. Empecé a pensar que se trataba de una casa deshabitada con un circo montado para la ocasión.

Toqué un par de veces la puerta del baño.

—¡Ocupado! —Marcos estaba furioso.

—Soy yo, dejame entrar.

—Estoy descompuesto.

—Perdoname, si querés nos vamos.

—Cuando deje de cagar.

Me quedé parada en la puerta. Dedazo y el hombre naranja venían de frente, antes de entrar a una de las habitaciones, me hicieron señas para que ingresara con ellos. Negué con la cabeza,

pero sonreí. Cuando les pasé por al lado, estiraron las manos y me acariciaron la pierna y el culo. Algo de eso me excitó. Ellos definitivamente no me gustaban, pero ¿Bautista?

El living era un océano salpicado de islas de gente semidesnuda que se besaba. La música, ahora más *chill*, acompañaba el baile de los cuerpos. La chica bonita de los tragos se había sumado a la morocha y mi candidato. Al DJ, despojado de toda ropa, una señora de cuarenta y tantos le practicaba sexo oral mientras él se besaba con un señor rubio con rasgos alemanes. Cada vez más decidida, salí al jardín a buscar al anfitrión.

—¿Tenés hora?

Se sacó el reloj.

31

Recuperar las tetas me salió casi tan caro como a mi mamá.

Tomé el reloj y me sentí habilitada a besarlo. El vestido negro, el escote, la caricia de dedazo y el hombre naranja, todo me empoderaba. Bautista me apretó contra las columnas de cemento alisado, sentí su erección de toro angus. Arrastró mi cuerpo hacia las profundidades del cuartito de lavado. Apenas entrábamos, el lugar estaba atestado de cosas. Sillas apiladas sobre una mesa, cuadros apoyados sobre otros cuadros, floreros. Me subió encima del lavarropas y me bajó los breteles. Mis tetas brotaron buscando su boca. Las apretó fuerte y chupó despacio cada pezón. Jadeé, grité, dije su nombre en diminutivo un montón de veces. Bautista sonreía, agrandado. Y estaba bien, había devuelto mis tetas al cargo del que nunca debieron ser removidas. Acabé mientras me tocaba.

Estaba a punto de devolverle el favor cuando se detuvo, preguntó por Marcos. No supe qué contestarle y volví a besarlo, metí la mano en los bolsillos de su pantalón buscando preservativos. Me frenó.

—Perdoname, yo no hago estas cosas. No participo, me dejé llevar, sos hermosa.

—Dale, si ya llegamos hasta acá —insistí, estaba irreconocible.

—Volvamos con los demás.

Se dio media vuelta y desapareció en el jardín. Me tomé unos segundos para salir. Frustrada pero contenta, hacía años que no me sentía en el lugar de conquista, que alguien me atrajera después de una vida de monogamia con Facundo era una hermosa novedad. Me fui acomodando el vestido mientras avanzaba por el jardín en penumbras. Distinguí zonas con más muebles apilados, cuatro camas de una plaza sin sus colchones, tres mesitas de luz antiguas.

Entré al living, los swingers ya habían terminado la sesión de sexo duro para pasar a ser montoneras de cuerpos sobre la alfombra. Algunos, todavía desnudos, se manoseaban. Los grupos eran de más de tres. El chico del animal print seguía pasando música. Marcos, sentado en un sillón, me miró empacado. Después se levantó y se dirigió a la puerta de salida. Rapidísimo, busqué el celular en el cajón y corrí al perchero. Me sorprendí al ver a la chica bonita de los tragos hurgando en una cartera.

—¿Todo bien? —pregunté.

Levantó la mirada, tenía una tarjeta de crédito en la mano y el celular en la otra.

—Estoy pidiendo más MD.

Me quedé unos instantes midiéndola, había algo que no me cerraba, ¿por qué tan escondida si las drogas circulaban libres ahí? Ella dejó la tarjeta y el teléfono, se incorporó y me habló muy cerca, tenía olor a menta en la boca.

—¿Te vas? —Me acarició la pierna, me dejé. Si el anfitrión hubiera aparecido en ese momento la noche habría sido otra.

Dos bocinazos me recordaron lo enojado que estaba mi amigo. Agarré mis cosas y corrí al auto. Marcos manejó por las calles del country sin dirigirme la palabra. Al llegar a la garita del guardia pisó el acelerador y tomó la ruta. Su hermetismo no dejó entrar las disculpas, al tercer intento desistí. Esa noche intercambié mensajes *hots* con Bautista, me masturbé y dormí como un angelito. La mañana me encontró mucho más positiva, había traspasado la barrera del asco, y eso ya era un montón.

Grupo experimental, los ricos swingers. Pro: no me cayeron bien a primera vista pero hay un código de respeto y mucha más intimidad que en Fantasy. No se conocían y se integraron con facilidad. El anfitrión ¡qué lindo que es! Parece correcto, aunque el desliz conmigo lo tuvo y dejó la fiesta sola. Contra: Selva y Pablo no pertenecen a ese estatus social, voto de confianza para sus habilidades sociales, pero ¿y si se sienten incómodos? También está lo de la edad, no me gustaría que alguno de mis padres sufriera el rechazo. La chica bonita de los tragos me daba mala espina. Recopilación de datos medibles. Pro: hay condones a disposición y en cantidad. Contra: también viagra y éxtasis, combinación letal a los sesenta y cinco años con la condición cardíaca de mi papá. Ejecución: el experimento no me convencía, pero era mejor que Fantasy. Se me acababa el tiempo, el próximo fin de semana era el aniversario de mis papás. Mi *deadline*.

Sonó el teléfono, Marcos.

—Me clonaron la tarjeta.

Tardé un segundo en reaccionar. Me metí en la página del banco, con mi Visa habían comprado tres tablets y un pasaje a Tucumán. Me enredé en disculpas poco operativas, sabía que tenía que dejar que se le pasara pero me daba terror la idea de perderlo. Nuestra amistad no era tan añeja como para soportar un delito. Marcos cortó sin perdonarme.

Entré a Telegram. El canal @swingertop había sido cerrado y con él todos los mensajes de la noche anterior. El hombre con el que me había besado furtivamente en el lavadero se había convertido en un bot.

Escribí un mail al banco, no iban a contestar hasta el lunes. ¡Maldita mechera hegemónica! Tendría que haber escuchado a mi intuición cuando la vi agachada con las manos hundidas en la cartera ajena. Dedazo y el hombre naranja seguro se despertaron hoy con un descubierto en dólares. Por primera vez agradecí no ser tan solvente.

¿Dónde estaban los swingers decentes?

Fantasy es un lugar del que nadie puede regresar. No les iba a contar a mis padres acerca de

mi catastrófica participación en @swingertop, estaban tan desesperados que eran capaces de hacer la vista gorda con los robos e ir igual. Acepté la derrota, no había encontrado ese lugar seguro y limpio que les prometí.

Ellos me pidieron un tiempo. No el tiempo encubierto de Facundo en Bolivia, ni el caprichoso de mi primer noviecito cuando me dejó por la más linda del curso. Tampoco el lento transcurrir de Britany. Ni el ocioso al que nos había obligado mi jefa. Era un “hasta acá”. Daban por finalizada la complicidad que mi mamá me hizo creer que teníamos para que la ayudara.

Intimidad era la palabra que usaban para pedirme que entrara y saliera, darme, quitarme. Yo me metí donde no me llamaron, es verdad. También me excedí y, probablemente asustada por las imágenes que aún bailan entre mis parietales, instalé el pánico. Ellos nunca se van a hacer cargo de lo confuso que se volvió todo. Tenía que ser la hija dispuesta a conseguirles con quién coger y también la que sabe retirarse a tiempo. ¡No existe retirarse a tiempo acá! Es ir de lleno a la boca del lobo, si no, ni abro el cuentito. Y lo abrí porque ellos lo pidieron.

También porque tenía miedo.

No era momento para ofenderse, sacrifiqué demasiado para dejarlos solos justo ahora, pero pensar en volver a Fantasy y verlos me hacía subir un reflujo hepático. Necesitaba un niñero para estos dos.

32

DETECTIVE PRIVADO. INFIDELIDADES. EX SOCIOS. ESTAFAS.

Cuando rememoro no puedo creer hasta dónde llegué con tal de protegerlos. *Imaginarlos es peor que verlos*, Marcos no había dicho nada de enterarme por otros y ahí es donde entraba Aaron.

—Son gente grande que toda la vida se manejó de una forma y ahora quieren cambiar —expliqué.

No le iba a contar al detective pequeñito de Empera-triz III el pensamiento que rondaba por mi cabeza. Si les hubiera dado un nieto, quizás toda esta pavada ni siquiera habría entrado en consideración. Los abuelos no tienen sexo con otros abuelos.

Me aclaró que se pagaba la mitad por adelantado y la otra después del trabajo. Propuso seguirlos hasta Fantasy la noche del aniversario y presentar un informe el lunes siguiente.

—Haga foco en cuestiones de profilaxis, higiene sexual, peligro de muerte. Mi padre es cardíaco, de ninguna manera puede tomar viagra.

Aaron anotaba mis indicaciones en una libretita de cuero. Me pasó un precio equivalente a dos meses de terapia y acepté. Me sinceré, lo de no ir al psicólogo no era una cuestión de dinero.

Sacó un posnet.

—Me clonaron la tarjeta, hasta la semana que viene no voy a poder pagarte.

—Sin adelanto no trabajo.

¡Mercenario! Busqué en la billetera, tenía una extensión de la Gold del padre de Facundo. Mientras dudaba si usarla o no, recorrí la oficina con la mirada. Era parte del túnel del tiempo, pero a diferencia del local de Lala o las mercerías, tenía el encanto de los policiales que leíamos con mi mamá en la playa. Teléfono con fax. El monitor de tubo ocupaba casi todo el escritorio, que se completaba con dos fotocopiadoras viejas y una colección de lupas que no debe haber usado más que para perseguir alguna cucaracha. La luz apenas entraba y el machimbre marrón de las paredes proponía una base sepia. Varios diplomas corroboraban virtudes extintas: “Mecanógrafo Dactilógrafo Oficial”, “Lectura de signos corporales”, “Reconocimiento dactilar”, todos a nombre de un tal José Pérez.

—¿Y ese? ¿Su socio? —pregunté.

—Trabajo solo. —Aaron ni levantó la cabeza.

—¿Quién es José Pérez? —insistí para dejar en claro que él no era el único perspicaz.

—Yo.

Me quedé mirando su kipá, incrédula.

—Acá si no sos judío te cobran un alquiler de Recoleta —dijo, al mismo tiempo que ponía el puntito de su firma en un recibo que no tenía ninguna validez en un juicio por estafa.

Se apoyó en el respaldar y empezó con las preguntas de rigor.

—Selva Báez, Pablo Teiller. Ella, ama de casa, sale solo en auto, un Nissan de cambios automáticos, no me acuerdo el modelo; es uno de esos autos chiquitos que no tienen baúl. Él trabaja desde las ocho hasta las cuatro de la tarde en la mueblería que está en Álvarez Thomas al 800, sobre el lado derecho, un galpón grande con muebles a la vista. Estaciona a la vuelta. De ahí, los martes y jueves se va al gimnasio, los viernes tenis. Ella suele ir a cerámica dos veces por semana, toma un cafecito con su cuñada los viernes, mientras él está en tenis. ¿Necesitás algún dato más?

—Con eso para empezar estamos bien. A Fantasy ya fui.

No le dije que también lo conocía.

—Fotos de ambos.

Le pasé una de la última Navidad. Mi papá, en el medio de las dos. Pasaba el brazo por detrás de mis hombros y me apretaba, con ella mantenía cierta distancia. Hice zoom en la cara de mi mamá, tenía esa expresión tensa que le aparece cuando quiere disimular una pelea. ¿Qué habrá pasado? Seguro fue la época del anotador y las discusiones. Zoom en mí. Ese diciembre fue un mes bueno, lejos estaban Bolivia y el embarazo de Britany. Mientras Aaron tipeaba en un teclado enorme para sus manitos, me pregunté si el paso del tiempo también es pasar páginas. Si se puede volver atrás cuando no se entiende, o subrayar momentos para que no se nos olviden.

“Nadie te pidió que fueras”. Si volviera a escribir ese capítulo de nuestra historia, hubiera hecho lo mismo. Hasta acá pedían ellos, ayudarlos quería yo. Entré a Fantasy como los guardaespaldas van a examinar previamente las habitaciones de los presidentes, esperando que no hubiera una bomba oculta o un señor con venéreas. Intenté que al pudor se lo comiera la deformación profesional, pero todos los experimentos me salían mal. Ellos me aclararon que ya cumplí, incluso con su venia no pude apartarme de la investigación. Crecí pensando que los padres tenían las respuestas, ¿qué pasa cuando lo que cambia son las preguntas? Estaba segura de que no iban a poder arreglárselas solos. Mi papá levantó un negocio de cero, pelea con proveedores a diario. Mi mamá con tres huevos te inventa un almuerzo de cuatro pasos. Los dos supieron qué hacer en un parto. Esto es otra cosa.

—Voy a tener que cobrar un extra.

—¿Por?

El detective giró el monitor de tubo, en la página de Fantasy, debajo del ícono de HOMBRE SOLO había una aclaración: *el lugar se reserva el derecho de admisión y permanencia. En*

Fantasy bregamos por el respeto y la interacción amorosa. Cualquier descargo o denuncia realizada por las mujeres del lugar será motivo suficiente para expulsar al HOMBRE SOLO.

—Si voy hasta allá y no me dejan entrar, le voy a tener que cobrar igual; con el extra, le pago a una sobrina mía que a veces me da una mano y me hace de pareja.

Me pasó el monto. *Me clonaron la tarjeta, estoy usando la tuya para unos imponderables, cuando pueda te transfiero.* Le escribí a mi ex antes de pasarla por el posnet por segunda vez en quince minutos.

—¿En cuánto tiempo tendrás el informe?

—El lunes.

—¡Chau, José! —Lo grité, a ver si algún judío descubría el engaño y vengaba el vuelto que ese petiso acababa de sacarme.

33

We received a large number of applications this year, all of them of high quality, which made the selection process extremely competitive.

Los ingleses me animaban a seguir persiguiendo mis metas académicas y profesionales y esperaban que considerara aplicar en futuras convocatorias.

Hipótesis de mi rechazo. 1. Edad, ningún *college* quiere una científica opaca, cínica. 2. Mucha competencia, ya lo decía el mail. Nada que hacer, la crueldad del mundo. 3. Sabían que le había fallado a Britany.

Sentí las lágrimas bajar por mis mejillas; incluso sabiendo que era una reacción exagerada, no podía pararlas. Frente a mí, Marcos inmerso en sus videos que, desde el enojo, escuchaba con auriculares. Levantó la vista y me observó. Todavía no me perdonaba, pero no apiadarse de una mujer que lloraba era de mala gente. Entre sollozos le conté del rechazo y de mi ridícula hipótesis tres.

—¡Les fallo a todos! A vos también, perdón, perdón, perdón. No tendría que haberte obligado a acompañarme, encima las tarjetas. ¿Te devolvieron la plata? —no lo dejé responder—. Está bien que no me salgan las cosas, no me las merezco. No sé por qué pensé que podía seguir soñando con lo mismo que en la facultad, cuando claramente el tiempo me convirtió en una persona horrible, y a las personas horribles les va mal.

Marcos mantenía una prudente distancia.

—¿Me perdonás?

No contestó.

—Mis papás van a ir mañana, no al de los ricos, al otro.

Recién cuando se lo dije a Marcos me di cuenta de que me enfrentaba a un fin de semana de ansiedad, sin la esperanza de la beca y con la expectativa de que mis progenitores contrajeran alguna venérea que los llevara al hospital, donde seguro se pescaban alguna intrahospitalaria que los terminaría de liquidar. Murieron por intentar salvar la pareja. ¡Qué lejos estaba de dar la vida por Facundo!

Marcos me zamarreó.

—¡Calmate!

Preparó café mientras yo intentaba hacerle caso.

—Primero que nada sí, pero que sea la última vez, no de esto, de todo. Cuando dudo de algo que me pedís entendelo como un no, no empujés porque te quiero mucho y termino aceptando.

Me sorprendí tanto al escuchar sus últimas palabras que me apuré a contestar.

—Yo también te quiero mucho.

—Pará, dejame hablar. Segundo. Te rechazaron de una beca y por suerte todavía tenés la otra. Se postula un montón de gente de todo el mundo y andá a saber qué es lo que tienen en cuenta para evaluar. Eso no te baja el precio, ni pone en duda todo lo que estudiaste. Tercero, "para experimentar con especies vivas hay que pasar la línea de las contradicciones", y no te creas que a mí no me duele lo que hicimos o que no siento culpa. Pero hoy no podemos hacer nada, lo mismo con tus viejos.

Marcos tenía razón, ambas bacterias estaban circulando por el planeta, formando colonias, cada una en su caldo. Los resultados no se iban a ver ni mañana ni el lunes. Me miré las uñas, me quedaba un fin de semana para dejarlas en carne viva.

Con la excusa de devolverle lo de la tarjeta me encontré a tomar un café con Facundo, me propuso empezar a vincularnos de nuevo. Ahora usaba las palabras de moda. Yo era su *vínculo*, había que tener empatía y si duele no es amor, se atrevió a decir el maleducado. Me explicó que necesitaba un nombre para lo que teníamos, que entendía que yo no quería ser su novia pero no perdía las esperanzas de que en un futuro cambiara de opinión, luego hizo un análisis de nuestro presente lleno de frases de tapa de cuaderno artesanal. Apuré el café, ver a mi ex tan convencido de teorías progres aplicables a cualquier pareja menos a nosotros me mostró la real dimensión de nuestra distancia. O el viaje a Bolivia había calado hondo en sus convicciones o quizás todo este rejunte de palabras fue su forma de explicar nuestra separación. Hasta el día de hoy no termino de saber si Facundo entendió por qué lo eché esa noche del departamento.

Quise pagarle en efectivo lo que había gastado en los servicios de Aaron José López, pero no aceptó. Me autorizó a usarla a discreción, se hizo el preocupado y me preguntó cómo fue que me la clonaron. Contesté con una mentira poco creíble sobre la que mi nuevo vínculo no indagó. Cogimos en el sofá del primo. No acabé.

Mientras caminaba despacio a casa, sin querer llegar, le escribí a Victoria. Estaba dispuesta a sumarme a cualquiera de sus planes, hasta el más aburrido me parecía mejor que entrar a un departamento en el que ni siquiera me esperaba Batman. Decidí ser directa, ella siempre decía que no sé qué pedir, que soy ambigua y la gente no entiende.

Mis papas van a ir al swinger el mañana / Que genios! / Estoy re loca, no quiero estar sola ese día / *Gorda perdón que te tengo olvidada, años cortos, días eternos con estos pibes, no te digo de venir porque tenemos cena con las mamis de la escuela y sé que es un plomo para vos / no pasa nada / te juro que te extraño / no me jures te creo / vos cómo estás? / cuando tengas*

tiempo te cuento / *audio ya!* / Tres minutos de catarsis. Sin escuchar.

Me senté en un banco de la plaza del barrio con ganas de que me diera un surmenage y se borrara la memoria del último tiempo. Reaccionar del vahído con mis padres como eran antes, y Facundo cocinando ñoquis. ¡Hasta a Batman me bancaba con tal de tener un rato de paz! Había perdido demasiadas cosas el último año como para que me rechazaran en lo único a lo que aposté. Era injusto para la hija perfecta, alumna modelo y empleada del mes. Ni mi amiga de toda la vida me escuchaba el audio. La única buena noticia era pelada. Me autoinvité al campo, no hizo falta rogarle, hasta se mostró contento y se ofreció a buscarme. Me recogió por la plaza una hora después. Fui con lo puesto, no quería ni entrar al departamento.

El Corsa estaba mucho más limpio, del espejito retrovisor colgaba un muñequito de Einstein muy simpático que se bamboleaba con cada pozo. Marcos se aventuró a velocidades ridículas por caminos de tierra. Íbamos distendidos, hablando de cualquier cosa, algo nuevo para nosotros, siempre preocupados o intentando dilucidar conspiranoicas. Por la luneta trasera unas nubes negras nos perseguían. En un bache de silencio, sacó la mano de la palanca de cambios y la puso sobre la mía. Un gesto chiquito, de segundos. Después siguió hablando, como si supiera que necesitaba ponerle FFW al instante. Me contó más de su mamá. Edith y Selva. Mujeres que estuvieron mientras los varones salían a hacer cosas. Mi papá no se fue, pero en la época que levantó la mueblería era un espejismo. Salía de casa antes del amanecer y volvía cuando yo ya estaba acostada. Mi mamá inventó un juego para compensar su falta. Antes de dormir, escribíamos una lista de cosas que nos gustaría hacer con él cuando todo lo del negocio se acomodara. No recuerdo qué puse; sí, de lo impaciente que me ponía la esperanza.

La novia de mi amigo estaba apostada en la entrada con su expresión de terrateniente y esa sonrisa de blanqueo anual. Él se bajó y le estampó un beso húmedo, insistía con atarse el suéter al cuello con doble nudo. Juntos abrieron la tranquera. Un rayo se perdió en el horizonte sojero, hasta los pájaros sabían la que se venía. Con las últimas luces del atardecer, fuimos a ver a Britany.

La encontramos echada con otras cinco alrededor, la cabeza muy cerca de la de una vaca manchada, las patas en contacto con la cola de otra.

—¿Sabías que tienen mejores amigas? Se comunican con un lenguaje propio, generan lazos y vínculos.

Entre las nubes encapotadas, asomó, apenas, la luna y nos regaló un tiempo más con ellas. Me acerqué lo más que pude, el ojo se le movía dentro del párpado en una especie de REM.

—Duermen mejor si están con otras.

Fue inevitable pensar en la noche que les esperaba a mis papás en Fantasy. El cuarto de parejas con las luces bajas. La espalda pecosa de mi padre besada por una boca de rouge rosa nacarado, mi mamá frotándose contra el cuerpo fofo de algún señor con colgajos. Manos arrugadas sosteniendo genitales largos que perdieron la batalla de la gravedad. Olor a viejo.

Marcos me sacó de la pesadilla con una noticia importante.

—Me voy a quedar, estoy durmiendo más acá que allá —confesó—. Falta apenas un mes y chirola y no quiero seguir al pedo en el laboratorio.

Estábamos en cuclillas, trastabillé y apoyé las rodillas en el pasto húmedo. La vaca abrió los ojos, me miró como a un verdugo. Un hilo helado recorrió mi columna vertebral. Me senté en el piso y sentí cómo el pantalón se empapaba de rocío.

—¿Para vos sabe que la enfermamos? —pregunté.

Britany se dejaba acariciar, y eso me hacía sentir más miserable.

—¿Vamos? No me da más la cabeza ni la culpa —pedí antes de morirme de tristeza.

La vaca cerró los ojos, levantó apenas la cola y la depositó sobre su mejor amiga. Nos levantamos como dos villanos que serían condenados por la historia, caminamos por el sendero de los ombúes. Las luciérnagas nos indicaron el camino, armaron una filita de luces que nos condujeron a reparo. Miré a Marcos derrotada:

—Murciélagos nos merecemos.

34

La tormenta nos dejó llegar hasta la casa. Mi hambre rayaba lo grosero, por suerte la mesa estaba puesta. Mery tuvo el buen gusto de preparar un menú vegetariano así que comí sin fondo ni cuestionamientos morales. La cena fue lo que mi mamá llamaría distendida, ni una sola vez entramos en los tópicos escabrosos que anteceden a la tensión. Marcos estaba mimoso y atento, su novia se dejaba.

El primer trueno retumbó en el techo de tejas e hizo temblar los vidrios. El gaucho apareció por la puerta de servicio para avisar que podían caer piedras y Marcos corrió a guardar el auto bajo techo.

—Nunca se sabe, pero si caen son meteoritos —dijo Mery mientras sacaba unos bombones importados—. ¿Café o seguimos con el alcohol?

Me encogí de hombros. Trajo coñac y whisky.

Marcos volvió todo mojado, ella lo cubrió con una toalla y lo besó como a un héroe. Así es al principio, cualquier pavada tiene épica. Para no soportar el beso de lengua desconsiderado y rarísimo, pegué mi rostro a la ventana. Los árboles con sus copas moviéndose de un lado al otro eran señores altos negando la belleza del mundo. El agua subía por el pasto prolijito, el flash de un rayo que caía a lo lejos iluminaba por breves instantes la inmensidad de soja. La lluvia en el campo es un paisaje en sí mismo, mi amigo hacía bien en quedarse y no volver al laboratorio. ¿Estaría lloviendo en Fantasy? ¿Mis padres se habrían mojado al entrar? Cerré con candado la puerta que intentaban abrir los zombis, para algo le pagué fortuna a Aaron José López.

—Te vas a tener que quedar a dormir, cuando se inundan los caminos ningún remís viene —advirtió Mery apoyada en el hombro de su princeso.

Le pregunté al gaucho si Britany y sus amigas estaban a reparo. Me miró como si hubiera dicho una obviedad y se fue a su casilla. Nos quedamos los tres solos, tomamos coñac mientras veíamos el ocaso de los temas de conversación. Mery hizo uso de la impunidad de los dueños y anunció que se iba a dormir. El pollerudo de Marcos la siguió, así que a mí no me quedó otra que hacer lo mismo.

Se me asignó la habitación de invitados, pegada a la de ellos. Baño en suite, cama de dos plazas y muchas muchas frazadas. Sobre la mesita de luz me dejaron un cepillo de dientes sin usar.

—Para vos, que duermas lindo —dijo la cheta.

Me dormí enseguida.

A la media hora desperté toda transpirada. Una pesadilla, algo con mis papás y Fantasy, tan aterrador que mi instinto de supervivencia no volvió a traerlo. El corazón iba a mil. Una ducha a lo mejor me calmaba. Ahí fue cuando los escuché.

—Pedímela —La voz era del asqueroso de Marcos.

Risita, ¿jadeo? Qué raro gimen.

—Dámela.

—Pedímela mejor, que sepa que la querés toda.

—La quiero toda. ¿Querés un dedo?

—Dos.

Quería gritar "hasta acá", pero no lo hice. Me senté en el inodoro y pegué la oreja a la pared, desde ahí llegaba mucho más nítido.

—¡Vení, preñame, tirámela toda adentro!

O Mery no tenía vergüenza o pensaba que la piedra histórica que nos dividía absorbía su show. Siguió el chingui chingui de la cama de resortes.

—Dámela, inmundo. Ay, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí…

El ritmo de los cuerpos se aceleró. Las guarangadas, cada vez más sucias, estaban intervenidas por vocabulario gauchesco. Le puse el cuerpo al experimento. Cerré los ojos, quizás si me calentaba entendía el morbo de mis papás. La cama sufría. Escuché un chirlo y sospeché que podían estar usando un rebenque. Al grito agudo de Mery le siguió el sonido molesto de besos secos. El ritmo de los resortes volvió a tomar velocidad, Marcos pedía chanchadas, ella jadeaba como si tuviera EPOC, gritaba "más". Yo, con los ojos cerrados, sin creatividad para generar una sola imagen. Silencio de segundos, la paz que antecede al rugido final, gutural y grave del dragón pelado.

Podría haberme masturbado mientras los imaginaba, como hizo mi mamá en aquel otro campo. Tocarme usando sus voces como doblaje de una escena erótica donde mi partenaire fuera Brad Pitt, o una más real con Bautista. Ir por más y entender que esa cantata sexual de federalismo pampeano era una invitación a tocarles la puerta. Pero no. No sentí más vergüenza que la que siento cuando escucho un secreto de refilón. Esa noche, sentada en el inodoro antiguo de un casco de estancia, fue lo más cerca que estuve de ser singer.

35

—Me quiero separar.

—¿Qué pasó?

Al “hasta acá” se lo comió el escándalo.

Llegó con los ojos hinchados, envuelta en el saquito. Me dio un beso rápido como si no hiciera dos semanas que no la veía y se desplomó en el sillón. Se me borró el enojo, el sentimiento de exclusión y todo lo que había ensayado para decirle cuando apareciera. Las palabras temidas de la infancia habían sido dichas. El catalizador no fue el tiempo, ni las crisis económicas, ni el nido vacío, ni siquiera el cáncer.

—¡Lo que vivimos en ese lugar! No, el lugar no tiene la culpa, la culpa la tiene tu padre.

Me senté a su lado, le apoyé la mano en la rodilla. Un gestito piadoso que, en vez de calmarla, detonó el drama. Esa tarde mi mamá gastó sus lagrimales. Los meses anteriores cayeron sobre sus sesenta y cinco años, y lloró. Por el pezón mentiroso, por el esfuerzo de erguirse sobre la gloria de sus nuevos pechos y aun así seguir sintiendo que no era suficiente. Por lo difícil que sería olvidar, por la bronca que le daba odiar a su compañero de vida. Esa tarde mi mamá lloró como nunca por haber perdido el talento para dejar las cosas quietas y acomodadas.

Versión de Selva.

Ya en la fila estábamos nerviosos, ¡mucha gente! Yo los veía más jóvenes, papá decía que no, que estamos en edad, ¡qué vivo! Él porque parece menor que yo. Estaba buen mozo con el saco y la camisa cuello mao que le regalamos para el cumple, se había hecho un Koleston y se bañó en el perfume que le trajiste del free shop.

Antes de entrar le dije feliz aniversario. Empezó el show ese que dijiste. Lo mirábamos y yo, nada. No me gusta eso, ¿sabés qué me parecía? Que la chica estaba harta, no cansada, ¡harta! Empecé a imaginarme qué estaría pensando y me sentí mal. Pusieron música, papá me sacó a bailar, me dijo que me dejara de joder, que cambiara la cara. Se nos acercó una pareja, Beba y Lucho, la mujer muy elegante, con el pelo cortito varón. No era linda pero sí segura. El marido no me gustaba, se lo dije a tu padre antes para que no insistiera. Pero él estaba como se pone cuando hay gente nueva, acaparaba, gritaba, se hacía el cómico. Los otros dos le festejaban todos

los chistes, dijeron de comprar un champagne entre los cuatro. Aceptamos. Lucho se notaba que era buen tipo. Beba superamable, no esas vampiras comemaridos, nada que ver. Me preguntaba cosas, conversamos un rato largo de los hijos mientras tu papá y el otro hablaban de fútbol. En un momento, Lucho me toca la pierna por debajo de la mesa. ¡Me puse re nerviosa! Era feo, y Beba no tanto, tu papá tenía todas las de ganar. Le pedí que me acompañara para ver cómo era el cuarto ese donde van las parejas antes de decidir. Me daba bronca haber hecho todo este lío y no avanzar, Beba y Lucho nos acompañaron.

El olor que vos decís, la verdad no me pareció. O sea, la gente va a tener sexo, tampoco vas a pretender que haya olor a flores. La luz estaba bien, no se veía detalle de nada, pero ¿y si cuando me tocaba se daba cuenta? "No me gusta Lucho", le dije otra vez a tu papá, que se hacía el sordo. Beba se le acercó y lo acarició. Se abrazaron, ella le pasaba las manos por la espalda, después se dieron un beso. Me dio impresión, no sé si eran celos o qué, antes de que pudiera darme cuenta de qué me pasaba con ver a tu papá besando a otra se me acerca Lucho, tenía rico perfume, aliento a caramelo de mentol. La luz estaba baja así que cerré los ojos y le di un beso. Desde chica que no beso a otra persona que no sea tu padre. Lucho besaba bien. Cerré los ojos y me quedé ahí, me acariciaba lindo, despacio, como a mí me gusta. A tu papá lo perdí. Lucho me saca la remera y me empieza a dar besos en el cuello. Me desabrocha el corpiño de un solo movimiento, yo me entregué. Baja por el escote, me las agarra. No sé si fue por las cicatrices o justo que tuve la mala suerte de que apoyara la boca en la del tatuaje. Frenó. Se dio cuenta, dije. Porque me miró con lástima o asco. La luz estaba baja pero la cara se la vi, te lo juro.

Empecé a buscar a tu papá, estaba en calzones, en la cama del medio con Beba, al lado había más gente pero, como te digo, no se veía mucho. Me acerqué, no me importó interrumpirlos, no es que estaba celosa. ¡Triste! Me quería ir. Él me miró con esa cara que pone cuando se quiere quedar. ¡Me dio una bronca! Me contestó algo que ni le entendí, Beba estiraba el brazo y me acariciaba.

Me fui. Sola, lo dejé ahí. No sé qué hizo, lo que te digo es que llegó a las cinco de la mañana, todo trasnochado. Me encerré en la habitación y le dije que se fuera, pero no se iba. Se tiró a dormir en el sillón del living el desconsiderado.

Lo odio, no quiero verlo más. Pensé en separarme, no importa que esto haya sido mi idea ni que los dos hicimos un trato y si uno se quería quedar, se quedaba. ¡No me importa! ¡Él tenía que acompañar! El que acompaña no se queda. Estoy segura de que estuvo con Beba y no sé si con dos. No, no, no le da el piné para dos.

Hizo una pausa larga, miraba el punto fijo de un azulejo roto.

—Me quiero morir.

Sonó el teléfono. Las dos sabíamos quién era.

—No atiendas.

—Si no atiendo, va a venir.

—Y bueno, no le abrís.

—Mamá, yo no voy a tomar partido por ninguno, ya hice todo lo que me pidieron.

No era conveniente entrar en reclamos. Imposible.

—Esto de los swingers fue idea tuya, rompiste las pelotas con ir cuando te dije que era un asco, después me dijiste que necesitaban intimidad, ¡bueno, hagan uso! Hablen como personas de sesenta y cinco años que son.

—No entendés nada.

Se levantó del sillón, manoteó la cartera y me miró como a una traidora.

—Y sos mala. —Portazo.

Dos horas después sonó el timbre. No hizo falta preguntar quién era.

—Abrí.

—No está acá.

—Bajá.

Seguía con la camisa cuello Mao, los pelos que se puso cuando me recibí despeinados. No lo saludé con un beso.

—Ya sé todo y no quiero hablar. —Ahora el *hasta acá* lo ponía yo.

—¿Dónde está?

—No está, te dije. Se fue enojada la caradura.

—No le digas así.

Estuve a nada de gritarle: ¡Váyanse los dos a la mierda! Una mujer bajó del ascensor y pasó por delante de nosotros. Mi padre le dejó lugar para que saliera. Estábamos en el palier, afuera llovía.

—¿Me vas a hacer pasar?

No le contesté.

—¿Te das cuenta de que tu madre se volvió loca?

No era una novela venezolana, era el nuevo terror. De pronto Freddy y Jason me parecieron bebés de pecho. Imaginarlos es peor que verlos. Marcos no me advirtió sobre el peligro de escuchar sus versiones.

Versión de Pablo.

Lo primero que te voy a recordar es que tu madre quiso ir, yo no fui el de la idea, la acompañaba. ¿Qué es eso del celular? Me daba mala espina. Te dicen que es porque hay famosos, pero yo no vi a ninguno. Me quedó un rato la persecuta de que entraran a la aplicación del banco y me afanaran. Después, dije ya fue. Estaba nervioso, me daba un cagazo increíble que

no me eligieran, que no se me parara. No sabés cómo te juega la cabeza en ese momento. Ellos lo deben prever porque te meten a los bailarines que se quedan en bolas, y al principio dije ¡qué boludez! Y después entendí, lo hacen para que entres en ritmo. Vino un matrimonio, ¡macanudísimo! Se puso a hablarnos, gente linda para compartir, se los veía compañeros. Nos estaban empezando a contar cómo llegaron ahí cuando tu madre se rayó. Le pregunté qué pasaba, dijo que quería ver bien cómo era atrás. Fuimos a la puertita de parejas. ¡Un cogedero! Al principio el olor a bolas era impresionante, después te acostumbrás. Algo hay que la gente va, todas esas personas no son boludas, y yo me quedé mirando a ver qué le encontraban, y la verdad es que algo le encontrás. Después de un rato es como un baile, yo pensaba que me iba a dar asco, pero no. Vino Beba, la mujer del matrimonio que te dije, me abrazó. Muy afectuosa al principio, después me empezó a acariciar. Imaginate que para mí era rarísimo. Busqué a mami con la mirada, pero no la veía, Beba se zarpó y me desabrochó el cinturón. Nos acercamos, no me acuerdo quién empezó pero nos dimos un beso. Lindo la verdad, pero yo estaba traumado pensando si mami estaría bien, si estaba celosa. En un momento vi que se estaba dando un beso con el marido de Beba y me relajé. No sentí celos, dije qué bueno que se divierte con todas las que pasamos. Beba me llevó a la cama, se notaba que ella tenía experiencia, porque pedía permiso a los que estaban ahí desnudos y se acostó tranquila. Estábamos ahí tirados dándonos unos besos y apareció tu mamá, histérica. Me hablaba muy bajito, no le escuchaba. Después salió corriendo. Tardé dos segundos en salir porque estaba en calzoncillos. ¡No sabés qué vergüenza! ¡Y qué frío! Iba en calzones y medias por el pasillo pero no la veía, el boliche estaba lleno, tu madre no aparecía. Volví a entrar, quería buscar mis cosas para ir al guardarropas y llamarla.

Hizo una pausa, bajó la cabeza.

—Me quedé.

Las placas tectónicas estaban una en cada punta del continente, el piso se rajó. Yo, con una pierna a cada lado de la grieta, que cada vez era más ancha, más peligrosa.

Un par de lágrimas asomaron. No supe si era el alivio de contar su versión o si al escucharse se daba cuenta de la gravedad de lo que hizo. No lo abracé, su cuerpo estaba infectado por la bacteria Fantasy.

36

Fecha del hecho: Sábado 6 de junio de 2018. Lugar: Fantasy Club Swinger. Cónyuges: Selva Báez, 65 años, contextura pequeña, pelo enrulado hasta los hombros, viste pantalón sastrero negro, musculosa oscura, saco de hilo color camel, y Pablo Tellier, 65 años, alto, corpulento, físico deportivo. Viste traje camisa negra bordada cuello Mao. Llegan juntos aproximadamente a las 11.45 horas. Se colocan al final de la fila, hablan por lo bajo. En la fila, hombres y mujeres en parejas mixtas heterosexuales desde 45 a 70 años. Bien vestidos, de clase media a alta. La fila comienza a moverse a las 12 en punto.

Selva y Pablo ingresan. Ella pide un fernet con coca y él un whisky doble. Pablo paga un extra para que cambien la marca del whisky. Observan el espectáculo de sexo en vivo. Selva parece nerviosa, se mueve por el espacio sin despegar la vista del escenario. De Pablo Tellier no podemos aportar datos certeros ya que permanece en un lugar oscuro que dificulta la visión. Antes de que termine el show son abordados por una pareja de aproximadamente 60 años. No se recabaron fragmentos de la conversación debido al volumen de la música. Piden un champagne, se sientan en una de las mesas de la pista.

1.35 a. m. los cuatro se dirigen a la puerta de “Parejas”. Ingresan. Sector parejas: siete dúos mantienen sexo en simultáneo. Pablo Teiller, Selva Báez y la otra pareja se detienen cerca de la puerta de entrada. Observan unos minutos. Las parejas se separan. Pablo y la mujer de la otra pareja se alejan hacia el centro de la pista, ahí se abrazan. El abrazo deriva en beso. Luego ella le baja el pantalón y toma el pene entre sus manos. En otro sector del lugar, cerca de la puerta, Selva y el hombre de la otra pareja comienzan a besarse. Pablo y la mujer se dirigen a la cama del centro, se abren paso entre cuerpos y ocupan uno de los extremos. El hombre le saca la remera a Selva, le besa el escote. Luego el corpiño cae al piso. Comienza a besarle los pechos. Frena de golpe, da unos pasos hacia atrás. La poca luz impide hacer apreciaciones sobre sus gestos. Selva busca el corpiño por el piso, lo encuentra, se lo coloca rápido. Lo mismo hace con la remera. Va en busca de su marido, tarda en encontrarlo, interrumpe a una pareja que tenía sexo contra la pared. Se acerca a la cama del centro y lo encuentra. Le habla al oído. No se puede precisar el diálogo. Selva toma sus cosas y se retira del establecimiento. Pablo Tellier la sigue en calzoncillos y medias. Hace unos metros por la pista y regresa al sector “parejas”. Busca su pantalón y la camisa, la mujer de la otra pareja lo intercepta, vuelven a besarse. Se retiran a un

lugar oscuro, él se apoya contra una pared y ella le baja el calzoncillo. La felación es practicada sin preservativo.

Firmado: Aaron José Pérez. Detective Privado Matrícula 45678.

No hay pódcast de psicología que pueda darme tips para eliminar este nuevo trauma. El detective debe haber visto mi expresión porque enseguida se defendió.

—Me dijo que hiciera hincapié en cuestiones de profilaxis.

Ni le respondí, era un pésimo niñero.

—Me tomé el atrevimiento de dar un paso más. Intuición de entendidos.

Su voz me llegaba con eco, debía ser el impacto emocional. Sentía las facciones entumecidas y dificultad para reaccionar. Aaron José Pérez extendió el brazo y me entregó otra carpeta color amarillo con más papeles. En esta había fotos.

Abrí la carpeta y leí la segunda parte del informe.

Segunda unidad, a cargo de Mariana Pérez (sobrina de Aaron José Pérez). Ubicación de la segunda unidad: Pista. Hora del hecho. 4 a. m. De a poco se vacía, el guardia del lugar fija su mirada en una mujer. Anotación: Más joven que el promedio de los asistentes (tachado). Corregido y resaltado: diferente al resto de los asistentes. Escrito al margen: opinión subjetiva, la clienta puede no tenerla en cuenta. La detective recomienda tenerla en cuenta. Definición: una intrusa.

La foto mostraba a una rubia vestida con trajecito estilo Jackie Kennedy y botas de caña media. Alta, con pelo largo y gesto enfático, como si estuviera discutiendo. A su lado un patovica vestido y gesto adusto.

El patovica se dirige a la mujer y la increpa. La discusión sube de tono y se escuchan gritos. No se pueden precisar datos concretos.

Ráfaga de fotos. El patovica tomándola de ambos brazos / Ella intentando soltarse / Ambos atravesando el pasillo de los dildos / ella en la puerta de Fantasy.

La encargada de la segunda unidad la sigue. La intrusa se arregla la falda del traje y se acomoda el pelo. Sus ojos están vidriosos, pero mantiene la compostura. La encargada de la segunda unidad le pide un cigarrillo y le pregunta el nombre. La mujer contesta.

CUARTA PARTE
Los amigos de mis papás

37

Conocer a Nora fue el principio de un final nada predecible. Por lo menos para mí.

El informe del detective concluía con su nombre, teléfono y dirección. No sabía cuánto me iban a ayudar esos datos pero estaba lista para volver a ingresar a la intimidad de mis padres. Esta vez me necesitaban más que la anterior, esta vez no me iban a echar.

Salí de la oficina de Aaron José Pérez, atravesé cada una de las venas de la Emperatriz. Cuando estaba a punto de salir volví sobre mis pasos. Lala.

Con dos golpecitos en la vidriera conseguí llamar su atención. Sonrió, dejó por un segundo de pintarse las uñas en uno de esos aparatitos que dicen que dan cáncer, casi le advierto, pero hubiera sido un gesto antipático.

—¿Cómo está tu mamá? —preguntó, apagada.

—Del tatuaje bien, cicatrizó.

—¿Y lo otro?

—Lo otro andá a saber cuándo cicatriza.

Asumí que Lala sabía, o quizás solo necesitaba decírselo a alguien.

—¿Estás bien? —le pregunté, sus ojos lloraban secos.

—Sí, va a pasar.

Sin que me invitara, tomé asiento en el sillón rosa chicle.

—¿Tu novia?

Se mordió el labio inferior y la angustia asomó.

—Los otros —afirmé haciéndome la amiga.

—El amor es un quilombo.

Iba a empezar a contarle algo de mi historia con Facundo, de egoísta nomás, se notaba que Lala no necesitaba más novelas que la suya.

—No te ofendas, tengo que tatuar a un musculoso en un rato y me quiero poner linda —dijo sin pruritos.

Me fui. Ni un beso ni un abrazo, al final de cuentas, nuestros mundos no volverían a cruzarse. Me metí en el laberinto oscuro del tiempo detenido. Los tubos fluorescentes titilaban. Nunca termino de creer en esa parte de la historia. Hace poco regresé a la galería y el local de Aaron José López estaba vacío, dudé entonces si había tenido la suerte de conocer al último detective

del Once.

No quiero desviarme. Nora.

El encuentro fue en una sala de té, la reconocí no bien entró. Una intrusa incluso en el *point* que ella misma propuso. Era imposible ignorarla, la sutileza de sus rasgos convivía cómoda con unos ojos verdes como luminarias. Del traje de flores enormes y coloridas se escapaba una remera dorada. Ropa que los ciudadanos de a pie no nos animamos a mezclar, pero tampoco termina de ser osada. Caminaba sin desajustes vertebrales, como si hubiera nacido arriba de esos *stilettos*. El pelo dorado hasta la cintura permanecía quieto, como quiero que se quede el sol justo antes de que se lo trague el mar.

De joven había sido modelo, eso me lo contó después de un par de *blends*. En un desfile conoció a Charly, un representante de jugadores de fútbol con el que se casó poco tiempo después. El matrimonio duró lo que su paciencia y una noche de octubre se fue de su casa de Belgrano para no volver.

—Me harté de que me engañara con cualquiera. Todas peores que yo. No había una que me llegara a los talones, y eso era lo que más me deprimía.

En el divorcio Nora no pidió dinero ni la mitad de nada. Exigió parte de la cartera de pases de su ex. Charly aceptó, le cedió dos mediocampistas colombianos de poca disciplina.

—Me tiró una limosna, los pibes eran dos requechos que por esas cosas del destino y la religión terminaron siendo cracks del Valladolid. Hice plata como para quedarme tranquila por un tiempo. No iba a ser nunca tan rica como Charly, pero lo consideré una linda venganza. Seguía enojada, vos no sabés lo humillante que es ir a un bar pensando que tu esposo se volteó a la moza. Estuve muy mal los primeros meses, no me recomponía, pensaba que era por lo jodido del engaño, después me di cuenta de que estaba enamorada. Vos pensarás: ¿de qué? Y no sé de qué se enamora una, de la vida con él, de que me mirara como si fuera única, aunque sabía que lo hacía con todas. No importaba. Ese amor fue toda la falopa que no consumí de joven.

Me pregunté si alguna vez tomaría de la misma, con Facundo seguro que no.

—Separada, rica, pero al pedo como nadie, controlé los contratos, adorné a los pastores que los acompañaron a España, y cuando me pagaron me di cuenta de que ya no me quedaba nada. Para modelar estaba grande y mañosa. Cuando me casé con Charly me zarpé con algunas declaraciones y quedé en una lista negra de la que tampoco me interesaba salir. Y estaba hecha pelota, y andá a venderle un yogur a alguien con esta angustia en los ojos.

Buceé en el verde profundo de su mirada, la tristeza estaba instalada como una noche de agosto en Ushuaia.

—Elegí un departamento, lo decoré, pero eso también me cansó. ¿Cuánto sostenés comprar cuadros y floreros? ¿Para quién? Si llegás a tu casa y estás más sola que la una. Ya está, dije, ¡me enamoré como se enamoró mi vieja del hijo de puta de mi viejo! Debe ser de familia. Y tampoco fue consuelo. Yo amaba a Charly, lo amo todavía. —Lo buscó en las maderas del cielorraso—.

Nadie en el mundo lo va a reemplazar, sobre todo por lo que pasó después.

Nora tenía cuarenta años, una vida de amigos ocasionales, caprichos caros y un departamento de revista al que, al final del día, no quería volver. Un viernes de noviembre, Charly la llamó por teléfono. Tenía insuficiencia renal grave a causa de una diabetes avanzada que se podría haber evitado con una vida más aburrida.

—Cuando lo vi tan desmejorado, sentí que me moría con él. Lo primero que hizo fue pedirme perdón, me dijo que nunca había dejado de amarme —se pasó las yemas de los dedos por los lagrimales—. No te las repito porque empiezo y no paro.

Esa noche cerraron el bar y fueron a su casa, ella lo abrazó y le pidió que se quedara a vivir ahí. Él quiso tener sexo, pero su cuerpo no le respondió. A Nora eso la dejó más tranquila. Se prometieron no volver a intentarlo, tampoco separarse.

—Sin sexo, de hospital en hospital y con mil noches en vela, fueron años felices. Tuvimos todas las conversaciones que los celos nos habían impedido cuando estábamos casados. En esos años tan raros entendí que el amor nunca había estado en juego. Tampoco era mi culpa que se me estrujara el estómago cuando lo imaginaba con otra, ni compararme con esas chiruzas gronchas, crotas, bobas, pobres, fieras, estúpidas —enumeraba con odio vetusto—. Nunca debí haber dudado, y él tendría que haberse animado a decirme lo que necesitaba.

Si había metido tres frases en las dos horas de charla, era mucho. Nora era hipnótica y astuta. No dejaba espacio para la repregunta, estaba demasiado cómoda en su relato y no parecía dispuesta a abrir la puerta de la vulnerabilidad. Tampoco era un *paper* ensayado, era autoritaria en su sinceridad.

—Y lo que Charly necesitaba era que yo no fuera la única. Sexo con todas, amor conmigo. Lo mismo para mí. Quería que me sintiera deseada, ver cómo disfrutaba o saberlo, y pensar que él tampoco era el único. El uno para el otro, no los únicos.

Sacó una hoja doblada en cuatro y me la pasó.

—Leela —me pidió.

Mi amor: Te elegí para vivir mis años jóvenes y no supe ser claro. Te entristecí y te hice sentir insegura. Cuando nos separamos me transformé en un viejo barato, berreta. Todo lo alocado que me interesaba dejó de interesarme, porque vos no estabas cuando llegaba a casa. En una vida ideal me hubiera gustado que estuvieras ahí para contarte mis aventuras, y que vos me contaras las tuyas. Y que la casa se llenara de amigos en los que depositar los deseos y después reírnos. Y saber que al final del reviente nos quedaba la verdad. Nosotros. Estoy con el tanque en reserva, pero no angustiado. Miedo, cada tanto, más por vos, por cómo vas a quedar, pienso que si pasara al revés y fuera yo el que te perdiera, no sé cómo haría, quién sería. Prometeme que te vas a transformar en otra, prometémelo, es la única forma de que me vaya en paz. Te amo. Charly.

—La encontré en su cajón cuando desarmé sus cosas. Se murió un catorce de febrero el hijo de puta, me dejó la representación del goleador de River y una joven promesa del Barcelona. Al velorio vinieron todos, técnicos y jugadores, los amigotes del billar, el dueño del bar que ni siquiera ese día dejó de mirarme el culo. Lo lloramos, después servimos champagne y nos quedamos hasta el amanecer tomando merca. Yo no tomo, pero esa noche tomé. Al otro día empezaba lo imposible, que no era vivir sin él. Eso lo hice una vez, podía volver a hacerlo. Tenía que transformarme en otra sin indicaciones. Pasé días buscándole la vuelta. Una noche, simplemente apareció. Estaba en un bar con unas amigas de la época del modelaje, veteranas con buena genética. Tres señores de nuestra edad se nos acercaron, coqueteamos. Terminamos en la casa de uno de ellos. Fui la primera en sacarme la ropa, despacio, en el living. Me acerqué a mi amiga María y le quité la remera. Amanda dijo que no quería que la tomaran por puta y se fue, Sabrina y Gisel se sacaron los pantalones. María y yo ya estábamos en bombacha y corpiño. Disfrutaba de verlas. Las mujeres somos más lindas, no es que sea lesbiana, es que somos.

Nora tenía cuarenta y tres años cuando se quedó en tetas por primera vez delante de tres hombres y tres mujeres. Bailó, aunque siempre dijo que no sabía bailar. Se sintió bien, miró a su amiga Gisel y las dos se sonrieron. Se besaron, le encantó, volvió a aclararme que no le gustaban las mujeres. No le preocuparon la celulitis ni la flacidez. Los señores eran amables y parecían enamorados, así que también los besó.

—¿Viste cuando te miran como si fueras una diosa? Eso éramos, diosas, y ellos emperadores. Faltaban las uvas. No importó, esa noche fue un banquete. Había uno que se quedó un montón de tiempo pasando la mano por mi pelo, desde la cabeza hasta el final de la cintura, y bajaba por la cola. Nos acostamos todos con todos y los prejuicios que pensaba que iba a tener no los tuve. Es re lindo tener sexo sintiéndose preciosa, ¿no? Bueno, imaginate si no son dos, sino dieciséis ojos. Fue en el living de un departamento que si me preguntás dónde queda, no sé, que encontré el tesoro escondido que me había dejado Charly antes de partir.

38

Reuniones mensuales de no más de veinte parejas, sedes rotativas, siempre priorizando la comodidad y el buen gusto. Me mostró fotos de jardines con camastros gigantes divididos por cortinas, livings donde parejas elegantes reían, barras con tragos frutales. Todo muy parecido a la jodita del country pero con otra aura. Cada grupo tenía asegurada una reunión semanal. Se dividían por rango de edad de cuarenta a cincuenta, de cincuenta a sesenta y de sesenta a setenta.

—¿Los de setenta van?

—Te sorprenderías.

Nora hablaba como una gestora inmobiliaria, explicaba con detalle y orgullo los beneficios del sistema que había inventado. Como los lugares eran rotativos, no entraban en la rutina; a ella le divertía pensar cómo decorar los espacios para cada fecha. No había shows ni nada montado para poner en ritmo a la gente. Entendía que si vas ahí estás dispuesto al placer, pero no obligado. Sus encuentros eran puro presente, no hacía falta tener sexo siempre, se habían gestado grandes amistades y hasta un par cerraron negocios.

Apenas me dejó meter un bocadillo le pregunté por la profilaxis.

—Se les entregan preservativos en la puerta, la regla es usarlos hasta para el sexo oral, si alguien no acepta se lo invita a retirarse.

Su seriedad me hacía sentir segura, pero la curiosidad se imponía. Necesitaba que continuara con la historia de su metamorfosis. Tenía que entender la génesis para terminar de confiar en que mis padres estarían a salvo. Después de un par de copas se soltó.

—Al principio era entre nosotros, mis amigas y los señores. Funcionó un tiempo, nos convertimos en un grupo de amigos, hasta hicimos un viaje. Después la cosa se oscureció, dos de las chicas empezaron a competir, eso de la sororidad que se usa ahora no es para nosotras. ¡Somos modelos! Así como me ves, yo era una de las que les ponía alfileres a los vestidos de la yegua esa que ahora conduce el programa de televisión —me guiñó un ojo demostrando que no estaba nada arrepentida—. La más flaca ganó la competencia y se fue a vivir con uno de los señores, las demás le quitamos el saludo.

Con una mirada pícara dejó en claro que los recuerdos más picantes se los iba a guardar.

—El grupo se disolvió y otra vez estaba sola, a la deriva, sin poder cumplirle a Charly el deseo, que ahora también era el mío. Frustrada, si no funcionaba como un grupo de amigos ¿qué

quedaba? Había descubierto que mi mejor versión era la que no controlaba, de a poco iba desprendiéndome de los celos. Y es mejor ser así, no especular. Lo veo en la gente que va a los encuentros, no quieren más de lo que ofrecemos ahí.

Nora se quedó colgada de alguna anécdota de esas que no me compartía, rompí el silencio para acelerar su relato.

—¿Y cómo siguió?

—Prueba y error. Al principio fui a Fantasy, me hice amiga de los dueños, duró poco. No son malos pero lo ven como un negocio y yo no quería eso. En Fantasy conocí a unas viudas, habían caído de casualidad por sus nietas. Empezamos a juntarnos a hablar de lo que queríamos sexualmente, ellas se abrían y me contaban. Llegamos a ser cuarenta mujeres, de todas las edades. Las más jóvenes contactábamos a los varones por apps de citas y así se fueron armando los encuentros. Tampoco funcionó.

La capacidad de resiliencia de esa mujer me sorprendía. Que el motor de todo eso sea una historia de amor trunca me mostraba lo lejos que estaba yo de jugármela por Facundo.

—Las mujeres mayores no se sentían cómodas. Juventud divino tesoro, viste cómo es, los hombres terminaban yéndose con las más pendejas. Al revés no pasa nunca.

Le expliqué que mi mamá, además, tenía un pezón de mentira y cicatrices y dos tetas inventadas hace poco.

—Yo también me inventé estas. —Se las agarró, fue el primer y único gesto burdo que le vi.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Ya sé. —En su voz apareció la incomodidad de cuando no entra un chiste—. Entiendo, y quisiera conocer a tu mamá, tomar un té con ella, contarle mejor, así no estás en el medio.

Otro “hasta acá”.

—No es tan fácil —dije.

Había anochecido hacía bastante y el bar era otro. En nuestras manos descansaban dos martinis. Quería preguntarle muchas cosas más, pero intuía que la charla se había agotado. En ningún momento cayó en el golpe bajo de llorar, aunque la tristeza estuvo todo el tiempo ahí, como una película de polvo que nadie limpia. Me dio una tarea: recuperar a mi madre y llevarla a su encuentro. Nada fácil si tenemos en cuenta cómo nos despedimos.

Placa de Petri.

El gel se resquebraja al recibir un estímulo exterior. Pablo Teiler y Beba se abrazan. Ella le baja el pantalón y toma el pene entre sus manos. Selva y Lucho comienzan a besarse. Pablo y Beba se dirigen a la cama del centro, se abren paso entre dos parejas y ocupan uno de los extremos. Lucho le saca la remera a Selva y besa el escote. Se da cuenta de la estafa del pezón, da unos pasos hacia atrás. Selva, dolida, va en busca de su marido. Él no la escucha, no la quiere

escuchar. Ella escapa, sola. Pablo sale a buscarla en calzoncillos y medias. Vuelve al sector parejas. Encuentra su pantalón pero Beba lo intercepta. La felación es practicada sin preservativo.

Selva lo espera despierta, en la casa que comparten hace cuarenta y un años, toma un whisky sin hielo, tose. Los rayos dejaron una deficiencia pulmonar que ella niega, elige culpar a las bebidas heladas. Tiene la televisión encendida, mira sin mirar una serie mientras imagina por qué él no llega. Finalmente se duerme.

Enciendo la mecha, esterilizo la pinza. La acerco. El gel ya es líquido. Selva nunca aprendió a nadar, las clases le sirvieron para conocer a su marido, pero si la empujás a la pileta se ahoga. La escucho respirar con dificultad, patalear, traga agua. La rescato, no me va a agradecer. Tenemos que volver a hablar, ya no me importan los reproches ni tener razón. Creo que entiendo tu angustia, Selva. Esa era tu fantasía y él te la robó. Pasó al acto antes que vos, ¿es eso lo que te duele? ¿O es tan simple como que no te quieran? ¿Estás preparada para concretar lo que deseás o es un experimento sin chances de que funcione? Fantasy, bacteria no detectada. Una intrahospitalaria que contrajeron cuando expusieron su intimidad a ese espacio infectado.

Sigo sin poder irme de la placa, pero ya no soy bienvenida.

La historia de Nora me conmovió. Quedé ardida, no ardiente. Como una quemadura o una muerte temprana, algo que duele pero hay que entender. La búsqueda de mi mamá tampoco era exactamente la de esa mujer elegante y solitaria. Selva quería que Pablo volviera a desearla, supongo que Pablo también quería lo mismo, pero ella no podía pedirlo, ni él forzarlo. No funciona así. Nadie sabe cómo funciona, cómo hacerlo funcionar. ¿Y yo? ¿Me niego a las preguntas porque sé las respuestas o estoy tan perdida como el resto? Cuando iba a la facultad admiraba mucho a un profesor, era de los que le había ido bien, sacó la cabeza del laboratorio, ganó dinero, trabajó en Austria. Vitolo se llamaba, tenía setenta años cuando lo conocí y estaba obsesionado con la muerte celular. Me propuse como su ayudante de cátedra y, de a poco, lo fui humanizando. Era un ególatra con pánico a envejecer y dejar de estar en este mundo. El último día lectivo me dejó una frase que vuelve cada vez que pienso en estos días: “El científico vuelca sus problemas existenciales al experimento”.

Levanto la pinza otra vez, necesito seguir hablando con ella. Ya entendí, Selva, ¡era juntos! Él te dejó ir. Todos queremos que nos corran, Nora, Nancy, Rober, Berta, Bautista, la mechera hegemónica, el afroamericano. También levantar la cabeza del pozo en el que nos enterramos por amor y mirar qué pasa alrededor, qué hay. Te gustó besar a Lucho, dijiste que en ese momento te olvidaste de Pablo. Él te buscó al principio, pensó que ibas a estar celosa, descubrió que él no lo estaba. Quería verte feliz, con todas las que pasaron. Selva pide que deje de apretarla. Con voz tan aguda como firme me exige que la devuelva al caldo de cultivo.

Quiero que conozcas a alguien, le escribí a las dos de la mañana, estaba en línea. Entendí el visto azul como lo que era, una segunda oportunidad para que, por fin, la ayudara.

39

Duerme en el sillón hasta nuevo aviso. Mi mamá parecía disfrutar de su firmeza, no tanto por el castigo sino porque por primera vez era ella la que ponía las reglas. Ofrecí pasar a buscarla después del laboratorio, no adelanté nada, si no funcionaba sería uno más de nuestros intentos erráticos.

No podía superar lo de la felación sin preservativo así que dejé de hablar con mi padre. Sé que tendría que haber hecho tripas corazón y ser el puente que necesitaban, ayudarlos a borrar con el codo. No pude. Hace una semana que las lumbares de mi papá sufren las inclemencias del sofá y mi mamá desarma solo el lado izquierdo de la cama.

Cuando llegué, me estaba esperando en la puerta. Iba vestida de negro con el pantaloncito de siempre, ese que le cae recto sobre las zapatillas de taco. Se había maquillado. La extrañaba. Me saludó con un beso que dejaba en claro que todavía estaba en capilla.

—No quiero ir en taxi. Caminemos —pidió.

Transitamos las veredas de mi infancia sumidas en un silencio especulador. Cosas para decir había, pero ninguna iba a iniciar la conversación. Poner de manifiesto la necesidad de reconciliación era reconocer la culpa, mostrar debilidad. La que esperaba tenía el beneficio del contraataque, que en el caso de mi madre solía ser una enumeración de reclamos añejos y repetidos.

Luego de un par de cuadras mirándonos de reojo, habló.

—El otro día me junté con la tía.

Su introducción me sorprendió. La frase que rompía el patrón no era de disculpas ni un acercamiento.

—¡A alguien tenía que contarle lo que hizo tu padre!

—¿Justo a su hermana?

—Y bueno, es mi amiga.

—¿Y? ¿Qué te dijo?

—Que son todos iguales. ¿Sabés la que se mandó tu tío? Fue hace años, pero ¡qué asqueroso inmundo! Te juro, me acuerdo y me dan ganas de ponerle un bife.

Caminaba con pisada corta y veloz. La cara tensa, los labios arrugados y ese rictus de odio ancestral por las injusticias a las que se vieron sometidas las mujeres de su entorno.

—No sé cómo hizo tu tía para no contarle a nadie, yo hace una semana que estoy con esta angustia imposible, imaginate lo que se aguantó ella. ¡Pobre mujer! Es que los maridos son unos imbéciles.

Siguió despotricando contra los hombres. De su boca brotaban insultos inéditos. Estaba intransigente, bocasucia. Lo de mi tío era gravísimo, sin embargo, no era nuevo. Los matrimonios se engañan, es histórico. En ese sentido los swingers son un adulterio blanqueado. ¿Mentirán también? Seguro, la gente miente para no hacer daño. Pero al tío se le fue la mano y mi tía lo descubrió de la peor manera. Resulta que el genio no se cuidaba ni con la amante ni con ella.

—Sífilis —sentenció mi mamá con dramatismo—. Pensaba que era cosa del marqués de Sade y esos mugrientos. Pero se ve que todavía hay. A la tía le salió un sarpullido que le llegó hasta las plantas de los pies, y menos mal, porque la médica le dijo que si no se te manifiesta en la piel y te dejás estar, avanza y se te puede hacer un agujero en el paladar o quedar turula.

—¿Tomó penicilina? —Las ciencias duras siempre me salvan de la incomodidad de lo humano.

—Dos dosis y listo. Pero la traición no se va con nada.

—¿Cuándo fue eso?

—Vos eras chica.

—Qué loco, yo los vi siempre bien.

—Para afuera, para adentro era una pesadilla.

—¿Y por qué no se separó?

—Lo perdonó. Me dijo que el hecho no lo iba a perdonar nunca, perdonaba a la persona, porque era su compañero y lo quería. Y ella no se llama “una venérea”.

—¿Y vos qué pensás?

—Que tenías razón. Ese lugar, Fantasy, es un asco. Lo de los preservativos es verdad, venden en la entrada, pero después nadie se pone. ¿Y si tu papá se agarró algo?

—Pedile un análisis.

Silencio.

—Le voy a pedir.

—¿Lo vas a perdonar?

Silencio.

—No es que no lo entienda, a mí Lucho me parecía feo, pero cuando lo besé me gustó, y me sentí tranquila porque tu papá estaba por ahí haciendo lo mismo y no me iba a criticar. Pero después se pasó de la raya. ¡Ahora está tan triste! El otro día lo escuché llorar en el baño, como lloraba cuando me enfermé. Salió y ni se le notaba, ¿sabés lo que hace ahora para que no sepa que llora? Se apoya cucharas frías en los párpados.

Esos guiños de vulnerabilidad no entraban en la imagen impenetrable que tenía de mi papá.

—Cuando lo veo tan piltrafa, me doy cuenta de que estamos grandes, y con todas las que pasamos. Me duele, no creas que no. Pero es mi marido. Nosotros no estamos acostumbrados, no es como vos y Facundo que se separan y borrón y cuenta nueva. Vuelven, ay te amo de nuevo.

Me dejó servido el contraataque.

—¿Qué mierda tenemos que ver Facundo y yo?

—¿Te creés que no me doy cuenta de que volvieron? El otro día me trajo las aceitunas que vende el amigo.

—¿Quién, Facundo?

—Sí, y me dijo suegrita.

—No volvimos. Además, ¿qué tiene que ver? Estamos hablando de vos y papá.

—Y sí, yo te hablo de nosotros, te digo que no somos como ustedes, hacemos las cosas distinto.

—¿Lo tenés castigado durmiendo en el sillón y te hacés la compasiva? Bueh.

Nos detuvo un semáforo. No podíamos ser tan inmaduras, tan madre hija. Además, la necesitaba fértil para el encuentro con Nora. Cuando se envolvió en el saquito supe que o la ablandaba ahí o la perdía. La abracé.

—Perdón, mami. Por esto y por no ayudarte cuando viniste.

Mi gesto la sorprendió y, de a poco, fue relajando la tensión. Sus pequeñas manos me acariciaron la espalda y volví a ser la nena asmática que necesitaba el calor materno para animarse a las nebulizaciones. Fue un abrazo largo, de esos que el invierno pide. Cuando nos separamos teníamos los ojos inundados. El semáforo se puso en verde.

40

Cuando llegamos al bar, Nora ya estaba ahí. El último rayo de sol contra su cabellera rubia formaba el halo de luz que la definía: era nuestra maga. Se cruzó de piernas con la elegancia que se tiene cuando otros planchan tu ropa. Me acerqué, mi mamá me siguió.

—Nora, ella es Selva; mami, Nora.

Me miró con ojos grandes. No entendió, pero sonreía. Cada vez que yo le presentaba a una mujer se ponía feliz, siempre pensé que albergaba la esperanza de que tuviera más amigas.

Esta vez la amiga era para ella. Fue apenas un momento lo que duró la disposición equilátera de nuestros cuerpos ya que, enseguida, Nora me pidió que las dejara a solas. Mi mamá no habló, ni se opuso ni preguntó demasiado. Quedaba una única mesa libre y estaba en la otra punta del bar, me hubiera gustado estar más cerca para pescar alguna frasecita suelta. Abrí la notebook para tener algo entre mis ojos y el objeto observado, fingí concentración, aunque todos mis sentidos se dirigían a un solo punto.

Mi mamá parecía insignificante al lado de la opulencia de su interlocutora, se había quitado el saquito como quien se despoja de una armadura. La tela rígida de la camisa almidonada caía acartonada sobre sus pechos nuevos. Nora, en cambio, era pura suavidad. Envuelta en tonos pasteles, con el pelo llovido, tan diferente al casquito permanentoso de Selva.

El relato parecía ser mucho más relajado que cuando me lo contó a mí, se notaba en sus gestos. Nora hablaba moviendo las manos, hacía pausas largas. En un momento mi mamá sacó el celular, movió el dedo índice de arriba abajo por la pantalla, sonreía como una nena. Encontró algo que intuí que era una foto, le pasó el teléfono a Nora. Lo que le respondió la hizo sonrojar, cuchicheaban. Hicieron una pausa y me miraron. Bajé la vista. En la bandeja de entrada esperaba la noticia deseada y temida.

Dear Cecilia Tellier.

It is with great pleasure that we write to inform you that you have been shortlisting as a recipient of the Bacteriological studies on cancer prevention at the Massachusetts Institute of Technology (MIT) for the academic year.

Your application was carefully reviewed by our committee, and your outstanding academic record, along with your passion and potential in the field of Bacteriological have been

recognized as exceptional. We are excited to support you in your academic and research journey at MIT.

Lo leí varias veces mientras el orgullo me desbordaba. Un ruido me llamó la atención. Nora soltó una carcajada que desentonó con su armonía. No daba más de las ganas de contarle a mi mamá la buena noticia. Dejé la mesa con la computadora al alcance de cualquiera.

—¿Todo bien por acá?

Las dos levantaron la vista, al unísono me dijeron que sí y volvieron a la charla. Regresé, me metí en el WhatsApp Web. *Nunca más le lleves aceitunas a mi mamá, no somos novios.* Después le escribí a Marcos. *Me preseleccionaron de la beca del cáncer /* Tres minutos de elogios, arengas y gritos de mi nuevo mejor amigo */ Pará que todavía no es un sí.* Al final del mail, el departamento de recursos humanos pedía una carta de postulación para completar el proceso de selección. Empecé a bocetarla.

A quien corresponda:

Mi nombre es Cecilia Tellier. Soy argentina, biotecnóloga recibida en la Universidad de Buenos Aires, donde también hice mi doctorado en Biología Molecular y Celular. Hace tres años le detectaron a mi madre un tumor maligno en la mama derecha. La biopsia confirmó que estaba encapsulado, los médicos recomendaron extraerlo. Se operó y luego se sometió a una terapia de rayos que tiene como una de sus contraindicaciones desarrollar depresión. No puedo afirmar si fue eso o la falta de la mama derecha lo que la entristeció de una manera tan profunda que no me permitió detectarla. Un año después apareció el segundo tumor y ella se manifestó completamente en contra de que le extrajeran la teta izquierda. Parecía segura, casi ofendida de que se lo preguntáramos. Prefería hacer quimioterapia. Perdió el pelo y hubo días en los que no se levantó de la cama. Con mi padre la acompañamos como pudimos. Aprendí que el cáncer es una enfermedad tan interna que saber cómo estar ahí, para quien la padece es un verdadero misterio. Durante el año que duró el tratamiento, mientras con mi papá creíamos que éramos una familia, mi madre conoció otras dimensiones de la soledad.

Carcinoma ductal invasivo infiltrante es el nombre técnico. Está estudiado que lo genera el propio organismo. Sin embargo, las sociedades en las que vivimos, los ecosistemas contaminados y las costumbres de nuestras cotidianidades inflaman las células hasta cambiar sus ADN. Me interesa esta beca para poder investigar y ayudar a prevenir. Si hay un ambiente que nos enferma, ¿hay uno que nos salva?

Traduje la postulación y la mandé. Cuando levanté la mirada, mi mamá y Nora ya no estaban.

41

Britany va a parir.

El mensaje de Marcos me hizo saltar de la cama. Desde que mi mamá y Nora eran amigas, le había quitado al WhatsApp el modo silencioso. En menos de quince minutos estuve lista. Me pasó a buscar con la misma cara de dormido que debía tener yo, manejó rápido mientras el sol se asomaba por la luneta trasera.

—Tengo una angustia que no tiene sentido, es una vaca nomás.

La rueda derecha se hundió en un pozo, el muñequito de Einstein se zarandeó en el espejo. Marcos no pidió disculpas, estaba absorto en lo que se venía.

—Pensé que te habías mudado al campo.

—Estoy en eso, justo ayer vine a buscar unas cajas.

—Ah, es permanente.

—Sí, sí, vamos a vivir juntos. No te quería contar el otro día por mensaje, pero sí.

Hizo una pausa, me apoyó la mano sobre la rodilla. Como la otra vez, pero distinto. Me estaba pidiendo que me pusiera contenta por él. Un gesto repetido en esta amistad que se mantuvo latente hasta que la vaca quedó preñada. Antes de que retirara la mano de mi rodilla me aferré a la suya.

—Te voy a extrañar. Somos el único experimento que salió bien.

Me miró unos segundos, con lo mal que manejaba y todo, no tuve miedo de chocar.

—Si finalmente te seleccionan andate, hay que hacer algo mejor que esto. Yo le voy a buscar la vuelta, rescataré gatos, trabajaré gratis en algún hogar para perros o capaz me da un brote religioso y vuelvo a tomar la comunión.

Su gracia me empujó a hablar. Todo lo que no le había podido decir a Facundo, ni a mi mamá cuando estaba enferma. Escupido, tragado, masticado, vuelto a escupir. Le conté que estos meses habían sido raros, pero que recién ahora me daba cuenta de que sin él hubieran sido imposibles. Que la historia de la madre me ayudó a pensar en cómo hacerme cargo de mis padres. Volví a pedirle perdón por la noche del country. Le confesé que no tenía muchos amigos, que la única que me quedaba estaba encerrada en su mundo de canciones infantiles, autitos de carrera y fútbol. Él bajó la ventanilla y dejó entrar el viento frío. Los dos hacíamos fuerza para no emocionarnos.

—¿Tenés ganas de vivir en el campo?

—¿Me estás jodiendo? El sueño de cualquier veterinario.

—Tengo un gato que es un forro, ¿qué me recomendás?

—Ningún gato nace forro, ahí el problema son los dueños. No lo digo por vos. —Me miró de reojo—. Igual pensé que no te gustaban los animales domésticos.

—No me gustan, lo trajo mi ex. Ahora que ya no vivimos juntos ninguno lo quiere.

—¡Ahí tenés! ¿Ves? ¡Pobre bicho! Traelo la próxima, algún lugar le vamos a encontrar. ¡Ni se te ocurra dejarlo en la calle y reportarlo como perdido!

Dije que no, que quién se pensaba que era. La verdad es que, simplemente, no se me había ocurrido.

Llegamos. El auto de Amalia estaba estacionado frente a la tranquera.

En el living de la estancia, Mery y el gaucho eran los anfitriones del cónclave ganadero, cuatro señores vestidos con pantalones cargo y zapatos de cuero de esos que conservan por años el olor original. También estaba Amalia y su cara de compromiso científico. La novia de mi amigo nos presentó uno por uno. Nombre, apellido y empresa a la que pertenecía.

—Marcos, el veterinario, y Cecilia, la biotecnóloga, el equipo de Amalia —dijo. Mi jefa ni nos miró.

Los hombres se incorporaron y nos tendieron la mano. Sentí el respeto que dispensan los ricos a los universitarios, esa breve admiración por el conocimiento no tan profunda como para olvidar quién paga el sueldo. Al finalizar las presentaciones, se echaron en los sillones. El más viejo pidió un mate. Lo tomó despacio, chupando la bombilla hasta extraer la última gota, después estiró el brazo por completo, no vaya a ser que el gaucho se acercara demasiado. No eran prejuicios, sino otra simple lectura de indicadores.

—¿Rompió bolsa? —preguntó Marcos mientras se sacaba la campera.

—Hace cuarenta minutos más o menos —contestó Mery—. Ahí te llamé.

Mi compañero tomó su valija y partió para el establo. Lo seguí. No sabía si estaba preparada para el parto, pero definitivamente no quería quedarme en ese living que apestaba a poder, con la maléfica Amalia.

Llegamos a la tranquera. Britany pastaba alejada de las otras. La panza había crecido considerablemente y las tetas casi tocaban el piso.

—Se arma el espacio sola, las otras lo saben o lo presienten. ¿Te acordás de que te conté que hablan entre ellas? ¿Te animás a ayudarme?

Asentí. Me pasó unas tijeras gigantes.

—Cortale el pelo de la cola, así no se contamina la cría ni la leche.

Fue directo a su cabeza, la acarició y comenzó a tararear una canción que no entendí si era de

cuna o un clásico de rock inglés. Yo me concentré en mi trabajo de peluquería, tenía miedo de lastimarla. Traté de ignorar el líquido viscoso y blanquecino que salía de su vulva. El olor era penetrante, ni el viento del campo lo disipaba. Marcos tanteó su vagina.

—Falta poco.

Pasó la mano por el lomo y me indicó que hiciera lo mismo. Lo hice. A favor y en contra del pelaje, una caricia suave, calurosa. Britany me miró fijo. ¿Estará intentando comunicarse?

—Hablale.

—Perdonanos a nosotros, a la vieja de mierda que está adentro, no. Esa no se arrepiente de nada.

—Decile otra cosa, algo lindo.

—Sos el único animal que me genera cariño, mi gato es un forro.

—¿De verdad? —Se tentó.

—No sos un experimento. ¿Eso está bien?

Mi amigo me sonrió. Seguimos acariciando a pelo y contrapelo. Miré a mi alrededor, el campo era inmenso. El establo solo tenía las dimensiones de mi departamento. El pasto frondoso verde intenso era colchón y festín de los herbívoros. Britany había tenido una vida feliz, durmió con las amigas, se alimentó con lo mejor de la pampa húmeda. La asistirían en el parto dos personas que la querían, eso era mucho más de lo que tuvo Vicky en sus tres embarazos.

El líquido de la vagina rebalsaba. Eran las ocho de la mañana y el sol todavía no se hacía sentir. Los árboles altos que custodiaban el establo se interponían entre nosotros y el capitalismo. El casco de estancia donde estaban los malvados era una casita de cuento. Me sentí a salvo y me esforcé para que mi cabeza no se dispersara en los frentes abiertos el último tiempo. Registré que pocas veces había estado donde quería estar, siempre corriendo detrás de alguna zanahoria. Un título, un reconocimiento, un amor tranquilo. Treinta y seis años de maquetar un futuro de variables controladas. Esa mañana en el parto conocí lo que era la nostalgia del presente. Los sentidos se potenciaron, cien por ciento de vista, tacto, oído y, por desgracia, olfato. Registraba todo, la suavidad del pelo, el calor en las manos, el ojo de Britany intentando conversar, el cielo celeste sin imperfecciones, el empeño de Marcos por escribir un final feliz para este experimento.

El estómago de la vaca comenzó a contraerse. De pronto, una pezuña salió de su vulva. Marcos se arremangó, la tomó y tiró. Apareció la otra, en el medio de ambas se asomó, apenas, un hociquito. Nunca imaginé que era así, tan sencillo, tan lindo.

—Vení, tirá conmigo, despacio —me pidió, aunque no necesitaba mi ayuda.

La pezuña ya era una patita. La agarré del carpo, sentí que si apretaba de más se lo podía quebrar. Jalé despacito. La cabeza se descubrió y una pupila gigante detrás de una película de baba blanca me escrutó. Recién con la mitad del cuerpo de su hijo afuera del de ella, Britany se sentó. Marcos y yo nos agachamos, seguimos tirando. Al final, costó un poco más. Fueron unos

segundos, Britany emitió un sonido grave, prolongado, y me dio una cachetada con la cola. Unimos fuerzas para terminar de sacar al ternero. Era pequeño, flaco y estaba embadurnado del líquido viscoso. Marcos lo levantó, lo sostuvo unos minutos boca abajo, lo sacudía con suavidad. Después lo apoyó en el piso y le hizo unos masajes cardíacos hasta dejarle el corazón latiendo prolijito. Britany se incorporó y lo lamió. En los animales, limpiar y besar es lo mismo. La vaca se cansó y se echó, muy cerca de su hijo, lo encerró entre sus ubres. El ternero, sin ayuda, se prendió y empezó a tomar. Era emocionante ver lo fácil que puede ser una familia.

42

Después de ayudar a dar a luz a Britany, necesité silencio. *Estoy bien pero tengo ponerme con cosas del trabajo, no se asusten si no contesto o no voy / Te echaron?/ No, ma, pero necesito dedicarle tiempo y concentración / Bueno avisá cualquier cosa.*

A Facundo opté por no atenderlo. Llamó dos veces y después se replegó. Me gustaría pensar que entendió, que éramos de esos vínculos livianos que no necesitaban explicaciones. Ya no sabía qué éramos, ni por qué me molestaba tanto que le hubiera llevado las aceitunas a mi mamá. El departamento en el fuimos felices se había transformado en una inversión a corto plazo.

No salía al balcón desde que empezó el invierno. Esa noche lo hice. Envuelta en una frazada con una copa de vino en la mano, me senté en el silloncito de ratán. El cartel de "en venta" me tapaba la visión del único vecino al que me gustaba espiar. Elías se llamaba, lo supe después de varios años una vez que me lo crucé en el chino. Era profesor de pilates, daba clases en la casa y cocinaba desnudo. Con Facundo nos reíamos imaginando la posibilidad de que un chispazo hiciera estragos en sus genitales. No sé de qué nos reiríamos ahora.

Estás bien? Me dijo tu mamá que te echaron del trabajo / No papi, pero necesito dejar de estar para ustedes un rato. Eliminé el mensaje un segundo después de que lo envié. / *Llegué a leerlo, no te preocupes no te molestamos más.* Audio de tres minutos mío. Sin escuchar. Ofendidos como tantas veces, pero desde que Nora había aparecido en sus vidas mi nivel de culpa había bajado porcentualmente. Igual, por las dudas la llamé.

Nora me atendió al instante. Hablamos un rato largo y me contó que ese fin de semana tenían el primer encuentro. Así los llamaba ella, era en un restaurante a puertas cerradas y lo que se vendía era la experiencia completa. Nueve parejas elegidas según su curaduría. Cuando le pregunté los criterios, me contestó que era una cuestión de intuición energética.

—Voy a cuidar a Selva —me prometió.

Antes de cortar, volví a consultarle sobre la profilaxis. Creo que soy la persona más pesada con la que le tocó tratar.

Hacía frío en el balcón. El frío de Buenos Aires no es el de Boston, con sus inviernos de temperaturas bajo cero. Nunca viví en un lugar con nieve, no tengo idea de cómo es levantarse y tener una montaña de hielo bloqueando la puerta de tu casa, o qué calzado me tengo que comprar. Pensé en la comida de los yanquis, no me veía cenando esas sopitas en cajas o

atiborrándome de hamburguesas. Iba a extrañar los asados de mi papá. Volví a pensar en Britany, su maternidad le había alargado la vida. Tenía que amamantar a la cría y así terminar de inocularle la bacteria, o reforzar las enzimas si es que estaba inoculada. Mientras tanto el ternerito era estudiado, ya no por nosotros, sino por Amalia que, segura de su victoria, se alquiló una casa en el campo para estar más cerca. Nos dijo que nos iba a informar por mail los avances. Ni Marcos ni yo confiábamos en que fuera a hacerlo.

Una ráfaga helada movió la copa manchando apenas la manta. En otro momento hubiera entrado al calor del hogar, pero eso ya no existía. Tenía que decidir qué hacer con Facundo si la beca no salía. *Él sabe, no es boludo.* Vicky tenía razón. *No te la va a hacer fácil.* Mi amiga estaba muy sabia por esos días. Yo, sorprendida por el desamor con el que estaba dejándolo ir, intenté escarbar en las verdaderas razones. Era un buen chico, un gran novio, amable, gracioso. Físicamente, me gustaba incluso más que antes. Era el partidazo que le recomendaría a cualquier mujer que quisiera dejar las cosas quietas. No tenía idea de cómo transmitirle algo tan horrible.

Era un jueves de agosto del año más movido de mi adultez. Al día siguiente mis padres tendrían su primer encuentro swinger bajo el ala de Nora. No sabía si habían vuelto a dormir juntos, aunque suponía que sí. Me intrigaba cómo saldrían de esa nueva aventura, pero ya no era mi problema. Confié en Nora desde que la vi, su dolor me convenció, no tanto como para pensar qué pasaría si Facundo y yo hubiéramos optado por romper la monogamia; hay cosas que no son para alguna gente. “No quiero que me cojan a la novia”, Marcos lo resumió perfecto.

Otra ráfaga helada. ¡Qué difícil va a ser Boston! Entré, y en un rapto de buen humor me puse a guardar los libros que me llevaría. *Brock. Biología de los microorganismos* y *El maniatis*, y *Ripley* para no extrañar a mi mamá. Podría comprarme alguna novela nueva, una con final feliz, escrita por una autora argentina de mi edad.

Vendele a tu primo nomás. Escribí ese mensaje y dejé el celular. No estaba para iniciar una conversación, solo quería dejar por escrito mis impulsos. El vino, el frío y haberles puesto un límite a mis padres me dieron valor. Esa noche, por primera vez en meses, sentí la mente libre para hacerme cargo de las decisiones postergadas. Con el sonido de los mensajes de WhatsApp que, rítmicos y acelerados, marcaban el tempo de nuestro desamor, comencé a poner en cajas todas las cosas que ya no eran mías.

43

El último día de agosto me llegó el telegrama de despido; en mi cuenta ya había una suculenta indemnización. Con Marcos quedamos en encontrarnos en el laboratorio.

—¿Te puedo llevar el gato así lo ves?

—Dale, pero no te prometo nada.

Pasé a buscar a Batman por la casa del primo de Facundo. No era el momento para hablar. No quería que se enojara, tampoco que pensara que estaba siendo revanchista. *Ya sé, no hace falta que me lo digas,* le contesté a Victoria después de su perorata virtual sobre mi forma errante de encarar los conflictos.

Mi ex salió con el gato en una caja.

—Increíble. —Me miraba con odio.

—Sí, ya sé. Perdoname, te prometo que pronto hablamos.

—Vos te das cuenta de que estás siendo una forra, ¿no?

Mi insulto de cabecera usado en mi contra. Me lo merecía. Estaba desoyendo la frasecita con la que cerró Victoria nuestra charla virtual. ¡Y bueno, a veces lo que no te gusta que te hagan es lo que te sale! No tengo idea de cómo se termina esta relación, si hay que pelear hasta herirnos de forma irremediable o si tengo que ignorarlo para que me desconozca. No sé por qué no me duele. Si me va a doler después, si ya me dolió cuando estaba en Bolivia. O en qué momento eso que quería para los dos se convirtió en algo que quiero para mí sola. No voy a dejarle una carta de nueve hojas.

—Dame el gato.

Llegué al laboratorio. Marcos vino directo a Batman, lo alzó. El animal se quedó rígido, quizás presentía que su destino estaba en manos de ese pelado venoso.

—Dejámelo, algo hacemos. —Volvió a ponerlo en la caja.

Me pidió que me sentara. Hizo una pausa solemne.

—Hoy se llevaron a Britany.

—¿Ya?

—Pasaron quince días.

—Me hubiera gustado despedirme. —Me sentí igual de tonta que de triste.

—Lo pensé, no te creas que no, dije: le aviso capaz quiere venir, pero es tan horrible, tan trámite. Un disparo en el medio de la frente. No sufren, ni se dan cuenta. Las necesitan tranquilas para que la carne no se endurezca. Perdón, te lo tengo que decir así de golpe porque lo que viene es peor.

Se sentó sobre el escritorio.

—Al ternerito efectivamente lo enfermamos. La bacteria se inoculó desde que era un feto, después con la lactancia se reforzó y empezó a desarrollar mutaciones. No las vimos cuando lo sacamos. En realidad, yo sentí algo al tacto, pero en la emoción no le di bola, o negué. A veces nacen con algunos forúnculos, nada grave. Me hice el boludo porque en el fondo sabía. Ahora es un monstruo. Para ellos, un éxito.

—¿Y las consecuencias a largo plazo?

—No les interesan. Pensalo como si fueras un exportador de carne. Hace doce días nació el primer ternero con cinco entrañas, tres lomos y nueve mollejas. Lo peor es que no podemos hacerle una demanda ética porque estamos metidos hasta acá.

—¿Y Amalia?

—Una reina, la aman. Se va a llenar de plata.

Los fermentadores de cultivos estaban en pleno funcionamiento, desarrollando colonias para enfermar más reses y producir muchos más cortes de los caros. En el freezer había doce tubos listos para ser inoculados en las amigas de Britany. Cuando entré al laboratorio rebosaba de orgullo, salí de la facultad dispuesta a hacer algo por el mundo, no digo cambiarlo pero sí trascender. Fueron muchas las entrevistas y estoy segura de que había gente con más experiencia, pero a mí se me notaba el entusiasmo. El primer día de trabajo Amalia nos habló de lo importante que era este experimento para el país como exportador de carnes, también para las personas que la ingerían, dijo que estábamos mejorando la forma de comer. De pronto, mutaciones que alteran la genética animal.

—Hagamos mierda todo —dijo, y no me pareció una locura.

44

El laboratorio de azulejos blancos brillaba bajo la luz de los tubos fluorescentes. Marcos y yo éramos los últimos espectros errantes de esta catacumba aséptica. En los fermentadores, el humo ácido salía y entraba, salía y entraba. Las burbujas sonaban. El caldo de cultivo en plena creación, reproduciendo, manteniendo vivas las bacterias. Nos miramos, nerviosos y decididos. Las venas de Marcos trazaron el mapa hacia el lugar de la idea que bajó por los cables azules debajo de la piel y bombeó. El latido del corazón de mi amigo impuso un nuevo ritmo. Giré la cabeza, lentamente, era un llamado a la acción. La idea ya estaba abajo, se movía entre las manos.

—¡Un mundo peor no! —gritó.

Teníamos la boca seca de necesidad de justicia.

—Vamos juntos —propuse.

Marcos acercó la mano a la mesa de trabajo donde el fermentador hacía crecer a las creadoras del ternero mutante. Como si fuera un accidente, lo empujó apenas. Cayó en cámara lenta y se estrelló contra el piso. El cultivo se desparramó, una mancha amarillenta se esparció por el suelo impoluto. Algunos habitantes de las colonias encontraron su lugar en la junta de los azulejos, respiraban con dificultad, intentando ganar segundos en este plano. Los escuchábamos ahogarse. Nos aseguramos de que no quedara ninguna bacteria viva. Miramos al cielo, triunfantes, al mismo tiempo que pedimos protección a los dioses.

Abrí el freezer, y los -130 grados me erizaron los folículos pilosos. No hizo falta hacer contacto visual con Marcos, los dos estábamos decididos a terminar con la bacteria. Nos acercamos a los tubos. Me rogó hacerse cargo de las consecuencias, gritaba que nunca estuvo más convencido en toda su vida. Yo me aparté apenas, haciéndole lugar a su heroísmo.

Ni explosión, ni sirenas de policía. No habría demandas millonarias ni dos científicos escapando en canoa a Paraguay. Marcos echó un par de gotas de lavandina en cada tubo de ensayo y destruyó el trabajo de tres años. El experimento no estaba registrado. Una gota salpicó sus zapatos de carpincho.

—Se te manchó la bota Cocodrilo Dundee —le dije, recién ahí pude reír.

45

Congratulations. It is with great pleasure that we inform you of your selection as a recipient of the Cancer Prevention Research Scholarship at the Massachusetts Institute of Technology (MIT). Your outstanding academic achievements, leadership qualities, and commitment to excellence have distinguished you as an exceptional candidate for this scholarship.

Sentí que era una señal del destino, el mundo era un lugar mejor ahora que la bacteria ya no nadaba en los fermentadores. Le agradecí a Britany y al karma. Con Marcos fui explícita. *Me aceptaron, sin vos no hubiera podido. Te quiero mucho / Yo también, festejemos.*

Facundo.

No podía demorarlo más. Quería ser sintética, resolutiva. Basta de aceitunas. Basta de culparlo por un viaje que al fin y al cabo puso sobre la mesa lo que ninguno decía.

—Me salió una beca y me voy a trabajar dos años a Estados Unidos.

Me miró con orgullo, estábamos sentados en el sillón del primo con nuestras piernas apenas en contacto. Recordé los nervios que me daba el roce de su cuerpo con el mío cuando lo conocí, ahora solo sentía cariño y ganas de que le vaya bien. Era un primo lejano.

—Y antes de que me digas nada, me voy sola. Sola y separada. No te enojes, no tiene nada que ver con nosotros. Cuando terminé la carrera siempre estaba amenazando con rajar, vos sabés, te lo conté en la primera cita. Después nos fuimos a vivir juntos y ya no me dieron ganas, quería la familia que tuvimos, el departamento, todo. Con la enfermedad de mi mamá, directamente me olvidé. ¿Cuándo me iba a ir si siempre estábamos aterrados por la biopsia anual? Y no digo que el cáncer no pueda volver, pero si no me voy ahora, no me voy más.

Los ojos amarillos se tiñeron del dolor de perder un juguete querido que ya no se usa. Nos habíamos amado mucho, intensamente al principio, amesetados después. Siempre me gustó tenerlo cerca, incluso ahora que sabía que mis tetas le habían bajado la persiana. Me pidió que nos quedáramos juntos esa noche. A la mañana siguiente preguntó si quería almorzar.

Esos días dijimos muchas cosas. Copiamos todos los clichés de las películas que criticamos, pero nunca, nunca, nunca, propusimos intentarlo de nuevo. Y fue aliviador ver cómo lo de Facundo no era orgullo, ni lo mío, revancha. El desamor se presentaba menos doloroso de lo que imaginaba. *Uno siempre se separa un año antes.* No veía a Victoria desde aquella noche en su casa. Con la virtualidad nos alcanzaba de momento.

Mis padres habían atravesado el primer encuentro swinger con éxito. No me llamaron para contarme, lo descubrí la noche que fui a su casa tomada por el impulso de decirles lo de la beca.

Entré con la llave que aún conservaba, las risas y murmullos se colaban por los burletes de las aberturas. Pensé que era la televisión, y tuve nostalgia por esos programas de preguntas y respuestas, banda sonora de nuestras cenas. Abrí la puerta y ahí estaban. Mi mamá, mi papá, Nora, una señora y un señor a los que no conocía, sentados a la mesa redonda, comiendo una picada con cerveza.

Dejaron de hablar y me miraron.

—Hola, hija —dijo mi mamá—. Ella es Elsita; él, Carlos.

—Vení, sentate —insistió mi papá mientras buscaba una silla.

—No, no, ya me voy —contesté, incómoda.

Insistieron en que me quedara un ratito. Me llenaron el vaso de cerveza y me acercaron la cazuela de aceitunas.

—¿Estas son las de...?

—Sí, riquísimas —interrumpió mi mamá.

Estudio de la colonia swinger. 1. Elsita, tímida, con esa cara inescrutable de las docentes y las psicólogas. Ropa genérica, voz suave, pausada. Alguien que vive la vida sin intenciones de dar la nota. Carlos no era su marido, se miraban con respeto lascivo, ¿cómo habrán dado con Nora? 2. Carlos: vestido como un viudo sin amigos, aroma a naftalina mezclado con All Spice. Pocos pelos canosos y una sonrisa entradora, debía ser de los que se guardan en la galera una batería de chistes. Un comentario elevado de tono terminó de confirmar mi hipótesis, sus cónyuges estaban juntos, copulando. 3. Nora, la abeja reina, produciendo las feromonas para que la colmena funcione de manera eficiente, controlando que la proporción de hembras y machos no se desbande. Comía poco, en la mano sostenía un vaso de whisky con dos hielos.

Carlos y Elsa me preguntaron por mi vida como si fueran tíos del corazón. Mis papás me miraban con orgullo, les contaban a sus amigos de mi carrera universitaria, de lo responsable que era. Nora intervino y relató nuestro encuentro. Cuando terminó, Elsita me abrazó.

—O sea que gracias a ella nos conocemos, gracias, mi amor, tus padres son una joya que no se encuentra fácil.

Le guiñó un ojo a mi papá. Mi mamá los miraba enamorada.

—Paso al baño. —Pedí permiso. Claramente había dejado de ser mi casa.

Subí la escalera, me transpiraba la nuca. Me gustaba ver a mis padres en un ambiente tranquilo y cuidado; que a su edad se hayan rodeado de nuevos amigos también era algo positivo. Nora me parecía responsable, pero no estaba preparada para lo que estaba viendo. Llegaron murmullos, risitas, jadeos. ¿De dónde venían? No, no, no. ¡Mi habitación! Como si fuera un caballo con orejeras fijé la mirada en el frente y traté de llegar lo antes posible al baño. Tendría que haber caminado más rápido. La puerta de mi cuarto se abrió, una mujer con un casquito carré salió en

remera y bombacha. Con el paso cansino que trae la edad avanzó hacia mí, tomaba agua del pico de la botella artesanal que le regalé a mi mamá para su cumpleaños.

—Hola.

—Hola.

Nos quedamos unos segundos en silencio, las dos mirando por sobre el hombro de la otra. Ella necesitaba hacer pis, yo todavía no podía digerir lo que la puerta entreabierta de mi habitación me mostraba. A los pies de la cama en la que dormí hasta que me fui a vivir con Facundo, donde volví cuando él me abandonó, la cama donde me eché a llorar por cada desengaño adolescente y leí mis primeros libros, a los pies esa cama, las piernas peludas de un señor se desperezaban.

—Vos sos Ceci, ¿no?

No había nada libidinoso en su voz, me hablaba como a la hija de su amiga. Asentí, intenté sonreír, estoy segura de que me quedé a medias.

—Susana.

Me arrebató un beso en la mejilla y se coló en el baño. Me quedé parada, no sabía qué hacer, si esperar a que esa mujer terminara para entrar y quedarme ahí para siempre o bajar y salir corriendo. La vejiga apretaba, no podía despegar los ojos de las piernas del desconocido profanando los muebles de mi infancia. El cuarto de mis padres estaba cerrado, desde adentro se filtraban más voces. ¿Cuántos eran?

Escuché a Susana tirar la cadena, abrió la puerta. Antes de que me dirigiera la palabra pasé por delante de ella y me encerré con llave.

—Bajemos que vino la hija de los chicos. —Le escuché decir.

Verlos es peor que imaginarlos. Le escribí a Marcos con dedos temblorosos. La bacteria swinger colonizó la casa donde fuimos una familia. ¿Mis padres están tan locos que ni el recuerdo cuidan? *Es su casa y vos te vas en un mes.* La respuesta de mi amigo trajo claridad pero no calma. El pis no me salía, me quedé un rato sentada en el inodoro con pánico a cruzarme en el pasillo con el dueño de los pies relajados. Intenté armar el mapa de los amigos de mis papás. Susana era la esposa de Carlos. Elsita la del señor de los pies. ¿Se hicieron tan amigos como para que mis padres abran las puertas de nuestra casa tan pronto? Desde el episodio de la mechera hegemónica desconfiaba de todo.

Escuché más pasos y risitas en la escalera. Susana nombró al señor de los pies como Saravia. Tracé una rutina de acción. Bajaba, saludaba de lejos y me dirigía a la puerta. Si me ofrecían quedarme ponía una excusa creíble. A mis papás ni un comentario, que piensen que no me di cuenta. Me tranquilizó tener un plan. Lo ejecuté a la perfección. Antes de irme dejé las llaves de la casa familiar sobre la mesada de la cocina, basta de entrar y salir de su intimidad, la próxima toco timbre.

Mi mamá me acompañó a la puerta.

—Me gané una beca, me voy a Estados Unidos.

No podía aguantarlo más, además había venido para eso.

—¿Qué? ¿Cómo? Contame.

Me abrazó, mi cara entre sus rulitos absorbió un perfume nuevo.

—Otro día vengo y les cuento bien, ahora disfruten. —Lo último me costó decirlo.

Mi mamá no se soltaba del abrazo.

—Estoy muy orgullosa. Vení a almorzar mañana y nos contás bien.

Inventé una segunda excusa, necesitaba dilatar la visita unos días, no estaba para llegar y encontrarme con sus amigotes amanecidos.

—Facundo llamó, dijo que se separaron.

—No daba para más.

—¿Ni para intentarlo a la distancia?

—Ni para eso.

—Qué pena, era buen pibe.

Asentí. Me acarició la cara y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Le puedo contar a tu papá lo de la beca?

—Ni se te ocurra.

—Bueno, qué carácter.

Me reí. Qué lástima no haber heredado su gracia.

—¿Y estos, qué onda?

—Ahí estamos. —Se encogió de hombros y sonrió pícara.

En su mirada había un color nuevo, fue esperanzador comprobar cómo la renovada juventud de mi madre venía empapada de esta misteriosa sabiduría. Nos despedimos.

Me pregunté si irían a visitarme, si les gustaría Boston. Mi mamá seguro se quejaba del frío, mi papá quizás encontrara en el esquí un reemplazo para la adrenalina del buceo. El frente de la casa de mis papás se transformó en una pantalla donde se proyectaban las diapositivas del último año. Siempre creí que los secretos eran algo malo, que las cosas que se ocultaban eran las prohibidas. Cuando mis padres me abrieron sus problemas conyugales entendí que a veces un secreto es una forma de cuidar al otro. También que si no me metía en el lío de ayudarlos a reafirmar su amor nunca me iba a hacer preguntas sobre el mío. Pasaron los minutos y yo seguía ahí. No es que quisiera volver a entrar, ni que estuviera demorando una despedida. No me sentía atrapada. Como cuando me recibí, el mundo era bolillero de posibilidades.

Escuché unos chistidos y levanté la mirada. De la ventanita del baño asomaban las cabezas de las cuatro mujeres.

—¡Felicitaciones, nena! Tu mamá nos contó recién —gritó Susana.

Mi mamá me tiró un beso.

—¡Nos vas a tener que firmar autógrafos! ¡Ojo que la Selvita está muy agrandada!

La carcajada ridícula de Nora retumbó en el silencio del barrio. Me dedicaron sus últimas

sonrisas de tías, corrieron la cortina y se envolvieron en su secreto.

46

¿Cómo terminaron mis papás y sus amigos en una razia?

Arranco el auto, pongo primera y casi que lo saco arando. Estoy furiosa. Atrás van los cinco apretados: Carlos le hace upa a Susana, mi mamá en el medio, Saravia y Elsa, culo con culo. En el asiento del acompañante, mi papá mira hacia adelante con la sonrisa del héroe incrustada. El segundo algodón rebasa de sangre, pero él no se toca la nariz. Aguanta, como buen macho cabrío.

Volví hace una semana de Boston y me quedo quince días más. Todas las vacaciones que me puedo tomar las desperdicio con esta gente egoísta que se hace la graciosa. Cuando acepté la beca para investigar la prevención del cáncer pensé que ya era hora de meterme de lleno con los humanos, por el momento experimentamos con ratones. Boston se parece a una película que ya vi. Las casas señoriales están escondidas entre edificios, las veredas prolijas tienen árboles plantados para la foto. El mundo de las universidades es imponente, los *quarterbacks* recorren el campus como si fueran los dueños. Ostentan testosterona y éxito, los veo pasar y confirmo que mi libido sigue atenta. De todos los becarios, los de ciencias duras somos los menos populares, encima yo soy una de las más viejas. O así me siento rodeada de porristas que, como en el cine, son estereotipos sin defectos de fabricación. El laboratorio es gigante al lado del que trabajamos esos tres años con Marcos. Tengo nueve compañeros, soy la única argentina. Mis colegas son bastante fríos, por suerte encontré un grupo de latinas con las que tomamos cerveza y nos ponemos nostálgicas. Es difícil migrar. Al principio extrañaba mucho, cada cosa, hasta la humedad y los mosquitos. Incluso llegué a pensar algunas de las boludeces que escribió Facundo en ese diario de viaje. Con el tiempo la nostalgia desaparece dentro de la rutina diaria y te vas desdibujando. Lo primero que perdí fue el acento, el español neutro te coloniza el habla, empezás a usar algunas palabras yanquis. No quiero ser de esas argentinas que le dicen "*conscious uncoupling*" a la separación de común acuerdo, así que voy a volver cada vez que tenga unos días.

Facundo vendió el departamento y mis papás invirtieron mi parte en un fideicomiso. Vaciaron mi habitación de la infancia, donde estaba mi camita ahora hay una de dos plazas. Desde que estoy acá trato de verlos todas las veces que me dan cita, en estos nueve meses sin mí se armaron una rutina muy estricta y el tiempo con los amigos es sagrado. Cuando me dan turno vemos los

programas que nos gustan, después mi papá se va a dormir y mi mamá y yo nos enganchamos con películas hasta que empezamos a cabecear. Ahí me voy. Duermo en un hotel, lo considero una inversión en salud mental.

El auto avanza por la 9 de Julio.

—¡Doblá acá y nos bajamos en la esquina! —Susana grita como si no fueran las seis de la mañana.

Antes de descender se saludan uno por uno con piquitos. ¡Dios! El auto se desinfla y los tres de atrás se desparraman. Hablan de lo que pasó como si se tratara de un hecho histórico fundamental, mi papá escucha y asiente con insoportable falsa modestia.

—¿Ustedes registran que este hombre tiene tres causas, lesiones, alteración del orden público y agresiones leves? Digo porque lo cuentan como si fuera un chiste. —Los estoy retando.

—No son tres, son dos, la de lesiones está en suspenso —aclara el imputado.

—No va a prosperar —decreta mi mamá, convencida.

—¡¿Qué sabés?!

Nos enganchamos en una de nuestras discusiones madre-hija. Yo finjo que sé muchísimo de leyes, hago hincapié en su irresponsabilidad, digo muchas veces que son gente grande, que no había necesidad, exijo que mi papá se haga una placa de cabeza y le advierto que no se duerma hasta ver un médico. Ella me reprocha mi carácter irascible, mi poca empatía, me tilda de exagerada y desliza que soy una vieja asustadiza. Yo estallo, no estoy para soportar esto y grito. Ella también, Elsita y Saravia mueven las cabezas como espectadores de un partido de tenis. Mi papá no intenta intervenir, es otra más de nuestras peleas históricas, que no nos definen ni les hacen justicia a todas las que pasamos. Peleas que terminan cuando una de las dos se rinde.

Llegamos a la puerta de la casa de Elsita sin que ninguna de las dos levante la bandera blanca.

—¿Desayunamos? Hay una panadería veinticuatro horas acá a la vuelta —propone Elsa con su cara de póker.

—¡Lleven a este hombre a un hospital! —grito yo.

Mi mamá le contesta primero a su amiga.

—¡Dale!, y le cambiamos el algodón al héroe. —Luego se detiene unos segundos en mí, baja la guardia—. Te prometo que después vamos al sanatorio, tenés razón, no hay que boludear con estas cosas.

Los hombres aceptan. Mi papá me palmea la rodilla, es su forma de decir gracias. No me invitan a seguir con ellos, mucho menos piden disculpas por convertirme en su taxi sin ninguna necesidad y urgencia. No les importa que sepa más de medicina, ni que me queden solo quince días en el país. Se bajan. Vuelvo a la placa de Petri. El gel de agar se solidificó en mi ausencia y detuvo el tiempo de los singers, las bacterias beneficiosas armaron una nueva colonia. No son viejitas adorables que tejen chalecos para sus nietos, ni señores jubilados que esperan el domingo para jugar al rummy. Quizás cada tanto piensen en la muerte. Selva se da vuelta y me guiña un

ojo. Pide que abandone la pinza y el microscopio, dice que ya está, que deje de cuidarlos. Resigno el análisis final de datos y suspendo el experimento. Mi papá toma a su mujer de la cintura y desliza el otro brazo por la cadera de Elsa, que mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón de su esposo. El algodón con sangre cae al piso. Un auto les toca un bocinazo largo e imperativo, ni así se sueltan. Apaisados, avanzan por la avenida de una ciudad que amanece.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es posible gracias a un reencuentro familiar. Fernanda Mainelli, una prima a quien no veía hacía años, me contactó y me preguntó si quería seguir escribiendo. Le dije que sí y se ofreció a acompañarme. Me dio libertad, tiempos. Volvimos a hablar de nuestra familia y sus secretos. Comprendió lo importante que era para mí entender, procesar y trazar la distancia para contar esta historia. Con su maravillosa intuición de editora me presentó a Silvia Itkin, una madre literaria que me sostuvo en el vértigo de la escritura visceral para después bajar las ansiedades y que al día de hoy, antes de cortar cada una de nuestras charlas telefónicas sobre tenis, películas y madres e hijas, me recuerda que me quiso desde el primer día. Este trío familiar se completó con la amiga más grande que me dio la literatura, Luz Vitolo, lectora fiel, tutora eterna, quien trabajó conmigo esta última versión poniéndole el cuerpo como solo lo hace alguien que te quiere más allá de su vocación docente. Sin este trío familiar hubiera sido imposible escribir esta novela.

Pero no terminan ahí los agradecimientos, recién empiezan.

A mis papás, por una vida llena de permisos y libertades, el humor y los viajes. Por la infancia y esta adolescencia permanente en la que vivo solo porque ustedes me cuidan. Por abrirme anécdotas y ayudarme a mentir para decir la verdad.

A Lucía Speroni, amiga entrañable de esta y otras vidas, la persona que inspiró a Cecilia y que en una playa diez años después me recordó su fragilidad y sus miedos. Estoy orgullosa de las fronteras que atraviesa nuestra amistad y de que siendo otras, hoy volvamos a elegirnos.

A los y las que colaboraron en la investigación científica. Sandra Moro, Leo Rizzolo y Marcos Malerbi, médica, ingeniero químico y veterinario, amigos y profesionales sensibles que me ayudaron a convertir los datos duros en texto literario. También a Julián Doregger por acompañarme a los clubes swingers, por experimentar conmigo en el deseo, la verdad y el amor.

A Lala Brillos, por mostrarme otras dimensiones de la generosidad. Por ser la confidente de mi mamá, la espía más divertida. También por abrirme su familia y transformarse en parte indispensable de la mía.

A los alumnos de El Cuaderno Azul, a Celina de Franco y mis compañeros del Concurso Raimundo Gleyzer. El 2023 fue un año de leer y acompañar historias de otros, y ese aprendizaje fue motor para comprender qué contar y qué dejar afuera.

A Federico Actis y Santiago King, por arengar cada idea que se me ocurre desde hace diez

años, por la lectura atenta y amorosa, por Pez Cine.

Esta es una novela sobre una hija que no quiere saber pero quiere ayudar. También de una pareja que, a la edad en la que todos les dicen que tienen que jubilarse, no jubilan el deseo. Está inspirada en la historia de mi familia y todo lo que tuvimos que desaprender para conocernos mejor.



En plena crisis con su novio, Cecilia, una biotecnóloga obsesionada por su trabajo en un laboratorio, recibe un extraño pedido de sus padres, que a los sesenta y cinco años quieren ser *swingers*. Con su espíritu científico, entrará en ese mundo para asegurarles placeres confiables. Así, mientras asiste al ocaso de su noviazgo, verá cómo sus padres apuestan a renovar el amor abriendo la pareja. *Los amigos de mis papás* es la historia de una hija que no quiere saber, pero quiere ayudar.

También, de un matrimonio que, en edad de jubilarse, no jubila el deseo. Una novela que habla de aquello en lo que evitamos pensar: el sexo de los padres.

Romina Tamburello encuentra el tono justo para contar esta historia. Les da a sus criaturas humor, ternura, inteligencia, desprejuicio. Y nos permite asomarnos a las múltiples capas de lo humano.



ROMINA TAMBURELLO

Nació en Rosario en 1980. Es actriz, escritora, guionista y directora de cine y teatro. Su primer cortometraje, *Rabia*, participó en el Short Film Corner del Festival de Cannes 2018 y en más de treinta festivales internacionales. Dirigió las series *Catalina, la mujer de la bandera*, para Canal Encuentro, y *Maternidark*, para la Televisión Pública.

Su primer largometraje, *Vera y el placer de los otro*s, codirigido con Federico Actis, ganó el premio a la Mejor Dirección en el Festival de Cine de Mar del Plata 2023, el Premio de la Crítica en el D'A Festival de Cine de Barcelona y sigue su recorrido por festivales. En 2021 publicó *La viuda del diablo*, que obtuvo la primera mención del Premio Futurock de Novela, con un jurado integrado por Claudia Piñeiro, Fabián Casas y Sergio Bizzio. *Los amigos de mis papás* es su segunda novela.

Foto de la autora: © Alejandra López

Tamburello, Romina
Los amigos de mis papás / Romina Tamburello. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2024.
(Ficción)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-780-513-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© 2024, Romina Tamburello

Edición en formato digital: noviembre de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-780-513-0

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Los amigos de mis papás
Dedicatoria
1
Primera parte. Cuando la tierra era una superficie amable
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
Segunda parte. Fases de un experimento dudoso
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
Tercera parte. Singers
26
27
28
29
30

31
32
33
34
35
36
Cuarta parte. Los amigos de mis papás
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos